

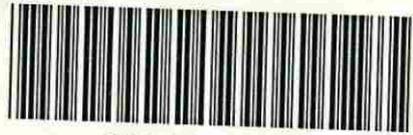
JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

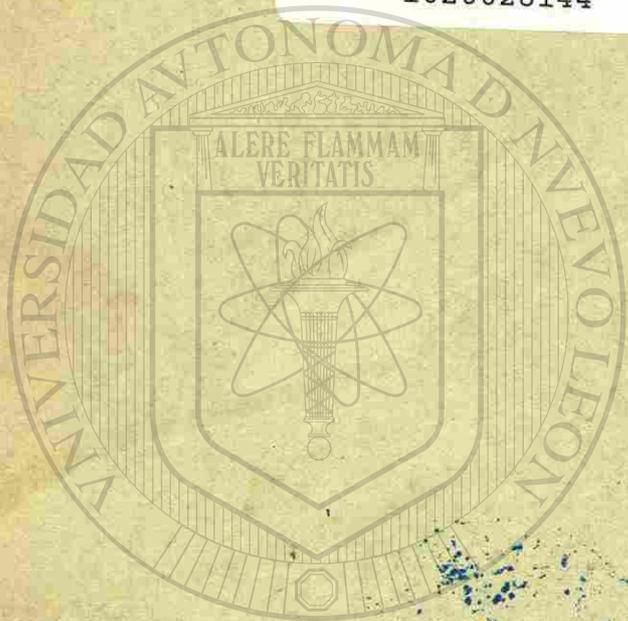
SISTEMA GENERAL DE BIBLIOTECA

1997

CICLO



1020028144



UANIL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO
RICARDO CARRANZAS



VERSOS

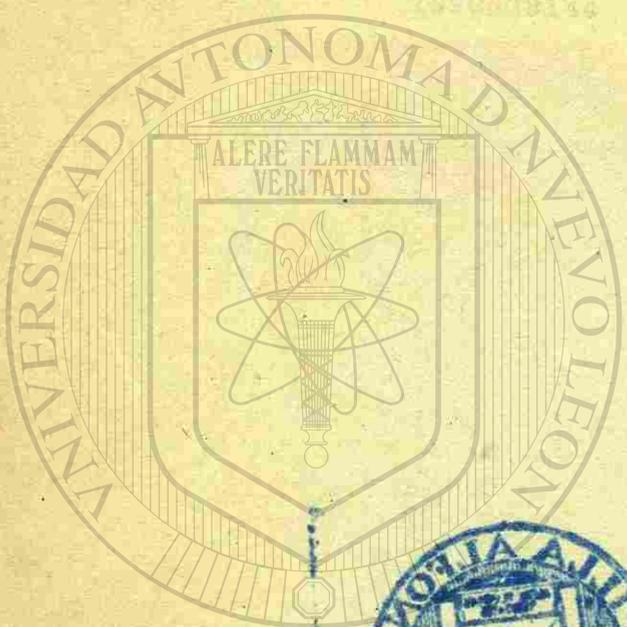
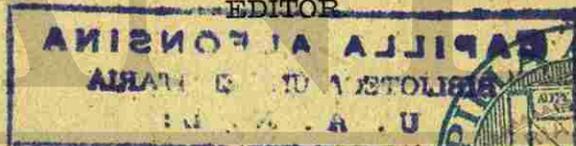
DE

MANUEL ACUÑA



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS
DOMINGO E. ARELLANO,

EDITOR



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS MEXICO
TIP ESCALERILLAS N. 13.

85962

1874

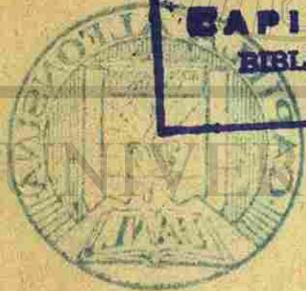
31731

Mo Sol
107297
V4



FONDO
RICARDO GOVARRUBIAS

BAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA DE MARIA
U. A. N. L.



58885

10718

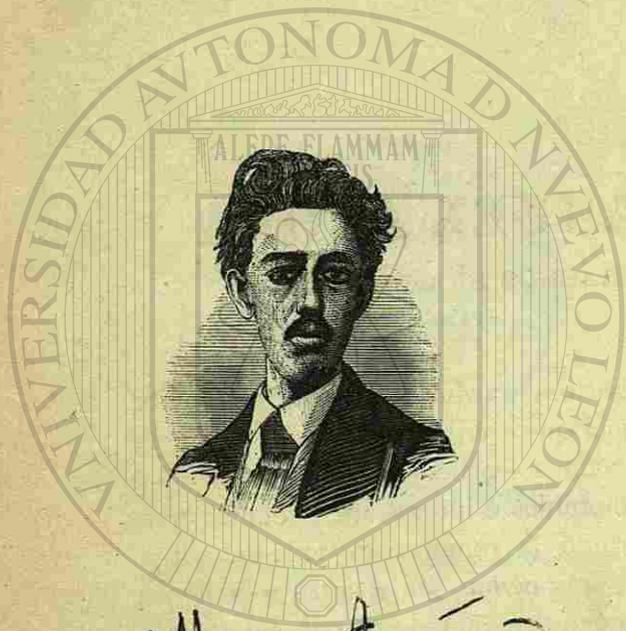
b/

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Man. Acuña

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

para hacer este libro más con algunas horas
de los minutos de los días de los
hacerse con el fin de que el lector se
el libro indispensable de la gloria
Manuel Acuña nació en el castillo de San
de Acuña en el año de 1870 y sus padres D. Francisco
Acuña y D. María de los Angeles de Acuña
que la instrucción primaria en su propia casa
cuando ya había aprendido a leer y escribir
con que el futuro poeta pasase a la escuela
de San Juan de los Rios y en el año de 1885
Acuña ingresó en el Seminario de San Juan de los Rios
donde estudió filosofía y teología y en el año de 1890
graduóse de bachiller en filosofía y teología y en el año de 1891
graduóse de licenciado en filosofía y teología y en el año de 1892
graduóse de licenciado en filosofía y teología y en el año de 1893
graduóse de licenciado en filosofía y teología y en el año de 1894
graduóse de licenciado en filosofía y teología y en el año de 1895
graduóse de licenciado en filosofía y teología y en el año de 1896
graduóse de licenciado en filosofía y teología y en el año de 1897
graduóse de licenciado en filosofía y teología y en el año de 1898
graduóse de licenciado en filosofía y teología y en el año de 1899
graduóse de licenciado en filosofía y teología y en el año de 1900
graduóse de licenciado en filosofía y teología y en el año de 1901
graduóse de licenciado en filosofía y teología y en el año de 1902
graduóse de licenciado en filosofía y teología y en el año de 1903
graduóse de licenciado en filosofía y teología y en el año de 1904
graduóse de licenciado en filosofía y teología y en el año de 1905
graduóse de licenciado en filosofía y teología y en el año de 1906
graduóse de licenciado en filosofía y teología y en el año de 1907
graduóse de licenciado en filosofía y teología y en el año de 1908
graduóse de licenciado en filosofía y teología y en el año de 1909
graduóse de licenciado en filosofía y teología y en el año de 1910
graduóse de licenciado en filosofía y teología y en el año de 1911
graduóse de licenciado en filosofía y teología y en el año de 1912
graduóse de licenciado en filosofía y teología y en el año de 1913
graduóse de licenciado en filosofía y teología y en el año de 1914
graduóse de licenciado en filosofía y teología y en el año de 1915
graduóse de licenciado en filosofía y teología y en el año de 1916
graduóse de licenciado en filosofía y teología y en el año de 1917
graduóse de licenciado en filosofía y teología y en el año de 1918
graduóse de licenciado en filosofía y teología y en el año de 1919
graduóse de licenciado en filosofía y teología y en el año de 1920

MANUEL ACUÑA

RASGOS BIOGRAFICOS

Tarea laboriosa, árdua y concienzuda, debe ser la de aquel que escriba la biografía del poeta de quien vamos á ocuparnos.

Los innumerables é interesantes detalles que reunidos forman la romancesca vida del autor del "Pasado," ni pueden ser escritos á la ligera ni ménos pueden contenerse en unas cuantas páginas.

Profundamente filosóficas las mas de las composiciones poéticas de Acuña, y conteniendo ideas altamente avanzadas, el que sobre ellas emita su juicio debe ser un notable conocedor de la filosofía del siglo y persona bastante instruida en las bellas letras.

Careciendo nosotros de estas indispensables dotes, nos abstendremos de juzgar las notables producciones del poeta, y como no contamos



para hacer este trabajo sino con algunas horas, nos limitaremos á consignar los mas sobresalientes apuntes biográficos del que supo inmortalizarse conquistando para su frente de inspirado el lauro inmarcesible de la gloria.

Manuel Acuña nació en el Saltillo el día 27 de Agosto de 1849 y sus padres D. Francisco Acuña y D.^{ra} Refugio Narro se encargaron de darle la instruccion primaria en su propia casa; cuando ya poseía ésta con perfeccion, resolvieron que el futuro pensador pasase al Colegio "Josefino" de la misma ciudad, para que en él recibiera la educacion secundaria.

Los primeros años de su vida, se deslizaron tranquilos bajo el techo del hogar por el que tanto suspiraba despues el poeta; y el año de 1865 se trasladó á esta capital con el noble objeto de emprender una carrera profesional.

Este año estudió el segundo curso de matemáticas en el Colegio de San Ildefonso, ingresando en 66 á la Escuela de Medicina, donde se distinguió por su notable aptitud y su constante empeño para profundizar la ciencia médica.

Poseedor de facultades poéticas sobresalientes y dotado de un corazon ardiente y entusiasta, fué uno de los fundadores de la sociedad literaria "Netzahualcoyotl," la cual inauguró sus sesiones en un patio del ex-convento de San

Gerónimo, sin pompa y sin alarde, cuando apenas acababa de aparecer la aurora de la libertad en el cielo de la patria.

Aquella sociedad, la primera que se estableció en la República despues de la intervencion francesa, estaba compuesta de un grupo de jóvenes estudiantes que ansiaban progresar y que se reunían fraternalmente bajo la santa idea de cultivar las bellas letras. Acuña, que en distintos periodos fué su presidente, era para aquellos soñadores el guía y el maestro; en ella leyó sus primeras producciones poéticas que siempre eran aplaudidas y de las cuales algunas vieron la luz pública en un tomo que con el título de "Ensayos literarios de la Sociedad Netzahualcoyotl," publicó esta sociedad en el folletin de la "Iberia" periódico político que aun hoy subsiste.

La primera composicion poética que Acuña leyó en público, fué una elegía á Eduardo Aizúa, su compañero y amigo á quien la muerte arrebató de su lado.

Desde entónces comenzó á darse á conocer como poeta captándose con sus notables producciones la aprobacion y el aprecio de los inteligentes.

Constante para el estudio y habiendo hecho de la poesía su ocupacion favorita, pero sin descuidar su carrera científica, unas tras otras vi-

mos publicarse las inspiradas rimas del poeta saltillense que ni se arredraaba ante las dificultades, ni desfalecia ante la ninguna proteccion que en nuestra República se dispensa á las letras.

Entre las cuatro paredes del humilde cuarto que habitaba en el ex-convento de Santa Brígida, fué donde escribió algunas de sus brillantes producciones, y allí tambien ideó y puso en obra el sobresaliente drama, que una vez concluido, fué puesto en manos del notable actor D. Eduardo Gonzalez, que por aquellos dias trabajaba en uno de nuestros teatros.

El drama era "El Pasado," esa notable produccion que mas tarde fué estimada como merecia, pero que entónces le fué devuelta al autor despues de setenta y cinco dias, en presencia nuestra y nos conjeturamos que sin haber merecido siquiera el honor de la lectura; porque no es posible creer que leyéndolo el Sr. Gonzalez no hubiera sabido estimar el relevante mérito de la obra.

El desprecio para los trabajos de los hijos del país, es una de las mas graves y mas grandes dificultades con que luchan los que se esfuerzan en formar una literatura absolutamente nacional.

El drama por entónces fué relegado al fondo

de una cómoda, y el incansable poeta continuó cultivando la poesía lírica, su imaginacion siempre viva y siempre fecunda se agitaba sonriente en el mundo de los ensueños dulces y tranquilos, cuando un suceso inesperado y profundamente doloroso vino á herirle en lo mas íntimo y mas delicado de su alma. El autor de sus dias habia muerto.

Entónces fué cuando agobiado por el pesar, trazó con mano maestra la tiernísima y sublime poesía cuyo titulo es: "Lágrimas." Mas tarde, y afectado aun, se inspiraba "Ante un cadáver" que habia en el anfiteatro de la Escuela de Medicina y producía los notables tercetos que llevan este titulo.

Manuel Acuña era un verdadero poeta, sabia expresar todos los sentimientos con la propiedad debida, y unas veces se inspiró con la idea de la felicidad escribiendo "Esperanza" y otras sintió la ausencia de ella trazando "Resignacion."

Dos años y dos meses habian trascurrido desde que el "Pasado" fué puesto en el fondo de una cómoda, cuando la Sra. D.^{ca} Pilar Belaval le daba repetidos ensayos para ponerlo en escena la noche de su beneficio; llegó al fin el dia 9 de Mayo de 1872, y el soberbio drama fué representado por primera vez, en el Teatro Prin-

cipal, ante un numeroso y escogido auditorio que lo aplaudió estrepitosamente, llamando al jóven autor á la escena repetidas veces, y haciéndolo objeto de una ovacion completa.

La obra desechada fue aplaudida, aquella noche Acuña obtuvo un verdadero triunfo, pero aun fué mayor el que se conquistó en la segunda representacion, á beneficio del Sr. Nieto, porque en ella el poeta recibió cuatro coronas, de las cuales una le fué enviada por la prensa de la capital.

Mas tarde volvió á representarse "El Pasado" por tercera vez y el sábado 26 de Julio de 1873 fué puesta en escena en el gran Teatro Nacional por la compañía del gran actor D. José Valero y á beneficio de la eminente actriz D.^{ña} Salvadora Caïron.

En Toluca y en Puebla, también fué representada la obra maestra de Acuña, ántes que este dejase de existir, y siempre fué aplaudido estrepitosamente, siendo llamado el autor al prosenio: hace pocos dias que ha sido puesta en escena en Tampico, á beneficio del estudioso y adelantado actor D. Juan Zerecero, y fué tanta la aglomeracion del público para presenciar la representacion, que la autoridad tuvo que tomar parte, impidiendo entrarse mas gente por

que se temia que se viniese abajo las galerias del teatro.

Ni los triunfos que el autor del "Pasado" habia obtenido, ni el aprecio que le dispensaban las notabilidades literarias del país, fueron suficientes para que cambiase su carácter siempre humilde y sincero, siempre fraternal y franco, esto fué una prueba evidente de su mérito.

Despues de su drama, escribió la mayor parte de las composiciones coleccionadas en este tomo siendo la letrilla la última.

"Las dotes que como poeta distinguen á Acuña, son; dice el Sr. Dr. D. Manuel Peredo; un sentimiento exquisito unido á una profunda filosofía; por eso sus composiciones elegiacas están consideradas como las mejores de cuantas produjo. Escribió sin embargo, algunas del género jocoso y satírico, notables por su aticismo, facilidad y correccion."

Fué fundador de la Sociedad Filoiátrica y perteneció á casi todas las asociaciones científicas, literarias y artísticas del país.

A diversos amigos íntimos manifestó que al publicar coleccionadas sus producciones solamente les pondria *Versos* y esta es la razon de que así se haya hecho.

Una muerte prematura y lastimosa puso fin á los dias del inmortal poeta, el dia 6 de Diciem-

bre de 1873; cuando acababa de terminar el estudio del cuarto año de medicina, cuando era la admiración de los que leían sus inspirados cantos.

Las obras de Manuel Acuña serán aplaudidas y admiradas por las generaciones que nos sucedan, y el nombre del modesto autor del "Pasado," será el orgullo de la literatura de la patria.

A LA

SOCIEDAD FILOIATRICA.

EN SU INSTALACION

¿Hasta cuando llegará el día
en que se aprecie mas al hom-
bre que enseña que al hom-
bre que mata?

M. OCAMPO.

Sombras gigantes de Scipion y Ciro,
De Cesar y Alejandro,
No os alceis de la tumba á mis acentos;
Que si es verdad que vuestra gloria admiro,
Me espanta vuestra gloria resonando
Entre ayes de dolor y entre lamentos.
Yo no canto á vosotros, cuyos lauros
En la sangre crecidos
Respiran con el aire de la muerte;
Yo no canto á vosotros los temidos,
Los que formais las leyes con la espada
Sin tener mas derecho que el del fuerte.
Vuestros nombres sublimes

bre de 1873; cuando acababa de terminar el estudio del cuarto año de medicina, cuando era la admiración de los que leían sus inspirados cantos.

Las obras de Manuel Acuña serán aplaudidas y admiradas por las generaciones que nos sucedan, y el nombre del modesto autor del "Pasado," será el orgullo de la literatura de la patria.

A LA

SOCIEDAD FILOIATRICA.

EN SU INSTALACION

¿Hasta cuando llegará el día
en que se aprecie mas al hom-
bre que enseña que al hom-
bre que mata?

M. OCAMPO.

Sombras gigantes de Scipion y Ciro,
De Cesar y Alejandro,
No os alceis de la tumba á mis acentos;
Que si es verdad que vuestra gloria admiro,
Me espanta vuestra gloria resonando
Entre ayes de dolor y entre lamentos.
Yo no canto á vosotros, cuyos lauros
En la sangre crecidos
Respiran con el aire de la muerte;
Yo no canto á vosotros los temidos,
Los que formais las leyes con la espada
Sin tener mas derecho que el del fuerte.
Vuestros nombres sublimes

No hacen arder la sangre de mis venas,
 Yo canto á Atenas enseñando á Roma.
 No canto á Roma conquistando á Atenas.
 Como el águila audaz que surca el viento
 En pos de espacio que bastante sea
 Para dar á sus alas movimiento,
 Lo mismo mi alma cuando hallar desea
 La luz de la poesía,
 No busca sus raudales en la noche,
 Sino en la aurora al despuntar el día;
 Y al encontrar la llama indeficiente
 De la verdad sagrada,
 Mi pecho entonces se electriza y siente,
 Y de mi lira tosca y olvidada,
 Brotan cantares que sonar quisieran
 Desde el nuevo hasta el viejo continente.

Era la sombra: entre su negro manto
 Vegetaban los hombres,
 Nutriéndose con penas y con llanto,
 Sin otra ciencia que sufrir humildes
 Del infortunio las amargas leyes,
 Y sin otros señores que verdugos
 Con el pomposo título de reyes.
 Esqueletos del cuerpo
 Y esqueletos del alma,
 Los séres como Dios, no eran entonces
 El Adán pensador del primer día,

Sino siervos que ató con mano airada
 A su carro triunfal la tiranía.
 Mómias vivientes que al dejar el mundo
 Para volver al hueco del hosario,
 Legaban á sus hijos en recuerdo
 La cícuta del Sócrates profundo
 Y la sangre del Cristo del Calvario.
 Y así pasaron siglos y mas siglos
 Qué de su inmensa huella en la distancia
 Solo dejaban sombras y vestiglos,
 Vagando entre las nieblas
 De la noche sin fin de la ignorancia.

Mas de pronto la luz del pensamiento
 Iluminó vivífica y radiante
 De la Santa Razon el firmamento,
 Y Dios apareció, bello y gigante,
 Haciendo despeñarse en el abismo
 Al soplo de sus labios soberanos
 El sangriento puñal de los tiranos
 Y la máscara vil del fanatismo.

Entónces fué cuando la Europa via,
 Tremula y espantada,
 La macion ignorada
 Que la voz de Colon le predecia,
 Y á Franklin elevándose al espacio
 De su génio atrevido tras la huella,
 Para robar á la rojiza nube
 El fuego aterrador de la centella.

Entónces fué cuando se alzó la ciencia,
 Disipando las sombras
 Que huyeron en tropel á su presencia;
 Y entónces cuando México miraba
 En la mansion maldita
 Del crimen y del miedo,
 En vez de la cadena y del levita
 La figura grandiosa de Escobedo.
 Y no tembleis al recordar la historia
 Del lugar maldecido,
 Donde el buitre feroz de la ignorancia
 Ocultó sus polluelos y su nido;
 No tembleis á la tétrica memoria
 Del calabozo inmundo
 Repitiendo los últimos lamentos
 Del mártir moribundo;
 Ya está lavada de su impura mancha
 La guarida del crímen,
 Que hasta la infamia misma desaparece
 Donde las huellas del saber se imprimen.
 En vez de los verdugos,
 Y del hirviente plomo y el veneno,
 La medicina que consueta y sana,
 Y los hijos de Herófilo y Galeno.
 Sublime redencion, mision sublime
 La del que sufre al consolar las penas,
 La del que llora y gime

Al enjugar las lágrimas ajenas;
 Mision de caridad y bienandanza,
 Empezada por Cristo en el calvario,
 Que redime y que canta en su santuario
 Los himnos del amor y la esperanza.
 Seguidla, pues, vosotros, que impasibles
 Desafiáis á la muerte y los pesares;
 Y si quereis que el mundo agradecido
 Conserve vuestro nombre en la memoria,
 Y que os levante altares,
 Seguid vuestro sendero bendecido,
 Que al fin de ese sendero está la gloria;
 Y continuad sin dirigir la vista
 Al éspinado y escabroso suelo,
 Y si ansiáis la conquista
 Del lauro inmarcesible de la fama,
 Elevad vuestros ojos hasta el cielo
 Donde está quien os mira y quien os llama.
 Y no penseis en la escarpada roca,
 Ni en la espina punzante
 Que atraviesa la planta que la toca;
 No cejeis ni un instante
 En vuestra noble y celestial carrera,
 ¡Adelante . . . ¡Adelante . . . !
 Aun está muy distante
 La corona de rosas que os espera.

LA BRISA.

(IMITACION.)

A mi querido amigo J. C. Fernandez.

Aliento de la mañana
Que vas robando en tu vuelo
La esencia pura y temprana
Que la violeta lozana
Despide en vapor al cielo:

Dime, soplo de la aurora
Brisa inconstante y ligera,
¿Vas por ventura á esta hora
Al valle que te enamora
Y que gimiendo te espera?

¿O vas acaso á los nidos
De los jilgueros cantores
Que en la espesura escondidos,
Te aguardan medio adormidos
Sobre sus lechos de flores?

¿O vas anunciando acaso
Soplo del alba naciente,

Al murmurar de tu paso,
Que el muerto sol del Ocaso
Se alza ya niño en Oriente?

Recoje tus leves alas
Brisa pura del estío,
Que los perfumes que exhalas
Vas robando entre las galas
De las violetas del rio.

Deten tu fugaz carrera
Sobre las risueñas flores
De la loma y la pradera,
Y ve á despertar ligera
Al ángel de mis amores.

Y dila, brisa aromada
Con tu murmullo sonoro,
Que ella es mi ilusion dorada,
Y que en mi pecho grabada
Como á mi vida la adoro.

1868.



YA SE POR QUE ES.

DOLORA.

A ELMIRA.

Era muy niña María,
Todavía,
Cuando me dijo una vez:
—Oye, ¿porque se sonrien
Las flores tan dulcemente
Cuando las besa el ambiente
Sobre su aromada tez?
—Ya lo sabrás mas delante,
Niña amante,
La contesté yo despues!
Y mas tarde, una mañana,
La niña pura y hermosa
Al entreabrirse una rosa,
Me dijo: *¡Ya sé por qué es!*
Y la graciosa criatura,
Blanca y pura,
Se ruborizó y despues,
Ligera como las aves

Que cruzan por la campiña,
Corrió hácia el bosque la niña
Diciendo: *¡Ya sé por qué es!*
Y yo la seguí jadeante,
Palpitante
De ternura y de interés,
Y oí un beso dulce y blando,
Y una voz despues del beso,
Que fué á perderse en lo espeso,
Diciendo: *¡Ya sé por qué es!*

Era muy jóven María.

Todavía,

Cuando me dijo una vez:
—Oye, ¿por qué la azucena
Se abate y llora marchita
Cuando el aura no la agita
Ni besa su blanca tez?
—Ya lo sabrás mas delante,
Niña amante,
La contesté yo despues!
Y mas tarde ¡ay! una noche,
La jóven de angustia llena,
Al ver triste á una azucena,
Me dijo: *¡Ya sé por qué es!*
Y ahogando un suspiro ardiente,
La inocente
Me vió llorando y despues,
Corrió al bosque, y en el bosque

Esperó mucho la bella,
Y al fin . . . se oyó una querella
Diciendo: ¡ *Ya sé por qué es!*

Era muy linda María,
Todavía,
Cuando me dijo una vez:
—Oye, ¿por que se sonrie
El niño en la sepultura,
Con nna risa tan pura,
Con tan dulce sencillez?
—Ya lo sabrás mas adelante,
Niña amante,
La contesté yo . . . despues!
Y . . . murió la pobre niña,
En vez de llorar, sonriendo,
Y voló al azul, diciendo,
Diciendo: ¡ *Ya sé por qué es!*

Ya lo ves, mi hermosa Elmira,
Quien delira
Sufre mucho, ya lo ves!
Y así, ilusiones, mi encanto,
Ni acaricies ni mantengas,
Para que al llorar no tengas
Que decir: ¡ *Ya sé por qué es!*

1868.

YA VERAS.

DOLORA.

(IMITACION.)

—Goza, goza, niña pura,
Mientras en la infancia estás;
Goza, goza esa ventura
Que dura lo que una rosa.
—Qué, ¿tan poco es lo que dura?
Ya verás, niña graciosa
Ya verás.

Hoy es un verjel risueño
La senda por donde vas;
Pero mañana, mi dueño,
Verás abrojos en ella.
—Pues qué, ¿sus flores son sueño?
—Sueño nada mas, mi bella,
Ya verás.

Hoy el carmin y la grana
Coloran tu linda faz;
Pero ya verás mañana
Que el llanto sobré ella corra . . .
—Qué, ¿los borra cuando mana?

—Ya verás como los borra,
Ya verás.

Y goza, mi tierna Elmira,
Mientras disfrutas de paz;
Delira, niña, delira
Con un amor que no existe,
—Pues qué, ¿el amor es mentira?
—Y una mentira muy triste,
Ya verás.

Hoy ves la dicha delante
Y ves la dicha detrás,
Pero esa estrella brillante
Vive y dura lo que el viento.
—Que, ¿nada mas un instante?
—Sí, nada mas un momento,
Ya verás.

Y así, no llores, mi encanto,
Que mas tarde llorarás;
Mira que el pesar es tanto,
Que hasta el llanto dura poco.
—¿Tampoco es eterno el llanto?
—Tampoco, niña, tampoco,
Ya verás.

1868.

LA AUSENCIA Y EL OLVIDO.

DOLORA.

A LOLA.

Iba llorando la Ausencia,
Con el semblante abatido,
Cuando se encontró en presencia
Del Olvido,

Que al ver su faz marchitada,
Sin colores,

La dijo con voz turbada:
—“Ya no llores, niña bella,
Ya no llores,

Que si tu contraria estrella
Te oprime incansable y ruda,
Yo te prometo mi ayuda
Contra tu mal y contra ella.”

Oyó la Ausencia llorando
La propuesta cariñosa,
Y los ojos enjugando
Ruborosa,

—“Admito desde el momento,
 Buen anciano,”
 Le dijo con dulce acento,
 “Admito lo que me ofreces
 Y que en vano
 He buscado tantas veces,
 Yo que triste y sin ventura
 La copa de la amargura
 He apurado hasta las heces.”

Desde entonces, Lola bella,
 Cariñoso y anhelante
 Vive el Olvido con ella,
 Siempre amante;
 Y la Ausencia ya ni gime,
 Ni doliente
 Recuerda el mal que la oprime;
 Que un amor ha concebido
 Tan ardiente
 Por el anciano querido,
 Que si sus penas resiste,
 Suspira y llora muy triste
 Cuando la deja el Olvido.

1868.

MENTIRAS DE LA EXISTENCIA.

DOLORA.

¡Qué triste es vivir soñando
 Con un mundo que no existe!
 Y qué triste
 Ir viviendo y caminando,
 Sin ver en nuestros delirios,
 De la razón con los ojos,
 Que si hay en la vida lirios,
 Son muchos más los abrojos.

Nace el hombre, y al momento
 Se lanza tras la esperanza,
 Que no alcanza
 Por que no se alcanza el viento;
 Y corre, y corre, y no mira
 Al ir en pos de la gloria,
 Que es la gloria una mentira
 Tan bella como ilusoria.

No ve al correr como loco
 Tras la dicha y los amores,
 Que son flores
 Que duran poco, muy poco!
 No ve cuando se entusiasma
 Con la fortuna que anheia,
 Que es la fortuna un fantasma
 Que cuando se toca vuela.

Y que la vida es un sueño
 Del que si al fin despertamos,
 Encontramos,
 El mayor placer pequeño,
 Pues son tan fuertes los males
 De la existencia en la senda,
 Que corren allí á raudales
 Las lágrimas en ofrenda.

Los goces nacen y mueren
 Como puras azucenas,
 Mas las penas
 Viven siempre y siempre hieren:
 Y cuando vuela la calma
 Con las ilusiones bellas,
 Su lugar dentro del alma
 Queda ocupado por ellas.

Porque al volar los amores
 Dejan una herida abierta
 Que es la puerta
 Por donde entran los dolores;
 Sucediendo en la jornada
 De nuestra azarosa vida,
 Que es para el pesar "entrada"
 Lo que para el bien "salida."

Y todos sufren y lloran
 Sin que una queja profieran,
 Porque esperan
 Hallar la ilusion que adoran!
 Y no mira el hombre triste
 Cuando tras la dicha corre,
 Que solo el dolor existe
 Sin que haya bien que lo borre.

No ve que es un fátuo fuego
 La pasion en que se abraza,
 Luz que pasa
 Como relámpago, luego;
 Y no ve que los deseos
 De su mente acalorada
 No son sino devaneos,
 No son mas que sombra, nada.

Que el amor es tan ligero
 Cual la amistad que mancilla
 Porque brilla
 Solo á la luz del dinero;
 Y no ve cuando se lanza
 Loco tras de su creencia,
 Que son *la fé y la esperanza*
 Mentiras de la existencia.

1868.

LA RAMERA.

A mi querido amigo Manuel Roa.

Humanidad pigmea,
 Tú que proclamas la verdad y el Cristo.
 Mintiendo caridad en cada idea;
 Tú que, de orgullo el corazón beodo,
 Por mirar á la altura
 Te olvidas de que marchas sobre lodo:
 Tú que diciendo *hermano*,
 Escupes al gitano y al mendigo
 Porque son un mendigo y un gitano;
 Allí está esa mujer que gime y sufre
 Con el dolor inmenso con que gimen
 Los que cruzan sin fé por la existencia;
 Escúpela también . . . ! anda . . . ! no importa
 Que tú hayas sido quien la hundió en el crimen,
 Que tú hayas sido quien mató su creencia!

¡Pobre mujer, que abandonada y sola
 Sobre el oscuro y negro precipicio,
 En lugar de una mano que las salve
 Siente una mano que la impele al vicio;

Que el amor es tan ligero
 Cual la amistad que mancilla
 Porque brilla
 Solo á la luz del dinero;
 Y no ve cuando se lanza
 Loco tras de su creencia,
 Que son *la fé y la esperanza*
 Mentiras de la existencia.

1868.

LA RAMERA.

A mi querido amigo Manuel Roa.

Humanidad pigmea,
 Tú que proclamas la verdad y el Cristo.
 Mintiendo caridad en cada idea;
 Tú que, de orgullo el corazón beodo,
 Por mirar á la altura
 Te olvidas de que marchas sobre lodo:
 Tú que diciendo *hermano*,
 Escupes al gitano y al mendigo
 Porque son un mendigo y un gitano;
 Allí está esa mujer que gime y sufre
 Con el dolor inmenso con que gimen
 Los que cruzan sin fé por la existencia;
 Escúpela también . . . ! anda . . . ! no importa
 Que tú hayas sido quien la hundió en el crimen,
 Que tú hayas sido quien mató su creencia!

¡Pobre mujer, que abandonada y sola
 Sobre el oscuro y negro precipicio,
 En lugar de una mano que las salve
 Siente una mano que la impele al vicio;

Y que al fijar en su redor los ojos
Y á través de las sombras que la ocultan,
No encuentra mas que seres que la miran
Y que burlando su dolor la insultan . . . !

Y ántes era una flor . . . una azucena
Rica de galas y de esencias rica,
Llena de aromas y de encantos llena;
Era una flor hermosa,
Que envidiaban las aves y las flores,
Y tan bella y tan pura,
Como es pura la nieve dei armiño,
Como es pura la flor de los amores,
Y como es puro el corazon del niño.

Las brisas le brindaban con sus besos,
Y con sus tibias perlas el rocío,
Y el bosque con sus álamos espesos,
Y con su arena y su corriente el río:
Y amada por las sombras en la noche,
Y amada por la luz en la mañana,
Vegetaba magnífica y lozana
Tendiendo al aire su purpúreo broche;
Pero una vez el soplo del invierno
En su furia maldita,
Pasó sobre ella y la arrancó sus hojas,
Pasó sobre ella y la dejó marchita;
Y al contemplar sin galas

Su cáliz antes de perfumes lleno,
La arrebató implacable entre sus alas
Y fué á hundirla *cadáver* en el cieno.

Filosofo mentido . . . !
Apostol miserable de una idea
Que tu cerebro vil no ha comprendido!
Tú que la ves que gime y que solloza,
Y burlas su sollozo y su gemido
¿Qué hiciste de aquel ángel
Que amoroso y sonriente
Formó de tu niñez el dulce encanto?
¿Qué hiciste de aquel ángel de otros días,
Que lloraba contigo si llorabas,
Y gozaba contigo si reías ?
¡Te acuerdas . . . ! Lo arrancaste de la nube
Donde flotaba vaporoso y bello,
Y arrojándole al hambre,
Sin ver su angustia ni su amor siquiera,
Le convertiste de camelia en lodo:
Le trasformaste de ángel en ramera!

¡Maldito tú que pasas
Junto á las frescas rosas,
Y que sus galas sin piedad les quitas!
¡Maldito tú que sin piedad las hieres,
Y luego las insultas por marchitas!
¡Pobre mujer . . . ! ¡juguete miserable

De su verdugo mismo . . . !
 Víctima condenada
 A vegetar sumida en un abismo
 Mas negro que el abismo de la nada,
 Y á no escuchar mas eco en sus dolores,
 Que el eco de la horrible carcajada
 Con que el hombre le paga sus amores.

¡Pobre mujer, á la que el hombre niega
 El sublimé derecho
 De llamar hijo á su *hijo!*
 ¡Pobre mujer, que de rubor se cubre
 Cuando le escucha que la grita *madre!*
 Y que quiere besarle, y se detiene,
 Y que quiere besarle, y calla y gime,
 Porque sabe que un beso de sus besos
 Se convierte en borron donde io imprime!

Deja ya de llorar, pobre criatura,
 Que si del mundo en la escabrosa senda
 Caminas entre fango y amargura,
 Sin encontrar un ser que te comprenda,
 En el cielo los ángeles te miran,
 Te compadecen, te aman,
 Y lloran con el llanto lastimero
 Que tus ojos bellísimos derraman.

¡Y que te burle el hombre y que se rial
 ¡Y que te llame harapo y te desprecie!

Déjale tú reir, y que te insulte,
 Que ya llegará el día,
 En que la gota cristalina y pura
 Se desprenda del lodo
 Para elevarse nube hasta la altura.

Y entonces en lugar de un anatema,
 En lugar de un desprecio,
 Escucharás al Cristo del Calvario,
 Que añadiendo tu pena
 A tus lágrimas tristes en abono,
 Te dirá como ha tiempo á Magdalena:
Levántate mujer, yo te perdono.

1869.

EL HOMBRE . . .

AL SEÑOR DON IGNACIO M. ALTAMIRANO.

HOMENAJE.

.....Où va l'homme sur terre?

V. Hugo.

Allá va como un átomo perdido
Que se alza, que se mece,
Que luce y que despues desvanecido
Se pierde entre lo negro y desaparece.
Allá va en su mirada
Quién sabe que fulgura de profundo,
De grande y de terrible
Allá va, sin destino y vagabundo,
Tocando con su frente lo invisible,
Con sus plantas el mundo
¿De dónde vino?

Preguntadlo al caos

Que dió forma á los seres
De su potente voz al 'levantáos;'
Decídselo á la nada,
Que ella tal vez, sabrá cuál fué la cuna
De ese arcangel vestido con harapos

A que llamamos hombre;
Que ella, tal vez, sabrá de dónde vino
Ese titan pigmeo
Tan grande y tan mezquino.
¿Del lodo? puede ser; pero su frente
Está demasiado alta para el lodo,
¿Del cielo? puede ser; pero la tumba
Donde concluye todo,
No dista de sus plantas mas que un paso,
Y si fuera del cielo, debería
Ya que tiene un ocaso,
Tener tambien su oriente como el dia.
Aborto incomprendible de la nada
Que lo lanzó, destello de su abismo,
Esperad, esperad á que las sombras
Entre sus negros pliegues os cobijen,
Que allí, tal vez, escrito entre esos pliegues
Encontrareis su origen
Esperad el momento en que se os abra
Negro y aterrador ante los ojos,
Ese libro de sangre donde labra
La triste muerte en caracteres rojos
De sus calladas víctimas el nombre.
Y allí vereis, acaso, la palabra
Que os ayude á saber quien es el hombre.

*

Y entre tanto . . . allá vá
 solo en el mundo
 Que tiembla con su peso de gusano
 Y que al mirarle se estremece y duda;
 Sobre la tierra inmensa,
 Que le siente su rey y le saluda,
 Que le siente su dios y que le inciensa.
 Allá vá soberano cuya frente
 Circunda por diadema el infinito,
 Monarca cuyo trono omnipotente
 Es el trono de mármol y granito
 Tallado por los buitres en la roca;
 Y qué marcha, y que marcha dominando
 Lo mismo en lo que ve y en lo que toca,
 Desnudo y mendigando
 Un pedazo de pan para su boca.

*

Polluelo de ese cóndor de lo oscuro
 Que se llama el misterio,
 Y que sin alas y sin luz se lanza
 Por el supremo espacio de la idea
 En pos de una esperanza
 Polluelo que adormido entre la noche
 Sueña ver una estrella,

Y enamorado de ella, y atrevido,
 Se escapa de su nido
 Creyéndose capaz de ir hasta ella,
 Quién sabe anoche eu su delirio blando
 Qué luz ó qué ilusion distinguiría,
 En medio de esas nubes caprichosas
 Que pueblan, al soñar, la fantasía;
 Quién sabe lo que en su alma
 Durante la embriaguez germinaria;
 Pero capullo que despierta rosa
 Con los halagos de la brisa amante,
 El, creciendo de formas en el sueño,
 Durmió pequeño y despertó gigante.
 Y "El Universo es mio"
 Clamó al sentirse poderoso y fuerte,
 Y agitando su cráneo en el vacío,
 Sin escuchar la ruda carcajada
 Que como eco á su voz daba la muerte,
 "Adelante!"—se dijo—¡El mundo es poco
 Para encerrar mi espíritu . . . hasta el cielo!
 Y sin mirar siquiera por donde iba,
 Se lanzó despeñado como un loco,
 Con la mirada arriba . . . siempre arriba.

*

Sonámbulo que duerme y deja el lecho
 Al supremo mandato

De yo no sé que voz grande y divina
 Que alzándose en su pecho
 Le sorprende y le grita poderosa;
 "¡Levántate y camina . . . !"
 Pisando aquí una espina y una rosa,
 Y mas allá una rosa y una espina,
 El hombre con un cielo de esperanzas
 Germinando en monton en su cerebro,
 Sigue á tientas y á oscuras por la senda
 Desde ántes á sus pasos señalada,
 Soñando . . . y en los ojos una venda
 Que con sus pliegues lóbregos y espesos
 Le impide que comprenda
 Su marcha entre sepulcros y entre huesos.

Y allá vá . . . pobre niño que aun suspira
 Como en los dulces tiempos de la infancia!
 Mas dejadle seguir, y será el hombre
 Que haga nacer la vida del osario;
 El apostol sin nombre,
 Que dios admire y que al mortal asombre
 Lo mismo en el Tabor que en el Calvario.
 Dejadle caminar, dejad que siga
 El vuelo de su génio por los mares,
 Y mañana ese niño
 Será el anciano pálido y fecundo,

Que moderno criador haga que brote
 Del seno de las olas otro mundo.

*

Allá vá . . . con un tronco por apoyo
 Y un giron miserable por abrigo,
 Valiente y ambicioso y soberano,
 Bajo su mismo harapo de gitano
 Y su corteza sucia de mendigo.
 ¿Que busca? ni aun él sabe
 Lo que busca en su loco devaneo . . .
 Ni aun él acierta á definir ese algo
 Que le hace encontrar siempre su deseo;
 Pero titan del sueño que en la sombra
 Forja un espacio y á escalarlo sube,
 El, miétras pisa en el inmundo cieno.
 Se duerme con el pié sobre una nube.

Soñar . . . esa es la vida, ese es el puente
 Que entre la cuna y el sepulcro media,
 El papel miserable del viviente
 De la existencia vil en la comedia;
 Soñar un cielo en que revueltos vagan
 Hermosos y magníficos vapores,
 La esperanza, la dicha,

La gloria y el placer y los amores.
 ¡Ondinas que se tienden por el aire
 Al despuntar la vida, allá á lo lejos,
 Y que con ella crecen y con ella
 Mueren entre los últimos reflejos!

Y, hermoso cisne que en el limpio lago
 Agitando las olas con su pluma,
 Ve brotar de su juego al dulce halago
 Mil copos blancos de rizada espuma,
 Y arroja un canto dolorido y vago
 Al mirarlos perderse entre la bruma;
 El hombre en su trizteza,
 Al ver rodar sus blancas ilusiones,
 Sin colores, sin luz y sin belleza,
 De la noche que empieza
 Por yo no sé qué lóbregas regiones;
 Suspirando y en lágrimas deshecho
 Ante la triste realidad que asoma,
 Arranca un jay! terrible de su pecho,
 Y luego al dar un paso se desploma.

Atleta del dolor, de nuevo emprende
 La lucha formidable
 Con ese gladiador de las tinieblas
 Que se llama el destino;

Y cantando y sonriendo
 Para insultar la palpitante pena
 Que le destroza el corazón mezquino,
 Lanza un grito feroz y entra á la lucha
 Pero vencido al fin rueda, en la arena.
 Que su alma es poca y su amargura es mucha.

Y entonces..... cuando hambriento de placeres
 Soñándolos su presa,
 Se mira débil y abatido y solo
 Sobre el oscuro borde de la huesa,
 Recuerda al dios á quien por darle culto
 El se fingiera omnipotente y bueno;
 Pero al sentir dentro del alma oculto
 Del pesar y el dolor todo el veneno,
 En su miseria misma
 Lo ve pequeño, pobre,
 Y cogiendo del cieno en que se arrastra
 Miserable reptil con su congoja,
 Burlándose de su ídolo, á la frente
 Como un supremo insulto se lo arroja.

Después . . . el aire de la muerte zumba
 Con su bramar inquieto

El átomo vacila . . . se derrumba . . .
 La tierra és una tumba . . .
 El hombre un esqueleto.

Todo acabó . . . la noche de la nada
 Confundiendo en sus pliegues
 Todo eso grande que la mente forma
 Y que en el cráneo encierra,
 Solo dejó al pasar como un recuerdo,
 Un pedazo de tierra . . .
 Y allí . . . ¿qué hay mas allá . . . ?
 ¿Qué encuentra el hombre
 Tras de ese velo negro que separa
 La luz de las tenebras . . . ?
 ¿Es en la tumba, acaso, donde toca,
 Viéndola cara á cara,
 Esa ilusion que en su carrera loca
 Convertida en vapor se le escapara?
 ¿Es allí donde encuentran los perfumes
 Y las notas dulcísimas y suaves,
 Que no pudieron darle en sus encantos
 Las flores ni las aves . . . ?
 O luminoso punto que camina
 Partiendo de la nada,
 Por un círculo estrecho, y que termina
 Su existencia mezquina

Allí donde ha empezado la jornada,
 ¿Concluye en el sepulcro
 Que sus despojos últimos recibe?
 ¿Es allí donde muere para siempre?
 ¿Es allí para siempre donde vive?
 ¡Quién sabe . . . ! Nuestra mente
 No alcanza á descifrar esos arcanos
 Escritos entre huesos y mortajas
 Por yo no sé qué fétidos gusanos . . .
 Remueve y busca en el inmundo hueco
 Donde ha visto rodar un sér inerme,
 Y sin hallar á sus preguntas eco,
 Solo ve un cráneo seco
 Que entre sus antros asquerosos duerme.

Y entre tanto . . . allá vá . . .
 luz tenebrosa
 Cuyo destino y cuyo sér esconde
 La impenetrable niebla del abismo . . .
 Allá vá . . . tropezando y caminando,
 Sin comprender adónde,
 Sin comprenderse el mismo . . . !

1869.

EN LA APOTEOSIS

DEL ACTOR

MERCED MORALES.

.... ¡Mentira el *mas allá!* ¡Mentira el alma
Que el retroceso impuro
Hace nacer llenando lo futuro,
Del triste cementerio entre la calma!
¡Engaño esa creacion que el fanatismo
Hace brotar del último lamento
Que nos lleva al abismo!
¡Mentira ese *ad terrorem* que el convento
Lanza á la humanidad mezquina y necia
Que, oyendo á la razon y al pensamiento,
No abarca esa mentira y la desprecia!
El hombre es solo el hombre,
Pobre criatura de miseria y lodo,
Que sueña, que delira, y que en la fosa
Mira rodar con su existencia todo;
Pobre sér que termina la jornada
Con el eco de su último latido,
Para volver en sombra convertido

A su punto de origen *á la nada.*
Es un astro misterio que atraviesa
La curva de la vida, y se derrumba
Al concluir la carrera de ese cielo
Que en el Oriente de la cuna empieza
Y acaba en el Ocaso de la tumba;
Molécula que oculta entre la gasa
De la noche, sin ruta y sin destino,
Como una exhalacion flébil y escasa,
Nace, se mecé y pasa
Sin dejar una huella en su camino;
Y que á veces llegándose valiente
Hasta el sol de la gloria,
Se enciende en él y vuela,
Pero dejando entonces, donde acaba,
El gérmen de otra luz sobre su estela.
Luz-inmortalidad con que deliran
El sábio y el artista y el guerrero,
En medio á esos éxtasis soberanos
Que son la hora suprema
En que el génio prepara con sus manos,
Para ceñir sus frentes la diadema;
Hora en que el hombre alcanza,
Por el zodiaco de la fé y del arte,
Llegar hasta el zenit de su esperanza,
Para robarle el rayo que algun dia
Sobre su pobre lápida mortuoria,
Caiga á encender, sublime de poesia,

La antorcha fulgurante de la gloria.
 Luz-inmortalidad con que soñaban
 Sonriendo de placer en su delirio,
 El mártir-libertad en el cadalso
 Y el espectro-conciencia en el martirio;
 Fulgor que en la conquista
 Del saber y el talento, se levanta
 Descorriendo grandioso ante la vista,
 El soñado horizonte de una tierra
 Donde bendita y mágica se encierra
 La tierra prometida del artista;
 Esplendor auroral que era el ensueño
 Consolador y grato en su pobreza
 Del actor inspirado,
 Que aun ayer se encontraba circundado
 Con la aureola del génio en la cabeza;
 Del audaz fingidor que ayer hacia
 Sollozar ó reír bajo este techo,
 Y que hoy, cadáver, duerme
 De un pedazo de tierra sobre el lecho.
 Gayó . . . sobre su tumba
 Gime el arte, y la patria inconsolada
 Con sus hermosos besos maternos
 Deposita una lágrima adorada,
 En tanto que la fama que abandona
 De la muerte en los antros funerarios
 Al despojo . . . y al hombre,
 Vuela augusta á escribir en sus santuarios

Las letras de su nombre.

.
 Muerto, reposa en paz! y si en la fiebre
 De tu ambicion y tu querer fecundo
 Soñaste con un mundo mas risueño
 Que este pequeño y miserable mundo;
 Si astro que cruza la extension vacía
 Soñaste con dejar escrito en ella
 Algo como la luz que en tí vivía
 Para hacerte inmortal con esa huella,
 Tu sueño está cumplido . . . tus cenizas
 Ya no son mas que escoria;
 Pero el azul radioso de ta patria
 Cuenta otra luz, la luz de tu memoria.
 Los hombres como tú, jamas perecen
 Al tocar los umbrales
 De la oscura region de lo ignorado;
 Los hombres como tú, mueren y crecen
 Con la figura inmensa de granito
 Que de pié y magestuosa se levanta
 De entre el polvo impalpable que la planta
 Envuelve al resbalar en lo infinito.
 Para tí no hay sepulcro, que el reflejo
 De tu luz poderosa
 Te basta en la caída,
 Para seguir viviendo en otra vida,
 No en la estrechez de tu escondida fosa . . .
 Tú como el astro hermoso de la aurora

Que rueda en el ocaso,
Dejando como huella de su paso
La luna brilladora,
Caíste en el abismo,
Nítido sol del mexicano cielo;
Pero dejando al terminar el vuelo,
La luna de tí mismo.

Sacerdote titánico del arte,
Envuélvete sonriendo en la mortaja
Que te arropa en la huesa. . . .
Envuélvete inmortal bajo la losa
Donde tu cuerpo mísero reposa
Y se alza el pedestal de tu grandeza.
¡Adios, muerto sublime!
¡Sublime y noble atleta del proscenio!
Descansa en paz mientras tu patria gime
Sobre el recuerdo que tu gloria abona,
Y mientras teje en su santuario el géneo,
Para rodear tu nombre una corona.

1870.

OCAMPO

"Allá . . . !" se dijo, y extendiendo al aire
Las gigantescas plumas,
Con la mirada fija en los fulgores
Que á través de las brumas
Conducen en su vuelo á los condores,
Subió asentando la atrevida garra
Sobre la cumbre inmensa,
Donde el mundo genésico concluye
Y se levanta el mundo del que piensa;
Sobre la blanca cima de esa roca
Cuyas piedras de mármol y granito
Se alzan, entre lo azul de lo infinito,
De pedestal sublime al que las toca;
Allí donde se encienden los tabores
Con su grandiosa y santa refulgencia,
Al resonar del cántico que entona
Como un grito de alarma la conciencia.

Subió, llegó, y al extender los ojos,
Sobre la turba de hombres
Que germinaba de sus piés debajo,

Que rueda en el ocaso,
Dejando como huella de su paso
La luna brilladora,
Caíste en el abismo,
Nítido sol del mexicano cielo;
Pero dejando al terminar el vuelo,
La luna de tí mismo.

Sacerdote titánico del arte,
Envuélvete sonriendo en la mortaja
Que te arropa en la huesa. . . .
Envuélvete inmortal bajo la losa
Donde tu cuerpo mísero reposa
Y se alza el pedestal de tu grandeza.
¡Adios, muerto sublime!
¡Sublime y noble atleta del proscenio!
Descansa en paz mientras tu patria gime
Sobre el recuerdo que tu gloria abona,
Y mientras teje en su santuario el géneo,
Para rodear tu nombre una corona.

1870.

OCAMPO

“Allá . . . !” se dijo, y extendiendo al aire
Las gigantescas plumas,
Con la mirada fija en los fulgores
Que á través de las brumas
Conducen en su vuelo á los condores,
Subió asentando la atrevida garra
Sobre la cumbre inmensa,
Donde el mundo genésico concluye
Y se levanta el mundo del que piensa;
Sobre la blanca cima de esa roca
Cuyas piedras de mármol y granito
Se alzan, entre lo azul de lo infinito,
De pedestal sublime al que las toca;
Allí donde se encienden los tabores
Con su grandiosa y santa refulgencia,
Al resonar del cántico que entona
Como un grito de alarma la conciencia.

Subió, llegó, y al extender los ojos,
Sobre la turba de hombres
Que germinaba de sus piés debajo,

Anhelando mirar lo que es un pueblo
 Que marcha por la senda del trabajo,
 En vez de la ilusion de su utopía,
 Halló un pueblo de libres
 Envuelto del incienso entre el aroma,
 Y enlazando á su cuello esa cadena
 Cuyo eslabon primero empieza en Roma;
 Halló la libertad aprisionada
 Entre los negros muros del convento,
 Y un *mas-allá* de luto y de tinieblas
 Marcando el *hasta-aquí* del pensamiento;
 Al Dios-dulzura convertido en otro
 De sangre y de venganza,
 Al Dios-crëador entrando en la pelea
 Con el rojo puñal de la matanza;
 Y gozando al murmullo de los salmos
 Y gozando al gemir de la agonía,
 Al Dios que solo quiere en sus altares
 Los himnos del amor y la poesía.

*
 Y "No!" dijo él, ardiendo
 En esa inspiracion sencilla y santa
 Que hizo del vagabundo de Judea
 El muerto mas sublime de los muertos
 En el martirologio de la idea;
 "Ya es tiempo de volver á su santuario

El dulce amor de la familia humana,
 Sustituir el hogar al relicario,
 Sustituir la violeta al incensario,
 Y el trino del turpial á la campana;
 Ya es tiempo de rasgar el negro abismo
 Que oculta la verdad á la existencia,
 Y cambiar por el dios del fanatismo
 El dios de la razon y la conciencia."
 Dijo, y abandonando las remotas
 Cumbres de la esperanza y de la vida,
 Bajó á la tierra entre las dulces notas
 De esa cántiga tierna y bendecida
 Cuya primera vibracion se escucha
 Brotando de las arpas del delirio,
 Y la última en la lucha
 Con el ay! estertóreo del martirio.

*
 Bajó, y apóstol de la *buena-nueva*
 De la luz y el derecho,
 Su palabra de paz sonó en los aires
 Anunciando al Mesías
 Que el porvenir en su ilusion espera,
 Y de quien son augustas profecías
 Las protestas del mártir en la hoguera.
 Bajó, y envuelto entre el vapor espeso
 De los blancos perfumes conventuales

El pueblo suyo, por el monje opreso,
Escuchó la palabra de progreso
Salida de sus labios inmortales;
Y al buscar al apóstol atrevido
Donde su airado grito resonara,
Oyó el nombre de Dios luego un gemido,
El incienso quedo desvanecido
Y allí estaba el cadáver junto al ara.

La lucha fué un instante
Un instante no más, y aquel vidente,
Misionero de luz entre los ciegos,
Se hundió en la sombra y ocultó la frente.

Fué el condor que se lanza de las nubes
Sobre el tigre feroz que le arrebató
Los polluelos hermosos de su cría,
Y que baja, se mece,
Lucha, se aparta, vuelve, le provoca,
Y en el punto de herirle se estremece
Gayendo á agonizar sobre una roca.

Murió su apostolado
Hizo temblar en su poder al fraile,

Y el fraile en nombre de ese dios maldito
Que vive entre la noche y lo cubierto,
Armó su mano entre la niebla impía,
Y despues, al nacer del otro día,
Halló el mundo *un patibulo y un muerto.*

*

Ese muerto allí está dentro el sepulcro
Cavado para ahogar en su silencio
La gigante protesta de sus labios
Esqueleto sublimé y majestuoso,
Mas grande y elocuente en el reposo
De su lecho eternal y soberano,
Que en medio de la grita atronadora
Que alzara en su redor el Vaticano.
Allí está en ese túmulo sombrío
Regado con el llanto de los libres
Santa reliquia que la edad presente
Guarda de su cariño
En el inmenso y dulce relicario,
Como un recuerdo de tristeza y gloria,
Que evoca del pasado en la memoria
Su camino de sangre y su calvario.
Allí está murmurando una esperanza
De miel y libertad para el futuro,
Precursor auroral de esa lumbrera
Tanto soñada y esperada tanto

Y á cuya luz en hoy vienen tus hijos
 A arrullar tu dormir con sus canciones.
 A gemir en tu polvo, y á decirte
 Sus nobles y sentidas bendiciones

Mártir! descansa ya de la tarea,
 Y duérmete en el lecho de perfumes
 Con que la gratitud cubre tu fosa
 Duérmete ya . . . miéntras la fé y el templo
 Cuyo poder alcabo se derrumba,
 Vienen á despertarte en su caída,
 Dé tu sueño inmortal bajo la tumba.

1870

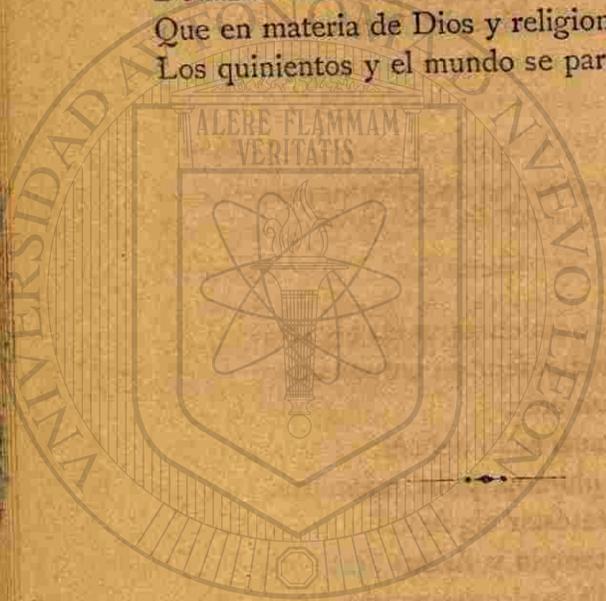
UNO Y QUINIENTOS

Pensando las quinientas unidades
 Que un número quinientos componían,
 Que si quinientas eran
 Al uno y nada mas se lo debían;
 En sociedad se unieron, y los miembros,
 Sin vacilar ni protestar alguno,
 Levantaron un templo y en sus aras
 Pusieron como Dios al número uno.

 Miéntras que unidos todos le adoraron
 A nadie aquello le causo extrañeza;
 Pero cierta ocasion en que uno de ellos
 Llegó solo del templo á los umbrales,
 A pesar de la fé y el fanatismo,
 Se halló con que él y Dios eran lo mismo,
 Puesto que el uno y él eran iguales.

Despues de recorrer estos renglones
 Que tantas reflexiones nos ofrecen,
 Deduzco éntre otras muchas conclusiones,
 Que en materia de Dios y religiones
 Los quinientos y el mundo se parecen.

1870



LA SOÑADORA

ODA

Leida por José Zamora á nombre de su autor,
 en el beneficio de María Servin.

Pueblo: tú que prorrumpes en gigantes
 Himnos de admiracion y de entusiasmo
 Ante el arte y lo bello;
 Tú, de cuya alma toma
 La vestal de la gloria y de la fama
 Fuego para encender á su destello
 De su lámpara mística la llama;
 Tú, que eres soñador y eres artista
 Lo mismo entre la paz que entre la lucha,
 Prepara una guirnalda de tus flores
 Mas queridas y . . . escucha.

Era una cuna, un lecho entretejido
 De gazas y jazmines
 Pequeño, vaporoso, recogido
 Una forma de nido
 Como esos que se ven en los jardines.

®

Y en ese nido columpiado al aire
 Con el vaiven arrullador del viento,
 Era una niña hermosa que soñaba
 Con yo no sé que blanco pensamiento;
 Una niña inocente que dormía
 Entre los chales de su tibia cuna,
 Como una de esas hadas misteriosas
 Que finjen las tinieblas y la luna
 Entre el húmedo cáliz de las rosas;
 Virgea de amor en cuya casta frente
 El sol de lo inmortal resplandecía
 Majestuoso y ardiente,
 Con su rayo de luz grabando en ella
 Esa chispa radiosa que, mas tarde,
 Ante el sepulcro abierto se alza estrella
 Y en la *via-lácta* de los genios arde.

Y la noche era negra, era una noche
 Que flotaba impalpable como un velo
 Prendido en las montañas,
 Sin la luz de un zig-zag entre las sombras
 Ni la luz de un cocuyo entre las cañas;
 Negro y vasto ropaje
 Que cobijaba al átomo del mundo
 Como el grano de arena el oleaje,
 Quedando aquella niña en el vacío
 De las tinieblas, escondida y sola,

Como queda la gota de rocío
 Cuando cierra la brisa una corola

Mas de pronto la curva de los cielos
 Recogió su gigante vestidura,
 Y libre de los pálidos fantasmas
 Que rodaban informes en la altura,
 El aire se cubrió de resplandores
 Que se acercaron tibios y temblantes,
 Circuyendo la frente de la niña
 Como un laurel inmenso de diamantes;
 Y entónces una voz cuya cadencia
 Sonaba arrulladora
 Como el canto de amores de la virgen,
 Se oyó que repetía
 En su dulce cascada de gorgoros:
 —Duérmete, vida mia,
 Gozando con la luz y la poesía
 De la region que pueblan tus deseos
 Duérmete, flor del arte,
 A las que el beso de las auras mece
 Duérmete y cuando venga á despertarte
 La voz de tu destino,
 Yo, el ángel de tu cuna,
 Regaré de perfumes y de galas
 La áspera cumbre que tu genio adora,
 Y adonde tienden las inmensas alas
 Tu ambicion y tu fé de soñadora.

Dijo la voz: y la corona ardiente
 Ensanchando su cerco luminoso
 De estrellas inmortales,
 Se perdió en los lejanos horizontes,
 Mezclada con el fuego de la aurora
 Que asomaba su luz tras de los montes.

Después, aquella niña
 Despertó de su mágico letargo,
 Y emprendiendo el camino
 De la jornada que á la gloria lleva
 Entre el dolor y el desaliento amargo,
 El mundo la miró sobre el proscenio
 Arrancando un laurel á su destino
 Y esculpiendo su busto peregrino
 Sobre el augusto pedestal del genio.
 Blanca y tierna paloma
 Que hasta el templo del arte aizó las alas
 Para robar al arte sus secretos,
 Descendiendo después sonriente y bella
 Entre el aplauso universal de un mundo
 Lleno de amor y admiración por ella.

Por ella, que eres tú, la que hoy recojes
 El ideal de tus sueños infantiles
 Entre el incienso embriagador del triunfo . . .
 Por tí que haces latir entusiasmado
 El corazón del pueblo que hoy arranca

La cadencia mas dulce y mas sentida
 Del arpa de su gloria,
 Para arrojarla con su flor mas blanca
 Sobre el gigante altar de tu victoria.

Por ella, que eres tú, la mas querida
 Esperanza de México, la virgen
 A quien el porvenir desde la cuna
 Prometiera su espléndida guirnalda,
 Y que hoy viene al rumor de las conquistas
 Que tu celeste inspiración abona,
 A ceñir en tu frente esa corona
 Que hace iguales á Dios y á los artistas.

1870.

OBLACION

A los muertos de la Sociedad Filoiátrica.

Quando la aurora enciende las montañas,
Y el águila que duerme
Se siente acariciada por sus besos,
El águila se agita entre las rocas
De su salvaje y solitario nido,
Tiende la vista al cielo
Dominio de su empuje soberano,
Y desatando el poderoso vuelo,
Cruza la selva, el llano,
Del llano se levanta hasta las cumbres
Que la extension corona,
Y allí, fuerte y robusta,
En pié sobre la nieve y el granito,
Se alza de nuevo y sube hasta que incrusta
Sus formas de gigante en lo infinito.

Quando el sol de la gloria,
Surgiendo en el espacio-inteligencia
Baña á un niño en su luz, el niño se alza
Sobre el desierto oscuro de la vida;

Y guiado por la fé que en su conciencia
Lleva como una lámpara encendida,
Desterrado del cielo sobre el mundo,
Y entreviendo su patria
A través de la bruma de su ensueño,
Se lanza de su ensueño por la vía,
Dejando al confundirse con la nada,
De su carrera de astros como huellas,
Las letras de su nombre,
Que son como las mágicas estrellas
Que brillan al crepúsculo del hombre.

Letras que al proyectar sobre la tumba
Sus luces inmortales,
Son la mas grande historia
Que pudiera grabar en sus anales
La vírgen soberana de la gloria.

En la cuna de aquellos
Que hoy tienen nuestras almas por santuario,
Y por incienso, el de las rosas blancas
Que nacen en los bordes del osario,
También surgió con su fulgor de aurora
La chispa de la idea; también ellos
Sintieron palpar sobre su frente
Los ósculos de ese ángel que en la noche
Baja á inspirar sus sueños al creyente
Sueños blandos y dulces como todos

Los que su ánfora encierra,
Y que al fundirse con el hombre, lo hacen
La encarnacion de Dios sobre la tierra.

El ideal de sus almas, el que en ellos
Infiltraba la luz de sus caricias,
Era el amor bajo la doble forma
Del espacio y del mundo,
Del mundo, en la expresion de sus dolores
Marcados por la faz de un muribundo,
Y del espacio, como la hostia blanca
En donde oculta su divina esencia,
Ese Cristo del pobre y del que sufre,
Que se llama la ciencia.

Y esa fué su vision, esa la doble
Senda en que dividieron el camino,
Señalado en su afan supremo y noble
Por la sonrisa de ángel del destino;
Esa la ardiente cima en que se alzaron
Pensadores y apóstoles á un tiempo,
Buscando la verdad miéntas vertian
La miel de sus virtuosos corazones. . . .
Iguales á esas nubes que se lanzan
Tras la huella del sol por el vacío,
Derramando á la vez sobre la tierra
Las caricias de amor de su rocío.

Y así fueron en tanto que la vida
Latió bajo sus cráneos;
Fé y corazon, estrellas y perfumes;
Sublime dualidad de una alma misma
Que en distinta region alzando el vuelo,
Arriba, era la forma de la idea,
Y abajo, era la forma del consuelo!

Así fueron. . . . constante sacrificio
Sobre el altar del bien, mártires prontos
A morir por sus creencias en el ara
De la impiadada suerte;
Grupo de caridad que aparecia
Fiel en cumplir su augusto pensamiento,
Donde quiera que hallaba un sufrimiento,
O el buitre de la muerte se mecía. . . .!

Y cuando llenos de ese santo orgullo
Que la virtud derrama en la conciencia,
Tocaban ya la cumbre brilladora
De su vision querida,
La vida los dejó! pero las frases
Que al dolor arrancaron con su muerte,
Fueron bajo el destello sacrosanto
Que irradiaba al fulgor de su memoria,
Las primeras estrofas de ese canto
Que hoy los arrulla en su mansion de gloria.

Allí duermen, y allí como un perfume
 Se alzan las bendiciones por la noche,
 Flores del corazón que agradecidas
 Bajo el ojo de Dios abren su broche:
 Allí duermen, y allí los que en el mundo
 Les dijimos hermanos,
 Depositando la oblación sencilla
 De nuestro amor, hacemos de sus nombres
 El grito de entusiasmo que en la lucha
 Dará al cobarde animación y brío;
 Y del radioso albor de su recuerdo
 Un astro suspendido en el vacío,
 Que será en los instantes de la prueba,
 Cuando el cansancio nuestra frente amague,
 La antorcha sideral en donde el alma
 Encenderá su fé cuando se apague.

1871.

RASGO DE BUEN HUMOR

¿Y qué, será posible que nosotros
 Tanto amemos la gloria y sus fulgores,
 La ciencia y sus placeres,
 Que olvidemos por eso los amores,
 Y mas que los amores, las mujeres?

¿Seremos tan ridículos y necios,
 Que por no darle celos á la ciencia,
 No hablemos de los ojos de Dolores,
 De la dulce sonrisa de Clemencia,
 Y de aquella que, tierna y seductora,
 Aun no hace un cuarto de hora todavía,
 Con su boca de aurora,

“No te vayas tan pronto,” nos decia?
 ¿Seremos tan ingratos y tan crueles,
 Y tan duros y esquivos con las bellas,
 Que no alcemos la copa
 Brindando á la salud de todas ellas?

Yo, á lo ménos por mí, protesto y juro
 Que si al irme trepando en la escalera

Que á la gloria encamina,
La gloria me dijera:

—Sube, que aquí te espera
La que tanto te halaga y te fascina;
Y á la vez una chica me gritara.
—Baje usted, que lo aguardo aquí en la esquina;
Lo juro, lo protesto y lo repito,
Si sucediera semejante historia,
A riesgo de pasar por un bendito,
Primero iba á la esquina que á la gloria.

Porque será muy tonto
Cambiar una corona por un beso;
Mas como yo de sabio no presumo,
Me atengo á lo que soy de carne y hueso,
Y prefiero los besos y no el humo,
Que al fin, al fin, la gloria no es mas que eso.

Por lo demas, señores,
¿Quién será aquel que al ir para la escuela
Con su libro de texto bajo el brazo,
No se olvidó de Lucio ó de Robredo
Por seguir paso á paso,
A alguna que nos hizo con el dedo
Una seña de amor, así . . . al acaso?
¿O bien que aprovechando la sordera
De la obesa mamá que la acompaña,

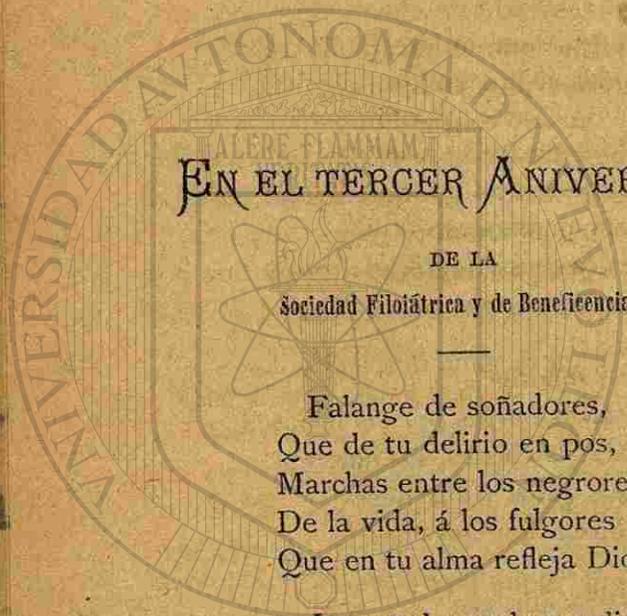
Nos dice:—No me sigas!
Porque mamá me pega y me regaña?

¿Y quién no ha consentido
En separarse del objeto amado
Con tal de no mirarlo contundido?

¿Quién será aquel, en fin, que no ha sentido
Latir su corazon enamorado,
Y á quién mas que el café, lo ha desvelado
El *café* de no ser correspondido?

Al aire pues, señores,
Lancemos nuestros hurras por las bellas,
Por sus gracias, sus chistes, sus amores,
Sus perros y sus gatos y sus flores
Y cuanto tiene relacion con ellas.

Al aire nuestros hurras
De las criaturas por el sér divino,
Por la mitad del hombre,
Por el género humano femenino.



EN EL TERCER ANIVERSARIO

DE LA
Sociedad Filoiátrica y de Beneficencia.

Falange de soñadores,
Que de tu delirio en pos,
Marchas entre los negroses
De la vida, á los fulgores
Que en tu alma refleja Dios.

Juventud grande y ardiente
Que á la luz que centellea
Tu porvenir esplendente,
Muestras ceñida la frente
Con el laurel de la idea.

Tú, que llevando contigo
Cuanto hay de noble y humano,
Al que miras sin abrigo,
En vez del nombre de amigo
Le das el nombre de hermano.

Tú que siguiendo la huella
Que á tu conciencia se ajusta,
Has atesorado en ella
La virtud que te hace bella,
Y el saber que te hace augusta.

No cejes en tu camino
Aunque el destino te mande
Luto y penas de contino,
Que si es muy fuerte el destino
Tú tambien eres muy grande.

Y si en tu alma de inspirada
Hay fuerza y valor de sobra
Para concluir la jornada,
Ya que tu obra está empezada,
Juventud, completa tu obra.

Sigue, sigue tras el vuelo
De esa vírgen cuyo encanto
Forma tu vida y tu anhelo;
Sigue tu marcha hácia el cielo
De tus delirios, y en tanto,

Recibe de quien te admira
Proclamando tus victorias,
Los acentos de una lira
Que con tus glorias se inspira
Porque hace tuyas tus glorias.

LAGRIMAS

A LA MEMORIA DE MI PADRE.

Cum subit illius tristissima noctis imago
 Quæ mihi supremum tempus in urbe fuit;
 Cum repeto noctem, qua tot mihi cara reliqui,
 Labitur ex oculis nunc quoque gutta meis.

OVIDIO.—ELEGIA III.

Aun era yo muy niño, cuando un día,
 Cogiendo mi cabeza entre sus manos
 Y llorando á la vez que me veía,
 “¡Adios! Adios!” me dijo:
 “Desde este instante un horizonte nuevo
 Se presenta á tus ojos;
 Vas á buscar la fuente
 Donde apagad la sed que te devora;
 Marcha . . . y cuando mañana
 Al mal que aun no conoces
 Ofrezcas de tu llanto las primicias,
 Ten valor y esperanza,
 Anima el paso tardo,
 Y mientras llega de tu vuelta la hora,

Ama un poco á tu padre que te adora,
 Y ten valor y . . . marcha . . . yo te aguado.

Así me dijo, y confundiendo en uno
 Su sollozo y el mio,
 Me dió un beso en la frente . . .
 Sus brazos me estrecharon . . .
 Y despues . . . á los pálidos reflejos
 Del sol que en el crepúsculo se hundia,
 Solo ví una ciudad que se perdía
 Con mi cunã y mis padres á lo léjos.

El viento de la noche
 Saturado de arrullos y de esencias,
 Soplabá en mi redor, tranquilo y dulce
 Como aliento de niño;
 Tal vez llevando en sus ligeras alas,
 Con la tibia embriaguez de sus aromas,
 El acento fugaz y enamorado
 Del silencioso beso de mi madre
 Sobre el blanco lecho abandonado . . .

Las campanas distantes repetían
 El toque de oraciones . . . una estrella
 Apareció en el seno de una nube;
 Tras de mi oscura huella
 La inmensidad se alzaba . . .
 Yo entónces me detuve,

Y haciendo estremecer el infinito
 De mi dolor supremo con el grito:
 "¡Adios, mi santo hogar!" clamé llorando;
 "¡Adios, hogar bendito,
 En cuyo seno viven los recuerdos
 Mas queridos de mi alma . . .
 Pedazo de ese azul en donde anidan
 Mis ilusiones cándidas de niño . . .
 Quién sabe si mis ojos
 No volverán á verte . . . !
 ¡Quién sabe si hoy te envié
 El adios de la muerte . . . !
 Mas si el destino rudo
 Ha de darme el morir bajo tu techo,
 Si el ave de la selva
 Ha de plegar las alas en su nido,
 Guárdame mi tesoro, hogar querido,
 Guárdame mi tesoro hasta que vuelva!"

Las lágrimas brotaron
 A mis hinchados párpados . . . las sombras
 Espesas y agrupadas, de repente
 Se abrieron de los astros á la huella . . .
 Cruzó una luz por lo alto, alcé la frente,
 El cielo era una página y en ella
 Ví esta cifra:—Detente!
 Detente . . . y á mi oído
 Llegó como un arrullo de paloma

La nota de un gemido;
 Algo como un suspiro de la noche
 Rompiendo del silencio la honda calma;
 Algo como la queja
 De una alma para otra alma . . .
 Algo como el adios para los muertos,
 Del amor al esfuerzo soberano,
 Saludan desde el fondo de sus tumbas
 Al recuerdo lejano!

Al despertar de aquel supremo instante
 De letargo sombrío,
 La noche de la ausencia desplegab
 Su impenetrable velo,
 Sus sombras sin estrellas,
 Su atmósfera de hielo . . .
 Esa odiosa ceguei en que el ausente
 Proscrito del cariño,
 Cumple con su destierro, suspirando
 Por sus recuerdos vírgenes de niño;
 Ese inmenso dolor que hace del alma
 En el terrible y solitario viaje,
 Un árido desierto
 En donde es un miraje cada punto
 Y en donde es un amor cada miraje . . .

Y así de la ampojeta de mi vida
 Se deslizaban las eternas horas

Sobre mi frente mustia y abatida,
 Sonando al extenderse en lontananza,
 Como una dulce estrofa desprendida
 Del arpa celestial de la esperanza:
 Así, cuando una vez, en el instante
 En que la blanca flor de mi delirio
 Desplegaba en los aires su capullo;
 Cuando mi muerta fé se estremecía
 Bajo sus ropas fúnebres de duelo,
 Al ver flotando en el azul del cielo
 El alma de mi hogar sobre la mía;
 Cuando iba ya á sonar para mis ojos
 La última hora del llanto,
 Y se cambiaba en música de salve
 La música elegiaca de mi canto;
 Mi corazón como la flor marchita
 Que se abre á las sonrisas de la aurora
 Esperando la vida de sus rayos,
 También se abrió . . . para plegar su broche,
 A las caricias del amor abierto,
 Encerrando en el fondo de su noche
 Las caricias de un muerto! . . .

En el espacio blanco y encendido
 Por los trémulos rayos de la luna,
 Yo ví asomar su sombra. . . .
 La gasa del sepulcro le envolvía
 Con sus espesos pliegues. . . .

En su frente espectral se dibujaba
 Una aureola de angustia, lo que dijo
 Se perdió en la region donde flotaba. . . .
 Su mano me bendijo. . . .
 Su pecho sollozaba. . . .
 La sombra se elevó como la niebla
 Que en la mañana se alza de los campos;
 Cerré los ojos suspirando, y luego. . . .
 Oí un adios en la profunda calma
 De aquella inmensidad muda y tranquila,
 Y al levantar de nuevo la pupila
 El cielo estaba negro como mi alma!

En el reló terrible
 Donde cada dolor marca su instante,
 El destino inflexible
 Señalaba la cifra palpitante
 De aquella hora imposible;
 Hora triste en que el íntimo santuario
 De mis sueños de gloria,
 Vió su altar solitario,
 Convertido su sol en tenebrario,
 Y su culto en memoria. . . .
 Hora negra en que la urna consagrada
 Para envolverte, oh, padre!
 Del cariño en la ausencia perfumada,
 Fué un sepulcro sombrío

Donde solo dejaste tu recuerdo
Para hacer mas inmenso su vacío,

¡Padre... perdon porque te amaba tanto,
Que en el orgullo de mi amor creia
Darte en él un escudo!
Perdon porque luché contra la suerte,
Y desprenderme de tus brazos pudo!
Perdon porque á tu muerte
Le arrebaté mis últimas caricias
Y te dejé morir sin que rompiendo
Mi alma los densos nublos de la ausencia,
Fuera á unirse en un beso con la tuya
Y á escuchar tu postrera confidencia!

Sobre la blanca cuna en que de niño
Me adurmieron los cantos de la noche,
El cielo azul flotaba,
Y siempre que mis párpados se abrian,
Siempre hallé en ese cielo dos estrellas
Que al verme desde allí se sonreían;
Mañana que mis ojos
Se alcen de nuevo hácia el espacio umbrío
Que se mece fugaz sobre mi cuna,
Tú sabes, padre mio,
Que sobre aquella cuna hay un vacío,
Que de esas dos estrellas me falta una.

Caiste... de los libros de la noche
Yo no tengo la ciencia ni la clave;
En la tumba en que duermes
Yo no sé si el amor tiene cabida...
Yo no sé si el sepulcro
Puede amar á la vida;
Pero en la densa oscuridad que envuelve
Mi corazon para sufrir cobarde,
Yo sé que existí el gérmen de una hoguera
Que á tu memoria se estremece y arde...
Yo sé que es el mas dulce de los nombres
El nombre que te doy cuando te llamo,
Y que en la religion de mis recuerdos
Tú eres el dios que amo.

Caiste... de tu abismo impenetrable
La helada niebla roja
Su negra proyeccion sobre mi frente,
Crepúsculo que avanza
Derramando en el aire trasparente
Las sombras de una noche sin oriente
Y el capuz de un dolor sin esperanza.

Padre... duérmete... mi alma estremecida
Te manda su cantar y sus adioses;
Vuela hácia tí, y flotando

Sobre la piedra fúnebre que sella
 Tu huesa solitaria,
 Mi amor la enciende, y sobre tí, sobre ella,
 En la noche sin fin de tu sepulcro
 Mi alma será una estrella.

1871.



*Gloria Rosa Guerrero
 Riva Palacio # 1830te*

A LAURA

Yo te lo digo, Laura . . . quien encierra
 Valor para romper el yugo necio
 De las preocupaciones de la tierra.

*

Quien sabe responder con el desprecio
 A los que amigos del anacronismo
 Defienden el pasado á cualquier precio.

*

Quien sacudiendo todo despotismo
 A ninguno somete su conciencia
 Y se basta al pensar consigo mismo.

*

Quien no busca mas luz en la existencia
 Que la luz que desprende de su foco
 El sol de la verdad y la experiencia.

*

Quien ha sabido en este mundo loco
 Encontrar el disfraz mas conveniente
 Para encubrir de nuestro sér lo poco.

*

Quien al amor de su entusiasmo siente
Que algo como una luz desconocida
Baja á imprimir un ósculo en su frente.

*

Quien tiene un corazon en donde anida
El genio á cuya voz se cubre en flores
La paramal tristeza de la vida;

*

Y un sér al que combaten los dolores
Y esa noble ambicion que pertenece
Al mundo de las almas superiores;

*

Culpable es, y su lira no merece
Si debiendo cantar, como su lira
Y silencioso y mudo permanece.

*

Porque es una tristicima mentira
Ver callado al zentzontle y apagado
El tibio sol que en nuestro cielo gira;

*

O ver el broche de la flor cerrado
Cuando la blanca luz de la mañana
Derrama sus caricias en el prado.

*

Que indigno es de la gloria soberana,
Quien siendo libre para alzar el vuelo,
Al ensayar el vuelo se amilana.

*

Y tú, que alientas ese noble anhelo,
Mal harás si hasta el cielo no te elevas
Para arrancar una corona al cielo!.....

*

Alzate, pues, si en tu interior aun llevas
El gérmen de ese afan que pensar te hace
En nuevos goces y delicias nuevas.

*

Sueña ya que soñar te satisface
Y que es para tu pecho una alegría
Cada ilusion que en tu cerebro nace.

*

Forja un mundo en tu ardiente fantasía
Ya que ençuentras placer y te recreas
En vivir delirando noche y dia.

*

Alcanza hasta la cima que deseas,
Mas cuando bajes de esa cima al mundo
Refiérenos al ménos lo que veas.

*
 Pues será un egoísmo sin segundo,
 Que quien sabe sentir como tú sientes
 Se envuelva en un silencio tan profundo.

*
 Has inclinar ante tu voz las frentes,
 Y que resuene á tu canción unido
 El general aplauso de las gentes.

*
 Que tu nombre do quiera repetido,
 Resplandeciente en sus laureles sea
 Quien salve tu memoria del olvido;

*
 Y que la tierra en tus pupilas lea
 La leyenda de una alma consagrada
 Al sacerdocio augusto de la idea.

*
 Sí, Laura . . . que tus labios de inspirada
 Nos repitan la queja misteriosa
 Que te dice la alondra enamorada;

*
 Que tu lira tranquila y armoniosa
 Nos haga conocer lo que murmura
 Cuando entreabre sus pétalos la rosa;

*
 Que oigamos en tu acento la tristura
 De la paloma que se oculta y canta
 Desde el fondo sin luz de la espesura;

*
 O bien el grito que en su ardor levanta
 El soldado del pueblo, que á la muerte
 Envuelto en su bandera se adelanta.

*
 Sí, Laura . . . que tu espíritu despierte
 Para cumplir con su misión sublime,
 Y que hallemos en tí á la mujer fuerte
 Que del oscurantismo se redime.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



SALVE!

EN UNOS PREMIOS.

Hoy que radiante de vida,
De ensueños y de placer,
Vienes, juventud querida,
A palpar estremecida
Tus ilusiones de ayer.

Hoy que la gloria sonriente
Que con sus gracias te atrajo,
Te acaricia dulcemente,
Ciñendo sobre tu frente
Las coronas del trabajo.

Hoy que á la luz que destella
La estrella de la victoria
Sobre tu empezada huella,
Ves surgir al cabo de ella
Todo un porvenir de gloria;

Cózate mientras ajite
Tu noble alma la emocion,
Y entre tus goces, permite

Que á tus plantas deposite
Mi lira y mi corazon.

Y mañana que á seguir
Tus pasos vuelvas triunfante,
Recuerda hasta sucumbir
Que el lema del porvenir
Es marchar siempre adelante.

Y graba en tu pensamiento
Si tu valor se rebaja
Porque se agote tu aliento,
Que en el taller del talento
Quien triunfa es el que trabaja.

GRACIAS

¡A tí, niña, la voz del sentimiento,
La palabra dulcísima y serena...!
Que me has hecho, al arrullo de tu acento,
Olvidar este eterno sufrimiento
Al que Dios ó la suerte me condena.
¡A tí... la blanca estrella á la que debo
La luz de un rayo de ilusion y calma,
Yo que hace tanto tiempo que no llevo
Mas que luto y tinieblas en el alma!
A tí... la que te llamas mensajera
De un porvenir de ensueños y de gloria
Que mi espíritu muerto ya no espera...
La dulce golondrina, la que me hablas
De una mañana y de una primavera,
En medio de estas brumas invernales,
Y en medio de estos ásperos breñales
Que ya no brotan ni una flor siquiera.

Gracias...! si tú no sabes ni adivinas
La suprema ventura que se siente
Cuando de la corona de la frente
Viene álguien á quitarnos las espinas;
Si ignoras lo que vale

Una frase de amor y de consuelo
Para aquel que suspira sin un cielo
Que guarde el *ay!* que de su pecho sale;
Yo no, que acostumbrado
A llorar mis dolores siempre solo
Y en el fondo de mi alma retirado,
Yo, niña, he comprendido que no hay queja
Como la queja que respuesta no halla,
Que no hay pesar como el pesar oculto,
Que no hay dolor como el dolor que calla,
Y que triste el llorar, agobia ménos
La calcinante lágrima que rueda,
Cuando una mano cariñosa enjuga
La que temblando en las pestañas queda.

Sí, niña! desde ahora
Ya al sufrimiento no seré cobarde
Ni me hará estremecer aterradora
La llegada tristísima de esa hora
Que empieza en las tinieblas de la tarde;
Te tengo á tí... la que á mi lado vienes
Cuando el consuelo de tu voz reclamo...
La que me das tus brazos y tu abrigo,
La que sufres conmigo si yo sufro,
La que al verme llorar lloras conmigo...!
Gracias! y si algun día,
Cuando tu pecho al desengaño le abras,
Llegas á padecer esta agonía
Y esta negra y letal melancolía

Que tanto han endulzado tus palabras;
 Si alguna vez te miras en el mundo
 Sola y abandonada á tu congoja,
 Sin encontrar en tu dolor profundo
 Quien tus calladas lágrimas recoja;
 Llámame entónces, y á tu blando lecho,
 Miétras que tú dormitas y descansas,
 Yo iré á velar tranquilo y satisfecho
 Y á encender en el fondo de tu pecho
 La estrella de las dulces esperanzas;
 Lámame . . . y cuando en vano
 Tiendas la vista en tu redor sombrío,
 Yo iré á llevarte en el consuelo mío
 Los besos y el cariño de un hermano.

POR ESO

Porque eres buena, inocente
 Como un sueño de doncella,
 Porque eres cándida y bella
 Como un nectario naciente.

Porque en tus ojos asoma
 Con un dulcísimo encanto,
 Todo lo hermoso y lo santo
 Del alma de una paloma.

Porque eres toda una esencia
 De castidad y consuelo.
 Porque tu alma es todo un cielo
 De ternura y de inocencia.

Porque al sol de tus virtudes
 Se mira en tí realizado
 El ideal vago y soñado
 De todas las juventudes;

Por eso, niña hechicera,
 Te adoro en mi loco exceso,

Que tanto han endulzado tus palabras;
 Si alguna vez te miras en el mundo
 Sola y abandonada á tu congoja,
 Sin encontrar en tu dolor profundo
 Quien tus calladas lágrimas recoja;
 Llámame entónces, y á tu blando lecho,
 Miéntas que tú dormitas y descansas,
 Yo iré á velar tranquilo y satisfecho
 Y á encender en el fondo de tu pecho
 La estrella de las dulces esperanzas;
 Lámame . . . y cuando en vano
 Tiendas la vista en tu redor sombrío,
 Yo iré á llevarte en el consuelo mío
 Los besos y el cariño de un hermano.

POR ESO

Porque eres buena, inocente
 Como un sueño de doncella,
 Porque eres cándida y bella
 Como un nectario naciente.

Porque en tus ojos asoma
 Con un dulcísimo encanto,
 Todo lo hermoso y lo santo
 Del alma de una paloma.

Porque eres toda una esencia
 De castidad y consuelo.
 Porque tu alma es todo un cielo
 De ternura y de inocencia.

Porque al sol de tus virtudes
 Se mira en tí realizado
 El ideal vago y soñado
 De todas las juventudes;

Por eso, niña hechicera,
 Te adoro en mi loco exceso,

Por eso te amo y por eso
Te he dado mi vida entera.

Por eso á tu luz se inspira
La fé de mi amor sublime;
Por eso solloza y gime
Como un corazon mi lira!

Por eso cuando te evoca
Mi afan en sus embelesos,
Siento que un mundo de besos
Palpita sobre mi boca.

Y por eso entre la calma
De mi existencia sombría,
Mi amor no anhela mas día
Que el que una mi alma con tu alma.

1872.

MISTERIO

Si tu alma pura es un broche
Que para abrirse á la vida
Quiere la calma adormida
De las sombras de la noche.

Si buscas como un abrigo
Lo mas tranquilo y espeso,
Para que tu alma y tu beso
Se encuentren solo conmigo.

Y si temiendo en tus huellas
Testigos de tus amores,
No quieres ver mas que flores,
Mas que montañas y estrellas;

Yo sé muchas grutas, y una
Donde podrás en tu anhelo,
Ver un pedazo de cielo,
Cuando aparezca la luna,

Donde á tu tímido oído
No llegarán otros sonos,
Que las tranquilas canciones
De algun ruiñeñor perdido.

Donde á tu mágico acento
Y estremecido y de hinojos,
Veré abrirse ante mis ojos
Los mundos del sentimiento.

Y donde tu alma y la mía,
Como una sola estrechadas,
Se adormirán embriagadas
De amor y melancolía.

Ven á esa gruta, y en ella
Yo té diré mis desvelos,
Hasta que se hunda en los cielos
La luz de la última estrella,

Y ántes que el ave temprana
Su alegre vuelo levante
Y entre los álamos cante
La vuelta de la mañana,

Yo te volveré al abrigo
De tu estancia éncantadora,

Donde al recuerdo de esa hora
Vendrás á soñar conmigo

Miéntras que yo en el exceso
De la pasión que me inspiras,
Iré á soñar que me miras.
E iré á soñar que te beso.

1872

ESPERANZA

Mi alma, la pobre mártir
De mis ensueños dulce y queridos,
La viajera del cielo, que caminas
Con la luz de un delirio ante los ojos,
No encontrando á tu paso mas que abrojos
Ni sintiendo en tu frente mas que espinas;
Sacude y deja el luto
Con que la sombra de dolor te envuelve,
Y olvidando el gemir de tus cantares
Deja la tumba y á la vida vuelve.

Depon y arroja el dueño
De tu tristeza funeral y yerta,
Y ante la luz que asoma por el cielo,
En su rayo de amor y de consuelo
Saluda al porvenir que te despierta.

Trasforma en sol la luna
De tus noches eternas y sombrías;
Renueva las sonrisas que en la cuna
Para hablar con los ángeles tenias;

Y abrigando otra vez bajo tu cielo,
De tus horas de niña la confianza,
Diles tu último adios á los dolores,
Y engalana de nuevo con tus flores
Las ruinas del altar de tu esperanza.

Ya es hora de que altivas
Tus alas surquen el azul como ántes;
Ya es hora de que vivas,
Ya es hora de que cantes;
Ya es hora de que enciendas en el ara
La blanca luz de las antorchas muertas,
Y dé que abras tu templo á la que viene
En nombre del amor ante sus puertas.

Bajo el espeso y pálido nublado
Que enluta de tu frente la agonía,
Aun te es dado que sueñes, y aun te es dado
Vivir para tus sueños todavía!
Te lo dice su voz, la de aquel ángel
Cuya memoria celestial y blanca
Es el solo entre todos tus recuerdos
Que ni quejas ni lágrimas te arranca!
Su voz dulce y bendita
Que cuando tu dolor aun era niño,
Bajaba entre tus cánticos de muerte,
Mensajera de amor-á prometerte
La redencion augusta del cariño!

Y yo la he visto, mi alma! desgarrando
 Del manto de la bruma el negro broche
 Y encendiendo á la luz de su mirada,
 Esas dulces estrellas de la noche
 Que anuncian la alborada. . . .!

Yo he sentido el perfume voluptuoso
 Del crespon virginal que la envolvía,
 Y he sentido sus besos, y he sentido
 Que al acercarse á mí se estremecía!

¡Sí, mi pobre cadáver, desenvuelve
 Los pliegues del sudario que te cubre;
 Levántate, y no caves
 Tu propia tumba en un dolor eterno!

La vuelta de las aves
 Te anuncia ya que terminó el invierno;
 Saluda al sol querido

Que en el Levante de tu amor asoma,
 Y ya que tu paloma vuelve al nido,
 Reconstrúyete el nido á tu paloma.

1872

RESIGNACION

A. . . .

—
 Sin lágrimas, sin quejas,
 Sin decir las adios, sin un sollozo!
 Cumplamos hasta lo último la suerte
 Nos trajo aquí con el objeto mismo,
 Los dos venimos á enterrar el alma
 Bajo la losa del ecepticismo.

Sin lágrimas las lágrimas no pueden
 Devolver á un cadáver la existencia;
 Que caigan nuestras flores y que rueden,
 Pero al rodar, siquiera que nos queden
 Seca la vista y firme la conciencia.

Ya lo ves! para tu alma y para mi alma
 Los espacios y el mundo están desiertos
 Los dos hemos concluido,
 Y de tristeza y afliccion cubiertos,
 Ya no somos al fin sino dos muertos
 Que buscan la mortaja del olvido.

Niños y soñadores cuando apenas
 De dejar acabábamos la cuna,
 Y nuestras vidas al dolor ajenas
 Se deslizaban dulces y serenas
 Como el ala de un cisne en la laguna;
 Cuando la aurora del primer cariño
 Aun no asomaba á recoger el velo
 Que la ignorancia virginal del niño
 Extiende entre sus párpados y el cielo,
 Tu alma como la mía,
 En su reloj adelantando la hora
 Y en sus tinieblas encendiendo el día,
 Vieron un panorama que se abría
 Bajo el beso y la luz de aquella aurora;
 Y sintiendo al mirar ese paisaje
 Las alas de un esfuerzo soberano,
 Temprano las abrimos, y temprano
 Nos trajeron al término del viaje.

Le dimos á la tierra
 Los tintes del amor y de la rosa;
 A nuestro huerto nidos y cantares,
 A nuestro cielo pájaros y estrellas;
 Agotamos las flores del camino
 Para formar con ellas
 Una corona al ángel del destino....
 Y hoy en medio del triste desacuerdo
 De tanta flor agonizante ó muerta,

Ya solo se alza pálida y desierta
 La flor envenenada del recuerdo.

Del libro de la vida
 La que escribimos hoy es la última hoja....
 Cerrémoslo en seguida,
 Y en el sepulcro de la fé perdida
 Enterremos tambien nuestra congoja.

Y ya que el cielo nos concede que este
 De nuestros males el postrero sea
 Para que el alma á descansar se apreste,
 Aunque la última lágrima nos cueste
 Cumplamos hasta el fin con la tarea.
 Y despues cuando el ángel del olvido
 Hayamos entregado estas cenizas
 Que guardan el recuerdo adolorido
 De tantas ilusiones hechas trizas
 Y de tanto placer desvanecido,
 Dejemos los espacios y volvamos
 A la tranquila vida de la tierra,
 Ya que la noche del dolor temprana
 Se avanza hasta nosotros y nos cierra
 Los dulces horizontes del mañana.

Dejemos los espacios, ó si quieres
 Que hagamos, ensayando nuestro aliento,
 Un nuevo viaje á esa rejion bendita

Cuyo solo recuerdo resucita
 Al cadáver del alma al sentimiento,
 Lancémonos entónces á ese mundo
 En donde todo es sombras y vacío,
 Hagamos una luna del recuerdo
 Si el sol de nuestro amor está ya frío;
 Volemos si tú quieres,
 Al fondo de esas mágicas rejiones,
 Y finjiendo ilusiones y placeres
 Y finjiendo esperanzas é ilusiones,
 Rompamos el sepulcro, y levantando
 Nuestro atrevido y poderoso vuelo,
 Formarémos un cielo entre las sombras
 Y serémos los duendes de ese cielo.

1872.

EPITALAMIO

A mi querido amigo D. J. M. Bandera.

Pues que en tu cielo aun brilla
 la luz de la esperanza,
 Pues que en tu mundo aun vierte
 la fé su resplandor,
 Poeta, duerme y sueña
 miéntras que tu alma avanza
 Por esa blanca huella
 Que te abre en lontananza
 La encarnacion bendita
 del ángel de tu amor.

Embriáguete la copa
 de sueños y ventura
 Que acerca hasta tus labios,
 su mano virginal,
 La misma que en tus horas
 inmensas de amargura,
 Rasgaba de tu noche
 la negra vestidura

Para encender en ella
la luz de lo inmortal.

Que lance tu arpa al aire
su acento enamorado;
Que tiemble entre sus cuerdas
tu ardiente corazón,
Tu afán está cumplido,
tu ensueño realizado:
Ya tiene una ave el nido
que estaba abandonado,
Ya vuelve al culto el templo
cerrado á la ilusión.

Del viaje que á los cielos
tu noble fé emprendiera
Buscando lo que el mundo
jamás te pudo dar,
Ceñida de ilusiones
ha vuelto la viajera,
Trayéndote en sus brazos
la dulce compañera
Que tanto reclamaban
los ecos de tu hogar.

Piadosa de tu luto
piadosa de tu duelo,

Tendió al oír tus quejas
sus alas hácia aquí
¡Poeta! dale gracias
y fórmale en tu anhelo,
Un mundo donde acabe
por olvidar el cielo,
El cielo venturoso
que abandonó por tí.

Despiértate á la aurora
dichosa de este día
En que por fin acaban
tus noches de dolor;
Y en brazos de la vírgen
que tu ilusión te envía,
Elévate á ese espacio
donde alza su armonía
La voz del infinito,
del alma y del amor.

DOS VICTIMAS

Se acuerda usted de Juan? de aquel muchacho
De quien le dije á usted
Que eran aquellos cuadros tan bonitos
Y el paisajito aquel?
Sí? pues señor, ayer por la mañana
Como á eso de las diez,
Se suicidó por celos de su novia,
Lo pasará usted á creer?
Yo no pude ir á verle porque he estado
Muy malo desde antier;
Pero Antonio, el que en casa de Jacinta
Nos habló aquella vez,
Cuando por poco mata á usted á palos
El papá de Isabel,
Dice que estaba el pobre hecho pedazos
Desde el cuello á los piés,
Con la lengua de fuera y con los ojos
Volteados al reves;
Que el pavimento estaba ensangrentado,
Manchada la pared,
Y que ademas del pecho en que tenia
Dos heridas ó tres,

Se rasgó la garganta y, segun dicen,
La barriga tambien.
Juzgando por el dicho de los guardas
Y el dueño del hotel,
El arma con que Juan se dió la muerte
Fué un tranchete leonés.
El caso es que en la bolsa del chaleco
Le hallaron un papel
Que sobre poco mas ó ménos, dice
Lo que va usted á ver:
—Para que á nadie acuse de mi muerte
Don Tiburcio Montiel,
Sépase que me mato, porque quiero
Dejar de padecer
Porque ya estoy cansado de esta vida
Que tan odiosa me es,
Y porque ya he bebido hasta las heces
El cáliz de la hiel.
Mi novia Sinforiana se ha casado
Y esto no puede ser
Un desgraciado ménos pasajero
Ruégale á Dios por él!—
Así dice la carta que yo mismo
Vi en “El Siglo” de ayer.
Quién se hubiera pensado hace tres dias,
Figúrese usted, quién?
Que aquel huero tan gordo y colorado,
Que el barboncito aquel,

Tan callado y tan serio, moriría
 Pocas horas despues . . . ?
 Verdad que nadie? pues el hecho es ese,
 Así como tambien,
 Que la tal Sinforiana ha derramado
 Mil lágrimas por él,
 Pues dice que su esposo, el comandante,
 Solamente en un mes,
 Le ha dado tres palizas soberanas
 Sin contar la de ayer;
 Que llega por la noche en un estado
 Incapaz de embriaguez;
 Que sin llevar el diario le está siempre
 Pidiendo que comer,
 Y en fin, que una y mil veces le ha pesado
 Haberse ido con él!
 La pobrecita está tan apurada
 Que ya no halla ni que hacer,
 Y segun yo la he visto, apostaria
 Doscientos contra cien,
 A qué si dura, durará á lo mucho
 Hasta fines del mes . . . !
 Conclusion—Sinforiana se ha matado.
 No se lo dije á usted?

1872

DIRECCIÓN GENERAL DE B

ENTONCES Y HOY

Este era el cuadro que al romper la noche
 Sus velos de crespon,
 Alumbró atravesando las ventanas
 La tibia luz del sol:
 Un techo que acababa de entreabrirse
 Para que entrara Dios,
 Una lámpara pálida y humeante
 Brillando en un rincon,
 Y entre las almas de los dos esposos,
 Como un lazo de amor,
 Una cuna de mimbres con un niño
 Recien nacido yo!
 Posadas sobre la áspera cornisa,
 Todas dé dos en dos,
 Las golondrinas junto al pardo nido
 Lanzaban su cancion,
 En tanto que á la puerta de sus jaulas
 Temblando de dolor,

Tan callado y tan serio, moriría
 Pocas horas despues ?
 Verdad que nadie? pues el hecho es ese,
 Así como tambien,
 Que la tal Sinforiana ha derramado
 Mil lágrimas por él,
 Pues dice que su esposo, el comandante,
 Solamente en un mes,
 Le ha dado tres palizas soberanas
 Sin contar la de ayer;
 Que llega por la noche en un estado
 Incapaz de embriaguez;
 Que sin llevar el diario le está siempre
 Pidiendo que comer,
 Y en fin, que una y mil veces le ha pesado
 Haberse ido con él!
 La pobrecita está tan apurada
 Que ya no halla ni que hacer,
 Y segun yo la he visto, apostaría
 Doscientos contra cien,
 A qué si dura, durará á lo mucho
 Hasta fines del mes !
 Conclusion—Sinforiana se ha matado.
 No se lo dije á usted?

1872

DIRECCIÓN GENERAL DE B

ENTONCES Y HOY

Este era el cuadro que al romper la noche
 Sus velos de crespon,
 Alumbró atravesando las ventanas
 La tibia luz del sol:
 Un techo que acababa de entreabrirse
 Para que entrara Dios,
 Una lámpara pálida y humeante
 Brillando en un rincon,
 Y entre las almas de los dos esposos,
 Como un lazo de amor,
 Una cuna de mimbres con un niño
 Recien nacido yo!
 Posadas sobre la áspera cornisa,
 Todas dé dos en dos,
 Las golondrinas junto al pardo nido
 Lanzaban su cancion,
 En tanto que á la puerta de sus jaulas
 Temblando de dolor,

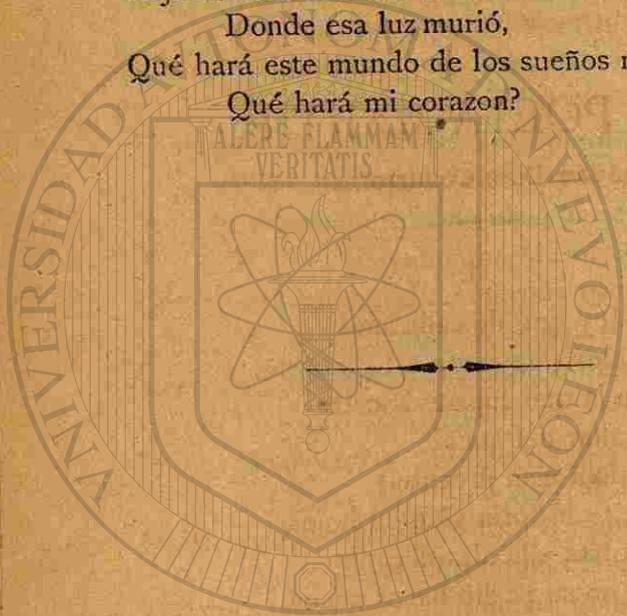
Mezclaban la torcaza y los zentzontlis
 Sus trinos y su voz.
 La madre selva alzando entre las rejas
 Su tallo trepador,
 Enlazaba sus ramas y sus hojas
 En grata confusion,
 Formando un cortinaje en el que habia
 Por cada hoja una flor,
 En cada flor una gotita de agua,
 Y en cada gota un sol,
 Reflejo del dulcísimo de entónces
 Y del doliente de hoy!
 Mi madre, la que vive todavía
 Puesto que vivo yo,
 Me arrullaba en sus brazos suspirando
 De dicha y de emocion,
 Miéntas mi padre en el sencillo exceso
 De su infinito amor,
 Me daba las caricias que mas tarde
 La ausencia me robó,
 Y que á la tumba en donde duerme ahora
 A pagarle aun no voy! . . .
 Forma querida del amante ensueño
 Que embriagaba á los dos,
 Yo era en aquel hogar y en aquel dia
 De encanto y bendición,
 Para mi cuna blanca, un inocente,
 Para el mundo, un dolor,

Y para aquellos corazones buenos
 Un tercer corazón! . . .
 De aquellas horas bendecidas, hace
 Veintitres años hoy . . .
 Y de aquella mañana á esta mañana,
 De aquel sol á este sol,
 Mi hogar se ha retirado de mis ojos,
 Se ha hundido mi ilusion,
 Y la que tiene al cielo entre sus brazos,
 La madre de mi amor,
 Ni viene á despertarme en las mañanas
 Ni está donde yo estoy!
 Y en vano trato de que mi arpa rota
 Module una cancion,
 Y en vano de que el llanto y sus sollozoz
 Dejen de ahogar mi voz . . .
 Que solo y frente á todos los recuerdos
 De aquel tiempo que huyó,
 Mi alma es como un santuario en cuyas ruinas
 Sin lámpara y sin dios,
 Evoco á la esperanza, y la esperanza
 Penetra en su interior,
 Como en el fondo de un sepulcro antiguo
 Las miradas del sol . . .

*
Bajo el cielo que extiende la existencia,
 De la cuna al panteon,

En cada corazon palpita un mundo,
 Y en cada amor un sol. . . .
 Bajo el cielo nublado de mi vida
 Donde esa luz murió,
 Qué hará este mundo de los sueños míos?
 Qué hará mi corazon?

1872.



AL POETA MARTIR

Juan Diaz Covarrubias.

I.

Hoy que de cada laud
 Se eleva un canto á tu muerte,
 Con la que supiste hacerte
 Un altar del ataúd;
 Unido á esta juventud
 Que tu historia viene á hojear,
 Miétras ella alza el cantar
 Que en su pecho haces nacer,
 Yo tambien quiero poner
 Mi ofrenda sobre tu altar.

II.

En la tumba donde flota
 Tu sombra augusta y querida,
 Descansa muda y dormida
 La lira de tu alma, rota. . . .
 De sus cuerdas ya no brota
 Ni la patria ni el amor;

Pero en medio del dolor
Que sobre tu losa gime,
Ese silencio sublime,
Ese es tu canto mejor.

III.

Ese es el que se levanta
De la arpa del patriotismo;
Ese silencio es lo mismo
Que la libertad que canta;
Pues en esa lucha santa
En que te hirió el retroceso,
Al sucumbir bajo el peso
De la que nada respeta,
Sobre el cadáver del poeta
Se alzó cantando el progreso,

IV.

Un mónstruo cuya memoria
Casi en lo espantoso raya,
El que subió en Tacubaya
Al cadalso de la historia,
Sacrificando tu gloria
Creyó su triunfo mas cierto,
Sin ver en su desacierto
Y en su crueldad olvidando,
Que un lábio abierto y cantando
Habla menos que el de un muerto.

V.

De tu existencia temprana
Tronchó la flor en capullo,
Matando en ella al orgullo
De la lira americana.
Tu inspiracion soberana
Rodó ante su infamia vil;
Pero tu pluma gentil
Antes de romper su vuelo,
Tomó por página el cielo
Y escribió *el once de Abril*.

VI.

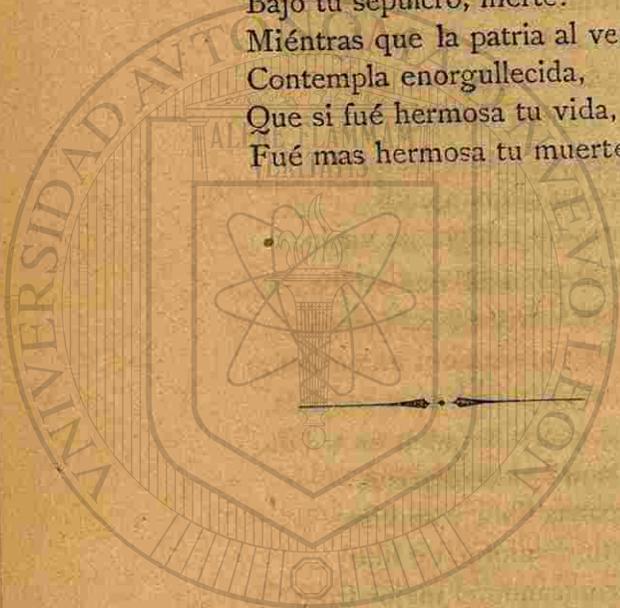
La patria á quien en tributo
Tu santa vida ofreciste,
La patria llora y se viste
Por tu memoria, de luto
Y arrancando el mejor fruto
De su glorioso vergel,
Te erige un altar y en él
Corona tu aliento noble
Con la recompensa doble
De la palma y el laurel.

VII.

Si tu afán era subir
Y alzarte hasta el infinito,
Ansiando dejar escrito

Tu nombre en el porvenir,
 Bien puedes en paz dormir
 Bajo tu sepulcro, inerte:
 Miétras que la patria al verte
 Contempla enorgullecida,
 Que si fué hermosa tu vida,
 Fué mas hermosa tu muerte.

1872.



SONETO

A mi querido amigo y maestro Manuel Domínguez.

Sabiendo como sé, que en esta vida
 Todo es llanto, tristeza y amargura,
 Y que no hay ni siquiera una criatura
 Que no lamente una ilusión perdida.

Sabiendo que la dicha apetecida
 Es la sombra y no más de una impostara,
 Y que la sola aspiración segura
 Es la que al sueño eterno nos convida:

Mi voz no puede levantar su acento
 Para desearte á mas de los que tienes,
 Otros años de lucha y sufrimiento;
 Però mi voz te da sus parabienes
 Porque sé que hasta el último momento
 Brillará la honradez sobre tus sienas.

1872

HIMNO
A LA SOCIEDAD FILOIATRICA.

CORO

Hoy es nuestro cumple años,
hoy es la luz del día,
La misma de aquel día
que nos sintió vivir,
Cuando era nuestra gloria
la niña que nacía,
Cuando era el sol la ciencia,
y el cielo el porvenir.

I.

Viajeros de la gloria,
que en fé de vuestra creencia
Buscáis donde á la ciencia
rendir adoracion,
Ni os hace falta un templo
teniendo la conciencia,
Ni os hace falta una arpa
teniendo el corazon.

II.

Que libres y tranquilos
se mezcán en el viento

La tímida violeta
y el pálido azahar;
Teniendo en vuestras almas
las flores del talento,
Ningunas son mas propias
ni dignas de su altar.

III.

Para esa nueva Vesta
que exige del que la ama
Velar constantemente
de su ara junto al pié,
Ni antorchas ni perfumes...!
soplad sobre la llama,
Y que jamás se extinga
la luz de vuestra fé.

IV.

Así es como á la ciencia
se deben los cantares;
Así es como á la ciencia
se debe la ovacion;
Cambiando para el culto
del mundo en sus altares,
Al hombre en sacerdote,
y al libro en oracion.

ANTE UN CADAVER.

Y bien! aquí estás ya . . . sobre la plancha
Donde el gran horizonté de la ciencia
La extension de sus límites ensancha.

Aquí donde la rígida experiencia
Viene á dictar las leyes superiores-
A que está sometida la existencia.

Aquí donde derrama sus fulgores
Ese astro á cuya luz desaparece
La distincion de esclavos y señores.

Aquí donde la fábula enmudece
Y la voz de los hechos se levanta
Y la supersticion se desvanece.

Aquí donde la ciencia se adelanta
A leer la solucion de ese problema
Cuyo solo enunciando nos espanta.

Ella que tiene la razon por lema
Y que en tus lábios escuchar ansía
La augusta voz de la verdad suprema.

Aquí estás ya . . . tras de la lucha impía
En que romper al cabo conseguiste
La cárcel que al dolor te retenia.

La luz de tus pupilas ya no existe;
Tu máquina vital descansa inerte
Y á cumplir con sú objeto se resiste.

¡Miseria y nada mas! dirán al verte
Los que creen que el imperio de la vida
Acaba donde empieza el de la muerte.

Y suponiendo tu mision cumplida
Se acercarán á tí, y en su mirada
Té mandarán la eterna despedida.

Pero, no! . . . tu mision no está acabada,
Que ni es la nada el punto en que nacemos
Ni el punto en que morimos es la nada.

Círculo es la existencia, y mal hacemos
Cuando al querer medirla le asignamos
La cuna y el sepulcro por extremos.

La madre es solo el molde en que tomamos
Nuestra forma, la forma pasajera
Con que la ingrata vida atravesamos.

Pero ni es esa forma la primera
Que nuestro sér reviste, ni tampoco
Será su última forma cuando muera.

Tú sin aliento ya, dentro de poco
Volverás á la tierra y á su seno
Que es de la vida universal el foco.

Y allí, á la vida en apariencia ajeno,
El poder de la lluvia y del verano
Fecundará de gérmenes tu cieno.

Y al ascender de la raíz al grano,
Irás del vegetal á ser testigo
En el laboratorio soberano.

Tal vez para volver cambiado en trigo
Al triste hogar donde la triste esposa
Sin encontrar un pan sueña contigo.

En tanto que las grietas de tu fosa
Verán alzarse de su fondo abierto
La larva convertida en mariposa,

Que en los ensayos de su vuelo incierto,
Irá al lecho infeliz de tus amores
A llevarle tus ósculos de muerto.

Y en medio de esos cambios interiores
Tu cráneo lleno de una nueva vida,
En vez de pensamientos dará flores,

En cuyo cáliz brillará escondida
La lágrima, tal vez, con que tu amada
Acompañó el adiós de tu partida.

La tumba es el final de la jornada,
Porqué en la tumba es donde queda muerta
La llama en nuestro espíritu encerrada.

Pero en esa mansion á cuya puerta
Se extingue nuestro aliento, hay otro aliento
Que de nuevo á la vida nos despierta.

Allí acaban la fuerza y el talento,
Allí acaban los goces y los males,
Allí acaban la fé y el sentimiento.

Allí acaban los lazos terrenales,
Y mezclados el sabio y el idiota
Se hunden en la region de los iguales.

Pero allí donde el ánimo se agota
Y perece la máquina, allí mismo
El ser que muere es otro sér que brota.

El poderoso y fecundante abismo
Del antiguo organismo se apodera
Y forma y hace de él otro organismo.

Abandona á la historia justiciera
Un nombre sin cuidarse, indiferente,
De que ese nombre se eternice ó muera.

El recoje la masa únicamente,
Y cambiando las formas y el objeto
Se encarga de que viva eternamente,

La tumba solo guarda un esqueleto,
Mas la vida en su bóveda mortuoria
Prosigue alimentándose en secreto.

Que al fin de esa existencia transitoria
A la que tanto nuestro afan se adhiere,
La materia, inmortal como la gloria,
Cambia de formas; pero nunca muere.

1872

LA FELICIDAD.

Un cielo azul, dos estrellas
Brillando en la inmensidad;
Un pájaro enamorado
Cantando en el florestal;
Por ambienté los aromas
Del jazmin y el azahar;
Junto á nosotros el agua
Brotando del manantial;
Nuestros corazones cerca
Nuestros labios mucho mas,
Tú levantándote al cielo
Y yo siguiéndote allá,
Ese es el amor, mi vida,
¡Esa es la felicidad. . . .!

Cruzar con las mismas alas
Los mundos de lo ideal;
Apurar todos los goces.

Y todo el bien apurar;
 De los sueños y la dicha
 Volver á la realidad,
 Despertando entre las flores
 De un césped primaveral;
 Los dos mirádonos mucho,
 Los dos besádonos mas,
 Ese es el amor, mi vida,
 ¡Esa es la felicidad...!

1872.

ODA

Ante el cadáver del Dr. José B. de Villagran.

Si la vida es un cielo, y si la muerte
 Es la noche mas negra de ese cielo,
 Cuando el hombre al morir deja encendida
 La luz inmaculada de sus huellas;
 Cuando igual á la tarde,
 Sucumbe coronándose de estrellas
 Y haciendo en su caída
 De un astro nuevo aparecer la cuna,
 Entónces esa sombra maldecida
 Que se alza del abismo de la nada,
 Si es la noche en el cielo de la vida,
 En el cielo del triunfo es la alborada.

La tumba se convierte
 En el primer peldaño de esa escala
 Que los Jacob del genio sueña tanto;
 La lira de la muerte
 En lugar de un gemido ensaya un canto;

Y todo el bien apurar;
 De los sueños y la dicha
 Volver á la realidad,
 Despertando entre las flores
 De un césped primaveral;
 Los dos mirádonos mucho,
 Los dos besádonos mas,
 Ese es el amor, mi vida,
 ¡Esa es la felicidad...!

1872.

ODA

Ante el cadáver del Dr. José B. de Villagran.

Si la vida es un cielo, y si la muerte
 Es la noche mas negra de ese cielo,
 Cuando el hombre al morir deja encendida
 La luz inmaculada de sus huellas;
 Cuando igual á la tarde,
 Sucumbe coronándose de estrellas
 Y haciendo en su caída
 De un astro nuevo aparecer la cuna,
 Entónces esa sombra maldecida
 Que se alza del abismo de la nada,
 Si es la noche en el cielo de la vida,
 En el cielo del triunfo es la alborada.

La tumba se convierte
 En el primer peldaño de esa escala
 Que los Jacob del genio sueña tanto;
 La lira de la muerte
 En lugar de un gemido ensaya un canto;

Y la cripta mortuoria
 Se cambia ante la losa que la cierra,
 En la última jornada de la tierra
 Y en la primera jornada de la gloria.

Allí es donde comienza ese paisaje
 Con que á su fé y á su destino fieles,
 Deliran en su afan los soñadores,
 Donde está la partida de ese viaje
 Que tiene por bellissimo miraje
 Todo un mundo de palmas y de flores....
 Allí es donde el Colon-inteligencia,
 Divisando en la playa de su anhelo
 La santa realidad de su creencia,
 Se alza en todo el vigor de su conciencia
 Gritando al verla y al tocarla... ¡cielo!

La muerte no es la nada
 Sino para la chispa transitoria
 Cuya luz ignorada
 Pasa, sin alcanzar una mirada
 De la pupila augusta de la historia;
 Pero la flor que muere y que se inclina
 Falta de aliento y de vigor al suelo,
 Sigue viviendo aun en el mismo ocaso
 Que de sus ricas galas la despoja,
 Cuando al rodar del vaso la última hoja
 Queda su esencia perfumando el vaso.

Tú sucumbiste así; y aunque el abismo
 Al mundo robe con tu caerpo un hombre,
 Tú para el mundo seguirás el mismo
 Mientras viva el perfume de tu nombre;
 Por eso es el sentimiento
 Que en torno á este ataúd nos ha reunido,
 No es el dolor hipócrita que al viento
 Lanza la inútil queja de un gemido;
 No es el pesar que apaga su lamento
 En el silencio ingrato del olvido,
 Sino el piacer que brota y se levanta
 Sobre la eterna marca de tus huellas,
 Y que del himno que escribiste en ellas
 Hace el himno inmortal con que te canta

Venimos á ceñir sobre tu frente
 La corona de luz que tú querias;
 A recojer para tu fé naciente
 La llama que en tu espíritu escondias....
 Y al mundo triste y de dolor cubierto
 Que aguarda á que la tumba te devore,
 Venimos á decirle que no llore,
 Venimos á decirle que no has muerto....

Que hoy es cuando tú naces
 A la luz de la gloria y de la vida,
 Y hoy cuando te despiertas y cuando haces
 Tu entrada por la tierra prometida;

Que en vez de ser testigos
 De un crepúsculo débil que se apaga,
 Los que hoy venimos á entregar un nombre
 Al antró de las sombras eternas,
 Venimos á encender en su desierto
 El sol que se alza de ese libro abierto
 Donde quedan tus hechos inmortales.

1872

AL RUISEÑOR MEXICANO

Hubo una selva y un nido
 Y en ese nido un jilguero
 Que alegre y estremecido,
 Tras de un sueño querido
 Cruzó por el mundo entero.

*

Que de su paso en las huellas
 Sembró sus notas mejores,
 Y que recojió con ellas
 Al ir por el cielo, estrellas,
 Y al ir por el mundo, flores.

*

Del nido y de la enramada
 Ninguno la historia sabe;
 Porque la tierra admirada
 Dejó esa historia olvidada
 Por escribir la del ave.

*
 La historia de la que un día,
 Y al remontarse en su vuelo,
 Fué para la patria mia
 La estrella de mas valía
 De todas las de su cielo.

*
 La de aquella á quien el hombre
 Robara el nombre galano
 Que no hay á quien no le asombre,
 Para cambiarlo en el nombre
 De rui señor mexicano.

*
 Y de la que al ver perdido
 Su nido de flores hecho,
 Halló en su suelo querido
 En vez de las de su nido
 Las flores de nuestro pecho.

*
 Su historia . . . que el pueblo ardiente
 En su homenaje mas justo
 Viene á adorar reverente
 Con el laurel esplendente
 Que hoy ciñe sobre tu busto.

*
 Sobre esa piedra bendita
 Que grande entre las primeras,

Es la página en que escrita
 Leerán tu gloria infinita
 Las edades venideras;

*
 Y que unida á la memoria
 De tus hechos soberanos,
 Se alzará como una historia
 Hablándoles de tu gloria
 A todos los mexicanos.

*
 Porque al mirar sus destellos
 Resplandecer de este modo,
 Bien puede decirse entre ellos
 Que el nombre tuyo es de aquellos
 Que nunca mueren del todo.

LA VIDA DEL CAMPO

Beatus ille qui procul negotiis
HORACIO.

Yo no sé si el señor Horacio Flaco
Fué quien se alzó el primero,
Echando á noramala la cultura
Y hablando de la dicha y la ventura
Que se goza viviendo á lo rancharo;
Yo no sé si el buen vate poseería
Quinta ó hacienda ó lo que allá se estile,
Ni si viviendo en ella se hallaría
Cuando dió en escribir su *Beatus ille*;
Pero el hecho y el caso
Es que desde él á Rosas,
Sin contar á fray Luis y á Garcilaso,
No hay poeta que no hable á cada paso
De la vida del campo y de sus cosas;
Y tanto de magnífico y de bueno
Nos dicen de esa vida,

Y tanto, nos repiten *la escondida*
Senda y la fruta del cercado ajeno,
Que ganas dan deveras
De comprar unas buenas chaparreras,
De abandonar el fieltro por el ancho,
El baston por la reata,
Y adios diciendo á la ciudad ingrata,
A caballo ó á pié lanzarse á un rancho.

Y como esos señores
Saben decirlo y presentarlo todo
Con ese *meomodeodo*
Exclusivo á los buenos escritores,
De aquí resulta en consecuencia clara,
Que ante cuadros tan bellos y felices,
Más de cuatro lectores
Se quedan con un palmo de narices
Y soñando en rediles y pastores.

De estos cuatro entusiastas, el que ménos
Es seguro que exclama:
"Oh! la vida del campo! Cuán hermoso
Debe de ser en la abrasada siesta
Gozar de la frescura y del reposo,
Cabe la márgen del riachuelo hundoso
Que corre serpenteando en la floresta"
O bien si se halla cerca la señora
Con la que piensa dar en el *busilis*,

Y que tiene por fuerza que ser Filis
 Desde el momento en que entre á labradora,
 Le dirá: "Por la tarde, Filis mia,
 Nos iremos al monte, y desde el monte
 Verás cuán grato es al morir el día
 El cuadro que presenta el horizonte."
 Y esto, que ciertamente
 Es de una grande y poética belleza,
 Le parece al *señor* tan convincente,
 Que sin andarse *en chicas*
 Ni pensarlo primero,
 Se mete de rancho en la confianza
 De que el dolor no puede ser rancho.

Ah! si yo refiriera una por una
 Las víctimas que debe
 Este error que en el siglo diez y nueve
 Va haciéndose tan raro por fortuna!
 Sin caminar mas lejos,
 Yo que conmigo aun no me reconcilio
 Por haberme buscado esa desgracia,
 Yo soy el mas completo verbi-gracia
 De un mártir de su amor por el idilio.

Dióme hace tiempo ya por la manía
 De leer y releer cuanto á mis manos
 Sobre la vida pastoril caía,
 Y tanto di en pensar de noche y día

Sobre los bienes rústicos y urbanos,
 Que convencido al fin de que la corte
 Solo es del mal y del dolor la senda,
 Exclamé: que el demonio te soporte....!
 Y despues de pedir mi pasaporte
 Me puse en direccion para una hacienda.

Aun no asomaba el rubicundo Febo
 Poniendo al universo como nuevo,
 Y el saltador y alegre jilguerillo
 Aun no alzaba su canto entre las breñas,
 Cuando yo y mi tordillo,
 Un animal muy bruto por mas señas,
 Atravesando cerros y asustando
 Aquí á un conejo y mas allá á una liebre,
 Ibamos ya en vereda y caminando
 Yo en busca de un hogar y él de un pesebre.

Despues de una hora larga
 De correr y correr á la ventura,
 A despecho y pesar de mi andadura
 Que protestaba ya contra la carga,
 Más que pesada, dura,
 Y más que dura y que pesada, amarga,
 Pues era nada ménos mi amargura;
 Despues de una hora impía
 De correr y de andar inútilmente,
 Sin poder distinguir ni aun vagamente

Las señales de alguna ranchería,
 Dimos por fin con una
 Donde cansados ya de correr tanto,
 Mi animal se alzó y dijo: *qué fortuna!*
 Y yo me bajé y dije: *aquí me planto!*

Hacerlo, y que tres perros
 Se me echaran encima, fué todo uno;
 Pero á la voz de alarma
 Salieron de la choza unos pastores,
 Y cojiendo unas piedras, que son la arma
 De que se valen siempre esos señores,
 A su sola presencia fué acabando
 Del canino furor hasta el residuo,
 Y yo pude por fin en eco blando
 Cantar la instalacion de mi individuo!

—!Oh habitantes felices
 De esta comarca rústica y tranquila....!—
 Les dije yo tan luego
 Que ví á los canes en lugar seguro;
 —Yo vengo aquí tras del feliz sosiego
 Que en el alma del labriego
 Derrama este aire embalsamado y puro,
 Cansado de la vida
 Que se lleva en la corte aborrecida;
 Yo vengo con el mal que me destroza
 Y que gimiendo mi zampoña exhala,

A que me deis un sitio en vuestra choza,
 Media torta de pan.... y una zagala.—

Así fué, sobre poco mas ó ménos,
 El pequeño y tristísimo discurso
 Que improvisé al mirarme entre el concurso
 De aquellos hombres rústicos y buenos;
 Y media hora despues, una pastora,
 No Flérida ni Arminda,
 Pero, eso sí, tan linda
 Que casi era una chica encantadora,
 Se presentó á mi vista completando
 Con un trozo de pan que me traía
 Las tres cosas aquellas
 Y haciéndome gozar con todas ellas,
 De modo que yo dije: *aquí es la mía!*
 Nunca lo hubiera dicho,
 O por mejor decir, no lo hubiera hecho,
 Pues apenas sintió ella sobre su hombro
 Un beso que le dí en mi desvario,
 Cuando con triste asombro,
 Cayó de mi ilusion sobre el escombro
 Un bofeton de Dios y Señor mio....!

Despues de que comí aquel pan amargo
 Al que hizo mas amargo este detalle,
 De mi fé y de mis creencias en descargo
 Pronuncié suspirando un *sin embargo*,

Y me puse en camino para el valle...
 Allí, pensaba yo, miéntras seguía
 El mejor y mas cómodo sendero,
 Allí bajo de un olmo
 Encontraré un consuelo en mi tristeza,
 Ya que la pérfida esa
 A mi pena y dolor ha puesto colmo,
 Bajo sus verdes y brillantes hojas
 Iré á llorar la pena que me mata;
 Y si la muy ingrata
 Va á reirse aún allí de mis congojas,
 Pues que en mi tierno y ardoroso ahinco
 Ni una sonrisa de su amor merezco,
 O le hago comprender lo que padezco,
 O le hago comprender *cuántas son cinco!*

Pero, señor, en el bendito valle,
 Como en la alma de un poeta de veinte años,
 Todo estaba tan seco y tan marchito
 Como ella á los primeros desengaños,
 Los árboles sin ramas y sin hojas,
 La yerba macilenta y amarilla,
 Y en medio de ese cuadro y á lo tejos,
 Un arroyo estancado á cuya orilla
 Rumiaban con afán los toros viejos;
 Ante tal panorama,
 Yo que soñaba coronar mi frente
 Con las flores cojidas á una rama

De las verdes y muchas de la fuente;
 Yo que soñaba en recrear mi oído
 Con la canción dulcísima y sabrosa
 Del tordo filarmónico escondido
 Cabe las ramas de la selva umbrosa,
 Me senté sobre el tronco de un encino
 Y me puse á llorar con tantas ganas,
 Que los cielos al verme y al oírme
 Llorar con un dolor tan verdadero,
 Empezaron también recio y de firme
 A gemir y á llorar un aguacero.

Ay! cómo, y cómo entonces
 Extrañé los *simones* de la plaza
 Y cómo fué aquel líquido elemento
 Que entraba hasta mis huesos poco á poco,
 El mejor y mas sólido argumento
 Para obligarme á ver que estaba loco.
 Cuando llegué á la choza, las estrellas
 Brillaban ya en el éter indeciso,
 Y en derredor del fuego
 Que alumbraba muy poco ciertamente,
 Me hallé con que á la ley de un uso añejo,
 Pero para ellos bueno y necesario
 Bajo la voz de un viejo, un poco viejo,
 Rezaban todos juntos el rosario.
 Esto sí no es conmigo,
 Me dije yo al primer *Santa María*,

Viendo que no era aquella la mas propia
 Ocasión de salvarme del infierno,
 Y encontrando en la fé que mi alma acopia,
 Que aquella copia era muy mala copia
 Para darle el valor de un Padre Eterno!
 Y como el sueño, gente que no reza,
 Me estaba ya doblando la cabeza
 Y yo empezaba ya á sentir en mi alma
 Sus primeras y dulces vaguedades,
 Me decidí á dormir en santa calma
 Para acabar con tantas necesidades....

—El sueño por lo ménos
 Me hará gozar de la ilusion que ansío,—
 Pensaba yo temblando
 Y estremecido todo por el frio!
 —Y como ellos me han puesto en este brete
 Que peor no puede ser segun barrunto,
 Evocaré á Fray Luis y á Navarrete
 Y les diré lo que hay sobre el asunto....!

Y me dormí.... pero una santa gota
 Que cayendo del techo
 Con una precision constante y rara,
 Bajaba desde el techo hasta la cara
 Para seguir despues por todo el pecho,
 Mé obligó á despertar en el instante
 En que soñaba yo, lleno de galas,

Bailar bajo la luz de un sol brillante
 Entre un grupo magnífico y radiante
 De blancas y bellísimas zagalas.

Ah! y lo que roncan esas buenas gentes
 Que á los mas fuertes árboles destroncan,
 Y que hacen tanto ruido con los dientes
 Que parece mentira lo que roncan!
 Nunca me hubiera yo ni sospechado
 Ver por aquellos mundos,
 Reunidos y durmiendo lado á lado
 Tantos *bajos profundos*....

Así es que hallando aquello peor que el rezo,
 Pues era una calumnia contra el arte,
 Le dí gracias á Dios y despues de eso,
Me largué con la música á otra parte.

Metido entre un trigal y decidido
 A terminar con él lo que era fácil
 No estando muy crecido,
 Me encontré al animal de mi caballo
 Tan dado y atareado en su faena,
 Que á no ser por un medio
 Muy usado y comun entre animales,
 Probablemente no hallo otro remedio
 De sacarlo de aquellos andurriales.

Y aun no asomaba iluminando al mundo
 La dulce claridad del rubicundo,

Y la pastora aquella
 Aun no se alzaba á ver la última estrella,
 Cuando cansado ya de ser tan loco
 Y de soñar en lo que ya no pasa,
 Rompí de mi ilusion las dulces redes
 Y me volví á la corte y á mi casa,
 Donde estoy á las órdenes de ustedes.

UNIVERSIDAD



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ODA

á la memoria del eminente naturalista

EL DOCTOR LEONARDO OLIVA

Si eso fuera verdad, si fuera cierto
 Que la última palabra de la vida
 Es la palabra débil y no oída
 Con que del mundo se despide un muerto;
 Si la existencia humana
 Solo durara lo que dura el soplo
 Que la alienta y la empuja en su camino,
 Y si el límite negro de las tumbas
 Fuera el límite impuesto á su destino;
 La majestad que su mision encierra
 Con su aliento vital se perderia,
 Y el cadáver de un sabio no seria
 Sino un cadáver mas sobre la tierra.

Pero, no! que si el golpe de la muerte
 Es bastante á doblar bajo su peso
 Lo mismo que al idiota al baron fuerte,
 Jamás podrá la tumba

Y la pastora aquella
 Aun no se alzaba á ver la última estrella,
 Cuando cansado ya de ser tan loco
 Y de soñar en lo que ya no pasa,
 Rompí de mi ilusion las dulces redes
 Y me volví á la corte y á mi casa,
 Donde estoy á las órdenes de ustedes.

UNIVERSIDAD



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ODA

á la memoria del eminente naturalista

EL DOCTOR LEONARDO OLIVA

Si eso fuera verdad, si fuera cierto
 Que la última palabra de la vida
 Es la palabra débil y no oída
 Con que del mundo se despide un muerto;
 Si la existencia humana
 Solo durara lo que dura el soplo
 Que la alienta y la empuja en su camino,
 Y si el límite negro de las tumbas
 Fuera el límite impuesto á su destino;
 La majestad que su mision encierra
 Con su aliento vital se perderia,
 Y el cadáver de un sabio no seria
 Sino un cadáver mas sobre la tierra.

Pero, no! que si el golpe de la muerte
 Es bastante á doblar bajo su peso
 Lo mismo que al idiota al baron fuerte,
 Jamás podrá la tumba

Prestarles á los dos la misma talla;
 Como el destino ciego
 Jamás podra bajo su golpe injusto
 Igualar á la encina y al arbusto
 Que ruedan bajo el hacha del labriego.

Los hombres són iguales
 Ante el abierto fondo de un sepulcro,
 Porque del hombre en el cadáver frio
 La creacion inmortal no ve ni encuentra.
 Sino, una estatua que al perder la forma
 Para otra forma en sus talleres entra;
 Pero allí donde se hunde
 Todo pié, y enmudece todo lábio,
 Allí donde se pierde y se confunde
 La huella del idiota y la del sabio,
 Si la tumba entreabierta
 Cubre á los dos bajo la misma calma,
 Y si al cruzar la inmensidad desierta
 Los dos encuentran una misma puerta
 Confundiendo en el cielo á una y otra alma;
 La justiciera historia
 Dejando al uno vegetar perdido,
 Alza al otro un altar en su memoria,
 Marcando entre los dos la diferencia
 Que la tierra y el cielo
 Borran ante la vida y la creencia,
 Y haciendo en el lugar aborrecido

Donde acaba esta vida transitoria,
 Algo como otro cielo, de la gloria,
 Y algo como otro infierno, del olvido.

Podrá el cincel hebreo
 Dar á Josué una estatua en sus talleres
 Y negar esa estatua á Galileo;
 Pero no podrá hacer que olvide el mundo
 El robusto y divino *e pur si muove*
 De su credo profundo;

Que á pesar del fanático sombrío
 Que en el silencio del dolor lo encierra,
 Su grito sonará sobre la tierra
 Mientras rueda la tierra en el vacío.
 Podrá el templo cristiano
 Desdeñar para su aire otro perfume,
 Que el del incienso que en columnas blancas
 Sobre el dorado vaso se consume;
 Pero el santuario augusto de la ciencia
 Jamás tuvo en su altar mejor aroma,
 Que en aquel santo día
 En que era un mundo entero el incensario,
 Y un loco, un pensador, un temerario,
 Quien aquel incensario le ofrecía.

La ciencia como el cielo
 Tiene también sus himnos y sus cantos,
 Y lo mismo que Dios, tiene su culto,

Y lo mismo que Dios, tiene sus santos.
 En vez de las suntuosas catedrales
 Que el suelo cubren con su inmensa mole,
 Ella tiene la escuela, donde unidos
 Por el amor sagrado de la idea,
 Sobre el arpa bendita del santuario
 Levantan la oracion del pensamiento,
 El sabio contemplando el firmamento
 Y el niño deletreando el silabario.

Y allí es donde la gloria
 Tiene un altar y un busto
 Para cada escojido de la historia;
 Allí es donde la ciencia
 Va á repetir entre el clamor del mundo,
 La palabra de luz del moribundo
 Que sucumbe en la fé de su conciencia.
 Y allí es donde tú vives, varón justo,
 Al que ahora bendice en sus altares
 La santa voz del porvenir augusto;
 El que tus ciencias y tus virtudes premia
 Consagrando á tu ciencia y tus virtudes,
 Las canciones de todos sus laudes
 En el templo inmortal de la Academia.
 Allí será donde tu boca, el libro,
 Nos seguirá enseñando las verdades
 Que al Universo le arrancó tu aliento;
 Y allí donde el progreso agradecido

Cuando la historia de tus hechos abra,
 Llegará con tu nombre bendecido
 A tocar á las puertas del olvido
 Para hacerte brotar de su palabra.

1873

Porque en pos de otro mundo y de otras flores
 Abandonaste esta región sombría
 Donde tu alma gigante se sentía
 Condensada á contornos sinuosos.
 Y te vengó á decir en euforónicas
 Al mandar la eterna despedida
 Que de dolor el corazón me llenó
 Que aunque cruel y muy triste en partida
 Si la vida á los gozos es signada
 Mejor es el sepulcro que la vida

®

SONETO

Porque dejaste el mundo de dolores
 Buscando en otro cielo la alegría
 Que aquí, si nace, solo dura un día
 Y eso entre sombras, dudas y temores.

Porque en pos de otro mundo y de otras flores
 Abandonaste esta region sombría
 Donde tu alma gigante se sentía
 Condenada á continuos sinsabores:

Yo te vengo á decir mi enhorabuena
 Al mandarte la eterna despedida
 Que de dolor el corazón me llena;
 Que aunque cruel y muy triste tu partida,
 Si la vida á los goces es ajena,
 Mejor es el sepulcro que la vida

1873

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ADIOS

Después de que el destino
 me ha hundido en las congojas
 Del árbol que se muere
 crujiendo de dolor,
 Tronchando una por una
 las flores y las hojas
 Que al beso de los cielos
 brotaron de mi amor.

Después de que mis ramas
 se han roto bajo el peso
 De tanta y tanta nieve
 cayendo sin cesar,
 Y que mi ardiente savia
 se ha helado con el beso

Que el ángel del invierno
me dió al atravesar.

Después . . . es necesario
que tú también te alejes
En pos de otras florestas
y de otro cielo en pos;
Que te alces de tu nido,
que te alces y me dejes
Sin escuchar mis ruegos
y sin decirme adios!

Yo estaba solo y triste
cuando la noche te hizo
Plegar las blancas alas
para acojerte á mi,
Y entónces mi ramaje
doliente y enfermizo

Brotó sus flores todas
y todas para tí.

En ellas te hice el nido
risueño en que dormías
De amor y de ventura
temblando en su vaiven,

Y en él te hallaban siempre
las noches y los días
Feliz con mi cariño
y amándome también!

Ah! nunca en mis delirios
creí que fuera eterno
El sol de aquellas horas
de encanto y frenesi;
Pero jamás tampoco
que el soplo del invierno
Llegara entre tus cantos,
y hallándote tú aquí!

Es fuerza que te alejes . . .
rompiéndome en astillas
Ya siento entre mis ramas
crujir el huracan,
Y heladas y temblando
mis hojas amarillas
Se arrancan y vacilan,
y vuelan y se van.

Adios, paloma blanca,
qué huyendo de la nieve

Te vas á otras regiones
 y dejas tu árbol fiel;
 Mañana que termine
 mi vida oscura y breve,
 Ya solo tus recuerdos
 palpitarán sobre él.

Es fuerza que te alejes...
 del cántico y del nido
 Tú sabes bien la historia,
 paloma que te vas.
 El nido es el recuerdo
 y el cántico el olvido,
 El árbol es el *siempre*,
 y el ave es el *jamás!*

Y ¡adios miétras que puedes
 oír bajo este cielo
 El último ay! del himno
 cantado por los dos.
 Te vas y ya levantas
 el ímpetu y el vuelo,
 Te vas y ya me dejas,
 paloma, adios, adios!

1873

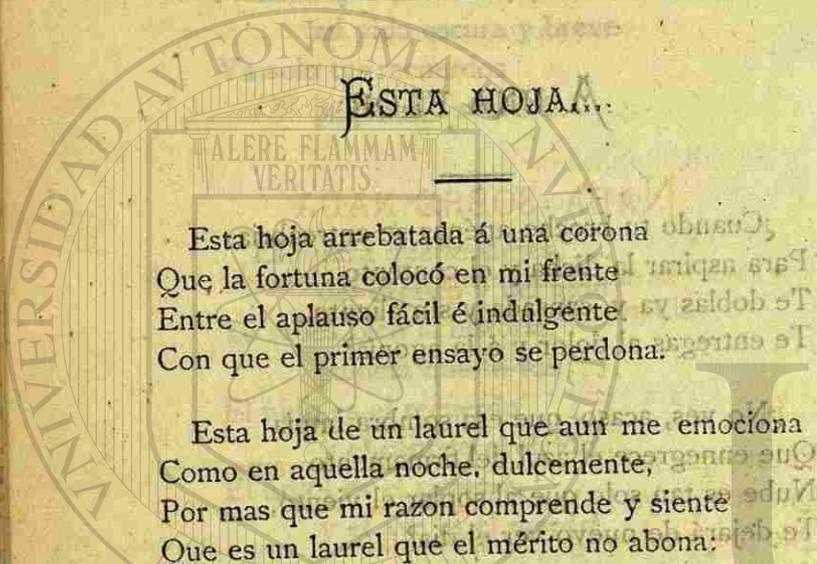
UNA FLOR

¿Cuando tu broche apenas se entreabría
 Para aspirar la dicha y el contento,
 Te doblas ya y, cansada y sin aliento,
 Te entregas al dolor y á la agonía?

¿No ves, acaso, que esa sombra impía
 Que ennegrece el azul del firmamento
 Nube es tan solo que al soplar el viento,
 Te dejará de nuevo ver el día?

¡Resucita y levántate!... Aun no llega
 La hora de que en el fondo de tu broche
 Des cabida al pesar que te doblega.
 Injusto para el sol es tu reproche,
 Que esa sombra que pasa y que te ciega,
 Es una sombra, pero aun no es la noche.

1873



ESTA HOJA.

Esta hoja arrebatada á una corona
Que la fortuna colocó en mi frente
Entre el aplauso fácil é indálgente
Con que el primer ensayo se perdona.

Esta hoja de un laurel que aun me emociona
Como en aquella noche, dulcemente,
Por mas que mi razon comprende y siente
Que es un laurel que el mérito no abona:

Tú la viste nacer, y dulce y buena
Te estremeciste como yo al encanto
Que produjo al rodar sobre la escena;
Guárdala, y de la ausencia en el quebranto,
Que te recuerde, de mis besos llena,
Al buen amigo que te quiere tanto.

1873

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Con la que escribo yo genuinamente
Violente las arugas de mi frente
Hasta ponerla cejijunta y grave.

Y pensando en mi nariz, en la aborrida
Por quien suspiro y lloro sin sosiego,
Moje mi pluma en el tintero, y luego
Puse estas ocho letras á mi mano.

NADA SOBRE NADA

Poesía leída en la velada literaria que celebró la Sociedad
El Porvenir la noche del 3 de Mayo de 1873.

Pues señor, dije yo, ya que es preciso,
Puesto que así lo han dicho en el programa,
Que rompa yo la bendecida prosa
Que preparado para el caso habia,
Y que escriba en vez de ella alguna cosa
Así, que se parezca á una poesía,
Pongámonos al punto
Ya que es forzoso y necesario en obra,
Sin preocuparnos mucho del asunto,
Porque al fin el asunto es lo que sobra.

Así dije, y tomando
No el arpa ni la lira,
Que la lira y el arpa
No pasan hoy de ser un mentira,
Sino una pluma de ave

®

Con la que escribo yo generalmente,
Violenté las arrugas de mi frente
Hasta ponerla cejijunta y grave,
Y pensando en mi novia, en la adorada
Por quien suspiro y lloro sin sosiego,
Mojé mi pluma en el tintero, y luego
Puse estas ocho letras: *A mi amada.*

Su retrato, un retrato
Firmado por Vallete y compañía,
Se alzaba junto á mi plácido y grato,
Mostrándome las gracias y recato
Que tanto adornan á la amada mía;
Y como el verlo solo
Basta para que mi alma se emocione,
Que Apolo me perdone
Si dije aquí que me sentí un Apolo.

Ella no es una rosa,
Ni un ser ideal, ni cosa que lo valga;
Pero en verso ó en prosa
No seré yo el estúpido que salga
Con que mi novia es fea,
Cuando puedo decir que es muy hermosa
Por mas que ni ella misma me lo crea;
Así es que en mi pintura
Hecha en rasgos por cierto no muy fieles,
Aumenté de tal modo su hermosura

Que casi resultaba una figura
Digna de ser pintada por Apéles.

Después de dibujarla como he dicho
Faltando á la verdad por el capricho,
Iba yo á colocar el fondo negro
De su alma inexorable y desdenosa,
Cuando al hacerlo me ocurrió una cosa
Que hundió mi plan y de lo cual me alegró;
Porque en último caso,
Como pensaba yo entre las paredes
De mi cuarto sombrío,
¿Qué les importa á ustedes
Que mi amada me niegue sus mercedes
Ni que yo tenga el corazón vacío?
Si mi vida vegeta en la tristeza
Y el yugo del dolor ya no soportar
Caeré de referirlo en la simpleza
Para que alguien me diga en su franqueza:
Si viera usted que á mi nada me importa

Nó de seguro, que antes
Prefiero verme loco por tres días,
Que imitar á ese eterno Jeremías
Que se llama el señor de Caravantes,
Y convencido de esto,
Lo que era conveniente y necesario,

Borré el título puesto,
Y buscando á mi lira otro pretexto
Escribí este otro título: *El Santuario.*

¡El santuario! exclamé; pero, y ¿qué cosa
Puedo decir de nuevo sobre el caso,
Cuando en cada volumen de poesías,
En versos unos malos y otros buenos
Hay diez odas y media por lo ménos,
Sobre templos, santuarios y abadías?
Para entonar sobre esto mis cantares,
A mas de que el asunto vale poco,
¿Qué entiendo yo de claustros ni de altares,
Ni qué se yo de sacristan tampoco?

Nó; en la naturaleza
Hay asuntos mas dignos y mejores
Y mas llenos de encanto y de belleza,
Y ya que he de escribir, haré una pieza
Que se llame: *Los prados y las flores.*

Hablaré de la incauta mariposa
Que en incesante y atrevido vuelo,
Y ya abandona la rosa por el cielo
Ya abandona el cielo por la rosa;
Del insecto pintado y sorprendente
Que de esconderse entre las yerbas trata,
Y de la ave inocente que lo mata,

Lo cual prueba que no es tan inocente;
Hablaré... pero y luego que haya hablado
Sacando á luz al boquirrubio Febo,
Yo pregunto, señor; ¿qué habré ganado
Con tratar lo que todos han tratado,
Si al hacerlo no digo nada nuevo?

Conque si esto tampoco es un asunto
Digno de preocuparme una sola hora,
Dejemos sus inútiles detalles,
Ya que no hay ni un señor ni una señora
Que no sepan muy bien lo que es la aurora
Y lo que son las flores y los valles...
Coloquemos á un lado ésas materias
Que se prestan tan poco para el caso,
Y pues esto se ofrecé á cada paso
Hablemos de la vida y sus miserias.

Empezaré diciendo desde luego,
Que no hay virtud, creencias ni ilusiones;
Que en criminal y estúpido sosiego
Ya no late la fé en los corazones;
Que el hombre imbécil, á la gloria ciego,
Solo piensa en el oro y los doblones,
Y concluiré en estilo gemebundo:
Que haya un cadáver mas, qué importa al mundo!

Y me puse á escribir, y así en efecto,
 Lo hice en ciento cincuenta octavas reales,
 Cuyo único defecto,
 Como se vé por la que dicha queda,
 Era que en vez de ser originales
 No pasaban de un plagio de Espronceda.
 Como era fuerza, las rompí en el acto
 Desesperado de mi triste suerte,
 Viendo por fin que en esto de poesía
 No hay un solo argumento ni una idea
 Que no peque de fútil ó no sea
 Tan vieja como el pan de cada día.

En situación tan triste
 Y estando la hora ya tan avanzada
 ¿Qué hago, me dije yo, para salvarme
 De este grave y horrible compromiso,
 Cuando ningun asunto puede darme
 Ni siquiera un adarme
 De novedad, de encanto, ó de un hechizo?
 ¿Hablaré de la mar yo que en mi vida
 He viajado tan poco,
 Que en materia de charcos solo he visto
 Y eso una vez, el lago de Texcoco?
 ¿Hablaré de la guerra y de la gente
 Que enardecida de las cumbres baja

Desafiando al contrario frente á frente,
 Y habré de convertirme en un valiente
 Yo que nunca he empuñado una navaja?
 No, señor, que aunque estudio medicina
 Y pertenezco á esa importante clase
 Que no hay pueblo y lugar en que no pase
 Por ser la mas horrible y asesina,
 Aparte de que en esto hay poco cierto
 Como lo prueba y mucho la experiencia,
 Yo á lo ménos hasta hoy, me hallo á cubierto
 De que se alce la sombra de algun muerto
 A turbar la quietud de mi conciencia.

Sobre los libros santos, se podría
 Con meditar y con plagiar un poco,
 Arreglar ó escribir una poesía;
 Pero ni esto es muy fácil en un día,
 Ni para hablar sobre esto estoy tampoco,
 Porque en fiesta como esta
 Donde el placer está como en su templo,
 Salir con el Diluvio, por ejemplo,
 Fuera casi querer aguar la fiesta;
 Y como yo no quiero que se diga
 Que he venido á tal cosa,
 Ya que en mi númen agotado no hallo
 Ni el asunto ni el plan á que yo aspiro,
 Rompo mi humilde cítara, me callo,
 Y con perdon de ustedes me retiro.

CINCO DE MAYO

Tres eran, mas la Inglaterra
 Volvió á lanzarse á las olas,
 Y las naves españolas
 Tomaron rumbo á su tierra.
 Solo Francia gritó: "Guerra!"
 Soñando por patrial en vencerte,
 Y de la infamia la suerte
 Sirviéndose en su provecho:
 Se alzó erigiendo en derecho
 El derecho del mas fuerte.

II.
 Sin ver que en lid tan sangrienta
 Tu brazo era el mas pequeño,
 La lid encarnó en su empeño
 La redencion de tu afrenta.

Brotó en luz amarillenta
 La llama de sus cañones,
 Y el mundo vió á tus legiones,
 Entrar al combate rudo,
 Llevando por solo escudo
 Su escudo de corazones.

III.
 Y entonces fué cuando al grito
 Lanzado por tu denuedo,
 Tembló la Francia de miedo
 Comprendiendo su delito.
 Cuando á tu aliento infinito
 Se oyó la palabra sea,
 Y cuando al ver la pelea
 Terrible y desesperada
 Se alzó en tu mano la espada
 Y en tu conciencia la idea

IV.
 Desde que ardió en el oriente
 La luz de ese sol eterno
 Guyo rayo puro y tierno
 Viene á besarte en la frente,
 Tu bandera independiente
 Flotaba ya en las montañas,
 Mientras las huestes extrañas
 Alzaban la suya airosa,

Que se agitaba orgullosa
Del brillo de sus hazañas.

Y llegó la hora, y el cielo
Nublado y oscurecido
Desapareció escondido
Como en los pliegues de un velo,
La muerte tendió su vuelo
Sobre la espantada tierra,
Y entre el frances que se aterra
Y el mexicano iracundo,
Se alzó estremeciendo al mundo
Tu inmenso grito de guerra.

Y allí el frances, el primero
De los soldados del orbe,
El que en sus glorias absorbe
Todas las del mundo entero,
Tres veces pálido y fiero
Se vió á correr obligado,
Frente al pueblo denodado,
Que para salvar tu nombre
Te dió un soldado en cada hombre
Y un héroe en cada soldado!

VIII.

Tres veces! y cuando hundida
Sintió su fama guerrera,
Contemplando su bandera
Manchada y escarnecida,
La Francia, viendo perdida
La iluslon de su victoria,
A despecho de su historia
Y á despecho de su anhelo,
Vió asomar sobre otro cielo
Y en otro mundo la gloria.

VIII.

Que entre la niebla indecisa
Que sobre el campo flotaba,
Y entre el humo que se alzaba
Bajo el paso de la brisa
Su mas hermosa sonrisa
Fué para tu alma inocente,
Su cancion mas elocuente
Para entonarla á tu huella,
Y su corona mas bella
Para ponerla en tu frente.

IX.

¡Sí, patria! desde ese dia
Tú no eres ya por el mundo

Lo que en su desden profundo

La Europa se suponía.

Desde entónces, patria mia,

Has entrado á una nueva era,

La era noble y duradera

De la gloria y del progreso,

Que bajan hoy como un beso

De amor sobre tu bandera.

X.

Sobre esa insignia bendita

Que hoy viene á cubrir de flores

La gente que en sus amores

En torno suyo se agita.

La que en la dicha infinita

Con que en tu suelo la clava,

Te jura animosa y brava

Como ante el francés un día,

Morir por tí, patria mia,

Primero que verte esclava.

SONETO.

A mi querido amigo Vicente Fuentes.

¡Oh, tú que á la llegada de mi santo

Tu tarjeta y tus plácemes me envías

En prueba de las buenas simpatías

Con que has sabido distinguirme tanto!

¡Oh, tú que en vez de música y de canto,

Y en vez de bandolones y poesías,

Vienes y llegas y me das los días

Con un *Vicente Fuentes* que da encanto!

Párate, y sabe que, aunque no lo creas,

Te he agradecido en mi ánimo infinito

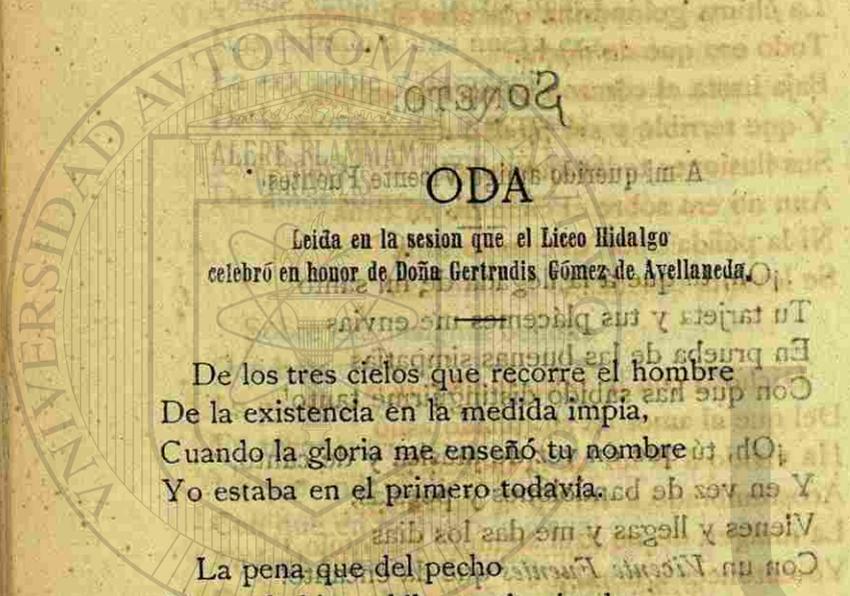
El que tan bueno con tu amigo seas;

Pero también que sepas necesito

Que ya que tantos años me deseas,

Debes darme el remedio y el trapito.

1873



ODA

Leída en la sesión que el Liceo Hidalgo
celebró en honor de Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda.

De los tres cielos que recorre el hombre
De la existencia en la medida impia,
Cuando la gloria me enseñó tu nombre
Yo estaba en el primero todavía.

La pena que del pecho
Hasta el abismo lóbrego descende,
Y del cadáver de un amor deshecho
Finje flotando en derredor del lecho
La aparición bellísima de un duende;
La sombra á cuyo peso aborrecido
Muere el placer y el alma se acobarda,
Tratando de evocar en el olvido
El recuerdo dulcísimo y querido
De los besos del ángel de la guarda;
Todo eso que en la frente
Deja un selló de luto y desconsuelo,

Quando en el alma pálida y doliente
No queda ni la fé que es del creyente
La última golondrina que alza el vuelo;
Deje mi vida que se va de noche
Y te seguiré hasta ese arbolito
Baja hasta el corazón como una sombra,
Y que terrible y sin piedad ninguna
Fue cuando me enseñó tu nombre
En que flotaba la ilusión de la vida
Aun no era sobre el cielo de mi cuna
Ni la pálida nube que importuna
Se levanta enseñando la amenaza!

Dichoso con la dulce indiferencia
Del que al amor de su callado asilo
Ha vivido á la luz de la inocencia,
Acostumbrado á ver en la existencia,
La imágen de un azul siempre tranquilo,
Yo entonces ignoraba
Que, mas allá de aquel humilde techo
Que sus caricias y su amor me daba,
Clamando al cielo y suspirando en vano
Desde el rincón sin luz de la vigilia,
Hubiera en otro hogar una familia
De la que yo también era un hermano
Mi amor no sospechaba que existiera
Mas ilusión ni cariñoso exceso,
Que la mirada dulce y hechicera
De la santa mujer que la primera
Nos anuncia á la vida con un beso.

Y hasta que al dulce y mágico sonido
 Del arpa que temblaba entre tus manos
 Dejé mi rama, abandoné mi nido
 Y te seguí hasta ese árbol bendecido
 Donde todos los nidos son hermanos
 Fué cuando despertando de la calma
 En que flotaba la existencia mía
 Sentí asomar en lo íntimo de mi alma
 Algo como la luz de un nuevo día

* Tú voz fué la primera
 Que me habló en la dulzura de ese idioma
 Que canta como canta la paloma
 Y gime como gime la palmera
 Las cuerdas de tu lira,
 Como la voz de la primera alondra
 Que llama á las demas y las despierta,
 Fueron las que al arrullo de tu acento
 Sonaron sobre mi alma estremecida,
 Como si siendo un pájaro la vida
 Quisieran despertarlo al sentimiento.

Tu nombre va ligado en mi cariño
 Con los recuerdos santos y amorosos
 De mis tiempos de niño, y de
 Con los placeres dulces y sabrosos
 De esa época sonrientes

En la que es cada instante una promesa,
 Y en la que el ángel de la fé aun no besa
 Las primeras arrugas de la frente;
 Tu nombre es la memoria
 Del pueblo y del hogar adonde un día
 Fué á estremecerme el eco de tu gloria
 Y el trino arrullador de tu poesía,
 La evocacion de todo lo mas santo
 En medio de mis noches desmayadas,
 Que aun tiemblan á las dulces campanadas
 De aquellas horas en que amaba tanto

Y así cuando yo supe
 Que abandonada á tu dolor morías
 Y que en tu muda y lánguida tristeza
 Renunciabas á ver junto á tu lecho,
 Quién, al rodar sin vida tu cabeza,
 Recojiera el laurel de tu grandeza
 Y el último sollozo de tu pecho;
 Cuando yo supe que en la huesa insana
 Te inclinabas por fin pálida y sola,
 Sin que al adios de tu alma soberana
 Se enlutara la cítara cubana
 Ni gimiera la cítara española;
 Al darte mis adioses, los radioses,
 De la eterna y postrera despedida,
 Sentí que algo de triste sollozaba
 De mi dolor en el oscuro abismo.

Y que tu sombra que flotaba arriba,
Al extinguirse y al borrarse se iba,
Llevándose un pedazo de mí mismo.

Y entónces al poder de los recuerdos
Borrando la distancia,
Tendí mis alas hácia el nido blando
De los primeros sueños de la infancia;
Llegué al rincón modesto
Donde tus dulces páginas leía
A la fé y al amor siempre dispuesto,
Y allí de pié frente á la blanca cuna
Donde en sus flores me envolvió el destino,
Busqué en su fondo alguna
Que aun no cerrara su oloroso broche,
Y en él hallé dormida
Esta con la que el alma agradecida
Viene á aromar las sombras de esta noche.

Deuda que en mi cariño
Contraje desde niño con tu nombre,
Esta flor es el cántico del niño
Mezclado con las lágrimas del hombre,
Esta flor es el fruto de aquel gérmen
Que derramaste en mi niñez dichosa,
Y que al rodar sobre la humilde fosa
Donde tus restos duermen,

Entre sus piedras ásperas se arraiga
Recojiendo su jugo en tus cenizas,
Y esperando en su cáliz á que caiga
La gota de los cielos que le traiga
La esencia y el amor de tus sonrisas.

A LA LUNA

Al Sr. D. Manuel J. Dominguez.

¡Oh luna, blanca luna,
 Que desde el cielo viertes tus fulgores
 A despecho de todos los vapores
 Con que la negra noche te importuna;
 Yo sé que al permitirme la confianza
 De que á abusar cantándote me atrevo,
 Antes que hablarte de otra cosa debo
 Darte una explicacion de mi tardanza;
 Pero sabiendo, porque así lo he visto,
 No recuerdo en qué parte,
 Que tú eres noble y generosa y buena
 Con todos los prosélitos del arte,
 Entre los que me inscribo al protestarte
 Que nada hay que sin tí valga la pena,
 Dejo los cumplimientos
 Y las excusas fútiles y vanas
 A fin de aprovechar estos momentos;

Que tú al ver que en mis labios
 Se agita el estro y mi silencio truhca,
 Recordarás que el vulgo y aund los sábios
 Dicen que *vale mas tarde que nunca*.

No, y mira tú: desde hace mucho tiempo
 Pensaba yo en venir á saludarte,
 Y hasta recuerdo que salí una noche
 Sin mas objeto que ese;
 Pero aunque el muy ilustre Ayuntamiento
 Me hizo creer que en el cielo te hallaria,
 Tú, que probablemente estabas mala,
 Te ocultaste y me diste una antesala
 Que me pesa en el cuerpo todavia.

Esto no te lo digo
 Por ianzarte una pulla ni un reproche
 Pero este negro bosque me es testigo
 De que no mas que por hablar contigo
 Me anduve por aquí toda la noche.
 Lo mismo que otra vez, ya no recuerdo
 Si fué en Abril ó en Mayo . . . suspirando
 Por verte frente á frente
 Y á tu lado pasar la noche entera,
 De modo y de manera
 De estar solos y léjos de la gente,
 Vengo, y tú que sin duda me creiste
 Algun gemidor de esos
 Que porque está desesperado y triste

Ya quiere que le des un par de besos,
 No bien tras de estos álamos me viste,
 Que escondiéndote en medio de las nubes
 Cerraste tu balcon y te metiste.

Y la verdad que si esa fué tu idea
 Ante mi aparición inoportuna,
 Por mi vida te juro y te respondo
 Que te llevaste el chasco mas redondo
 Que te has llevado desde que eres luna;
 Pues aunque ya á mis años
 Se usa entre los humanos corazones
 Contar los sufrimientos á montones,
 Y á montones tambien los desengaños,
 Yo que si algo he sufrido
 De mi existencia en la carrera corta,
 Tengo la conviccion íntima y grande
 De que á nadie le importa,
 Porque si sufro no hay quien me lo mande;
 Si al pisar de la vida los abrojos
 A verter una lágrima me atrevo,
 La dejo que se escape de mis ojos
 Y al llegar á mis lábios me la bebo.

Conque ya verás tú si yo sería
 Quien fuera á molestarte á tales horas,
 Para llamarte solitaria ó fria,
 Y cométer así una grosería

De esas que no perdonan las señoras,
 Aparte de que á tí, si no me engaño,
 Te debe de importar muy poca cosa
 Que en la vida enojosa
 Gamine el goce junto con el daño,
 Así como que al tiempo de las flores
 Siga el invierno nebuloso y frio,
 O que en las tibias noches del estío
 Disminuyan de fuerza los calores,
 Cosa que á muchos saca de su casa
 Por tener de decírtelo el orgullo,
 Cuando todo eso en realidad no pasa
 De ser una verdad de *Pero Grullo*.

Y sin mentar personas,
 Por *allí* anda la ilustre Avellaneda,
 Que en paz duerma en su lecho de coronas,
 Que sin mirar que tú, rueda que rueda,
 Maldito el caso que del tiempo hacias,
 Ella al són de sus mágicos bordonés
 Te delataba á ese ladrón nefando
 Que tantos goces con pasar nos roba,
 Sin oír que su esposo despertando
 La llamaba en un tono no muy blando
 Despues de registrar toda la alcoba

Y el sin igual Zorrilla,
 El que nos regaló aquel marnarracho

De esas que supusieron
 Creyéndolo la octava maravilla,
 El que con una calma
 Cuyo molde es difícil que se encuentre,
 Hizo aquí entre otros dramas el del vientre,
 Y hasta allá fué á acordarse del del alma.

Y Carpio, el que tu turco disfrazado
 Sufrió tan honda pena
 Que por poco se arroja al mar salado,
 Pero que al fin se fué por otro lado
Arrastrando el alfanje por la arena.

Y Tagle, el que te hablaba allá en los tiempos
 De discordias civiles,
 En que Rocha aun no andaba por el mando,
 Y en que aun eran de chispa los fusiles,
 Pues estos y otros mas, si no tan buenos
 Sí tan desocupados,
 Han emprendido de entusiasmo llenos
 La imitacion de sus antepasados,
 Por el placer de repetirte alguna
 De esas necias é insulsas tonterías,
 O porque hechos los tomos de poesías
 No faltara en el índice—“A la luna.”

Y si á lo menos fueran pasadas
 Las tantas que en tu elogio se han escrito

Y cuyas firmas por prudencia callo,
 Pues señor, con trescientos dé á caballo
 Muy puesto en su lugar y muy bonito,
 Pero, nada... que entre esas que no cito
 Porque no se me diga impertinente
 Hay muchas (no agraviando la presenté)
 Que son un verdadero gregorito,
 Lo digo y lo repito,
 Sí señor, que esta no es una indirecta,
 Pues aunque salte alguno
 Que deseando escapar á este reproche,
 Reclame la palabra y manifieste,
 Cargado de razones y veneno,
 Que no se puede hacer nada de bueno
 Sobre un terreno tan vulgar como este,
 No habiendo obligacion chica ni grande
 De escribir sobre tal ó cual materia,
 Se comprende y se vé muy á las claras
 Aunque hable de esta con tan poco aprecio,
 Que al culpable no es ella sino el necio
 Que se mete en camisa de once varas.

¿Quién obliga á ninguna
 De las vivientes almas á que escriba,
 Ni menos á que suba tan arriba
 Que tenga que escribir sobre la luna...?

Yo mismo, si mañana
 A algun crítico ocioso y exigente

Se le diera la gana
 De zurrar á esta silva la pavana
 Y de hacerlo delante de la gente,
 Pues yo mismo, aunque fuera á mi despecho,
 (No pudiendo olvidarme de que es mía)
 Mirando la justicia no tendria
 Mas que decir á todo: *muy bien hecho*.

Y tan es cierto que lo encuentro justo
 Y que me temo mucho una descarga
 Por haberme salido con mi gusto,
 Que con objeto de que el sabio adusto,
 No halle esta silva demasiado larga,
 Una vez que tú, luna,
 No me has de consolar si tal sucede,
 Lo cual (aquí en confianza) muy bien puede,
 Por un capricho cruel de la fortuna,
 Bien convencido de que en todo caso
 Francos y leales seguiremos siendo
 Tan amigos como ántes,
 Te dejo preparándole á la aurora
 El dulce néctar de los nuevos broches,
 Y sin mas que decirte por ahora,
 Con el alma, tu humilde servidora
 Me alegraré que pases buenas noches.

Y si á lo demás...
 Las tantas que...

EL REO DE MUERTE

Al eminente actor D. José Valero.

... Esa noche, ardiendo el pueblo,
 De animacion y entusiasmo
 Bajo el influjo sublime
 De tu genio soberano,
 Todo era bravos y dianas
 Todo era vivas y aplausos,
 Todo cariño en los ojos,
 Todo cariño en los labios,
 Y todo flores, laureles,
 Admiracion y... entrétanto,
 Allá muy léjos, muy léjos,
 Sonando lento y pausado,
 Se alzaba entre las tinieblas
 Y entre el silencio un cadalso,
 Sin otro eco que el latido
 Del pecho del condenado
 Que én diálogo con la muerte
 Velaba en un subterráneo.

Aquel cadalso se alzaba
 Cada vez mas y mas alto,
 Como un espectro, sombrío,
 Como un vampiro, callado,
 Como una tumba, implacable,
 Y como un monstruo, inhumano;
 Se alzaba y sin que ninguno
 Oyera aquel ruido amargo,
 Por los sollozos de un hombre
 Solamente acompañado.
 La humanidad impasible
 Bajo su mudo letargo,
 Miraba crecer y alzarse
 Las formas de aquel cadalso,
 Cuando tú, tú que escuchaste
 Sus ecos tristes y vagos
 Te levantaste por ella
 Con la voz del entusiasmo,
 Y en presencia de aquel pueblo
 Y en frente de aquel tablado
 Ceñida con tus laureles
 La hiciste hablar por tus labios,
 Salvando al sol de aquel día
 Del rubor de aquel cadalso.

Yo no sé si ya habrá muerto
 Aquel que en su desamparo,

Aun mas que unos pocos días,
 Y aun mas que unos pocos años,
 Pudó gozar la dulzura
 De ver á su hijo en los brazos,
 Libré del infame nombre
 De hijo del ajusticiado;
 Pero yo que desde niño
 Aprendí lleno de espanto
 A aborrecer los verdugos
 Y á maldecir los cadalsos,
 Dejo á la gloria que entone
 Para ensalzarte su canto
 Y del condenado á muerte
 Bajo los recuerdos gratos,
 En nombre suyo, las gracia
 De la humanidad te mando.

A JOSEFINA PEREZ.

(EN SU ÁLBUM)

En cambio de los cielos
 de amor y sentimiento
 Que al alma adolorida
 abrió tu inspiración,
 Y en cambio de las horas
 de olvido al sufrimiento,
 Que á tu arpa dulce y blanda
 le debe el corazón.
 En cambio; nuestros cantos
 y todo lo que encierra
 De bueno y amoroso
 nuestra alma y nuestro ser
 Y en cambio nuestras flores,
 las flores de esta tierra,
 Tu nido como alondra,
 Salvana tu altar como mujer.

1873

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CABALLA ALFONSIÑA

A LA EMINENTE ACTRIZ

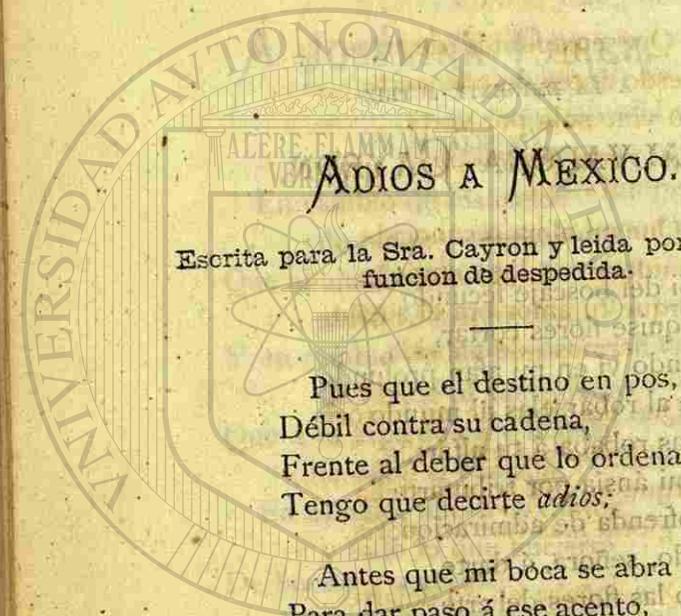
SALVADORA CAYRON.

Si del bosque fecundo
 No quise flores cortar,
 Cuando vi en mi afan profundo
 Que al robárselas al mundo
 Se las robaba á tu altar;
 En mi ánsia por tributarte
 Mi ofrenda de admiración.
 Acudo, señora, á darte
 Si no las flores del arte,
 Las flores del corazón.

1873

®

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA



ADIOS A MEXICO.

Escrita para la Sra. Cayron y leída por ella en su
funcion de despedida.

Pues que el destino en pos,
Débil contra su cadena,
Frente al deber que lo ordena
Tengo que decirte *adios*.

Antes que mi boca se abra
Para dar paso á ese acento,
La voz de mi sentimiento
Quiere hablarte *una palabra*.

Que muy bien pudiera ser
Que cuando de aquí me aleje,
Al decirte *adios*, te deje
Para no volverte á ver.

Y así entre el mal con que lucho
Y que en el dolor me abisma.

Yo anhelo que por mi misma
Sepas *que te quiero mucho*.

Que enamorada de tí
Desde ántes de conocerte,
Yo vine solo por verte,
Y al verte *te puse aquí*.

Que mi alma reconocida
Te adora con loco empeño,
Porque tu amor era el sueño
Mas hermoso de mi vida.

Que del libro de mi historia
Te dejo la hoja mas beila,
Porque en esa hoja destella
Tu gloria mas que mi gloria.

Que soñaba en no dejarte
Sino hasta el postrer momento,
Partiendo mi pensamiento
Entre tu amor y el del *arte*.

Y que hoy ante esa ilusion
Que se borra y se deshace,
Siento ¡ay de mí! que se hace
Pedazos mi corazon . . .

Tal vez ya nunca en mi anhelo
Podré endulzar mi tristeza

Con ver sobre mi cabeza
El esplendor de tu cielo

Tal vez ya nunca á mi oído
Resonará en la mañana,
La voz del ave temprana
Que canta desde su nido.

Y tal vez en los amores
Con que te adoro y te admiro,
Estas flores que hoy aspiro
Serán *tus últimas flores*.

Pero si afectos tan tiernos
Quiere el destino que deje,
Y que me aparte y me aleje
Para no volver á vernos:

Bajo la luz de este día
De encanto inefable y puro,
Al darte mi *adios* te juro,
¡Oh dulce México mia!

Que si *él* con sus fuerzas trunca
Todos los humanos lazos,
Te arrancará de mis brazos,
Pero de mi pecho, *nunca!*

1873

Que donde usted nos dejó
Por seguir en el vuelo á su Tenorio
Después irá florar al purgatorio
Sin tener quien la mime aunque se queje
Conque mucho cuidado

A ASUNCION

(EN SU ALBEM.)

Mire usted Asuncion: aunque algún ángel
Metiéndose á envidioso,
Conciba allá en el cielo el mal capricho
De venir por la noche á hacer el *oso*,
Y en un raptó *glorioso*
Llevarse de aquí, como le ha dicho
No sé qué nigromante misterioso,
No vaya usted por Dios, á hacerle caso
Ni á dar con el tal ángel un mal paso;
Estése usted dormida,
Debajo de las sábanas metida,
Y deje usted que le hable
Y que la vuelva á hablar y que se endiable.
Que entónces con un dedo
Puesto sobre otro en cruz, afuera miedo!
No vaya usted á rendirse
Ante el ruego ó las lágrimas y á irse. . . .

Que donde usted nos deje
 Por seguir en el vuelo á su Tenorio,
 Después irá llorar al purgatorio
 Sin tener quien la mime aunque se queje
 Conque mucho cuidado
 Si siente usted un ángel á su lado,
 Que yo como su amigo,
 Con tal que usted Asuncion me lo permita,
 Le aconsejo y le digo
 Que despues de Rosario y Margarita
 No admita usted mas ángeles consigo.
 Estése usted con ellas
 Compartiendo delicias é ilusiones,
 Que rodeada de tales corazones
 Todas las horas tienen que ser bellas;
 Viva usted muchos años
 (Como un humilde criado le diria)
 Y mañana que sola ó entre extraños
 Se encuentre por desgracia en este dia,
 Si busca usted una alma que la ame,
 Llame usted á mi pecho, y con que llame,
 Si no estoy muerto encontrará la mía.

1873

ROMANCERO DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA.

EL GIRO.

I.
 Medio oculta entre la selva
 Como un nido entre las ramas
 Y medio hundida en el fondo
 Tranquilo de una cañada,
 Allá por aquellos tiempos
 Hubo en Landin (1) una casa
 Que no por ser tan sencilla
 Ni de una fecha tan larga,
 Era ménos pintoresca
 Ni tampoco ménos blanca.
 Sombreaaba su puerta un olmo
 De hojosas y verdes ramas,
 Punto de citas de todas
 Las aves de las montañas;

(1) Estado de Guanajuato, entre Santa Cruz y Chamacuero.

Y en uno de sus costados,
 Brotando límpida y clara,
 Saltaba entre los terrones
 Y entre las yerbas el agua,
 De noche siempre tranquila
 Y eternamente callada,
 Apenas el sol naciente
 Filtraba por sus ventanas,
 Cuando estremeciendo el aire,
 Sonaban dulces y claras,
 La voz de una cuna hablando
 De cuanto los niños hablan;
 La voz de una madre, rica
 De sentimientos y de alma,
 Y la voz de un hombre que era
 La eterna voz de la patria,
 Soñando ya con sus glorias
 Y ya con sus esperanzas:
 Tez cobriza como aquellos
 Primeros hijos de Anáhuac,
 Que tantas veces hicieron
 Temblar de miedo á la España,
 Cuando la España atrevida
 Midió con ellos sus armas;
 Fuerte y ágil como todos
 Los hijos de las montañas;
 Como un labriego, robusto;
 Como un patriota, entusiasta;

Como un valiente, atrevido,
 Y como un jóven, todo alma.
 El hombre de aquellas selvas,
 El hombre de aquella casa,
 Era el eterno modelo
 De esas figuras sagradas
 Que en el altar de los siglos
 Hacen un Dios de una estátua
 Veinticinco años apenas
 Por ese tiempo contaba,
 Y de sus nobles heridas
 La suma aun era mas larga,
 Que no hubo por el Bajío
 Ningun combate ni hazaña
 Donde su ardor no estuviera,
 Donde faltara su lanza;
 Ni donde al grito de muerte
 Sus huellas no señalara
 Con el licor de sus venas
 O el de las venas extrañas.
 Y allí tranquilo y oculto
 Su triste vida pasaba,
 Lamentando en su impotencia
 La esclavitud de la patria
 Que renunciando á la lucha
 Renunciaba á la esperanza:
 Cuando una mañana, á la hora
 Que el último sueño marca,

Despertó, oyendo á lo léjos
 Un ruido confuso de armas;
 Y adivinando al instante
 La suerte que le amagaba,
 Bajo del lecho al influjo
 De una decision extraña,
 Besa en los lábios á su hijo,
 Besa en la frente á su amada,
 Clava los ojos ardientes
 En la entreabierta ventana,
 Y al ver por sus enemigos
 Ya casi envuelta su casa,
 Saita á las rocas, y entre ellos
 Se escapa por la montaña.

II.

Aun nõ se alzaba del todo
 La niebla de la mañana,
 Y aun no acertaban á darse
 Cuenta de tamaña audacia
 Los sitiadores furiosos
 Que sorprenderle esperaban,
 Cuando al galope y bajando
 Camino de la cañada,
 Vieron venir á lo léjos
 Un grupo de gente armada,
 Compuesto de ocho ginetes,
 Y el hombre que los mandaba,
 En mayor número que ellos

Y con superiores armas,
 Seguros de la victoria
 Fácil que se les aguarda.
 Todos empuñan las riendas,
 Todos afirman la lanza,
 Todos ven al enemigo,
 Todos miden la distancia,
 Y en silencio y todos ellos
 Prontos á ponerse en marcha,
 Solo esperan á que llegue
 La hora de entrar en batalla.
 Los insurgentes en tanto
 Viendo las huestes contrarias,
 Más de coraje la encienden
 Y más de amor la entusiasman,
 Y ansiosos de dar su sangre
 Por la salud de la patria,
 Sobre el caballo se inclinan,
 La floja rienda adelantan.
 Yijos los barboquejos
 Y el sombrero hácia la espalda,
 Entre la niebla y el polvo
 Corren, y vuelan y avanzan,
 Siguiendo entre los peñascos
 Al hombre de la cañada.
 Y ya los de Bustamante

* El general D. Anastasio Bustamante, presidente de la República, y que en su juventud militó en el ejército realista.

Su primer paso avanzaban,
 Anhelando en su impaciencia
 Como acortar la distancia
 Que la interpuesta colina
 Con un recodo aumentaba:
 Cuando de pié en lo mas alto
 De las rocas escarpadas,
 Vieron alzarse á un ginete
 Que con voz sonora y clara,
 —“Yo soy el Giro—les dijo,
 —Si al Giro es á quien aguardan;
 Y el que lo busque que venga
 Si tiene honor y tiene alma,
 Que á todos espera el Giro
 Frente á frente y cara á cara.”—
 Dijo: y los fieros dragones
 Al grito de “viva España!”
 Como un solo hombre treparon
 Hasta donde el Giro estaba
 Dispuesto como los suyos
 A sucumbir por la patria
 Y fué la lucha, y terribles
 Al dar la espantosa carga,
 Insurgentes y realistas
 Ardiendo en cólera y rabia,
 Se entremezclaron sedientos
 De victoria y de matanza
 Quiso la triste fortuna

Favorecer á la España,
 El brillo de sus fulgores
 Negándole á nuestras armas,
 Que ya de los insurgentes
 Uno tan solo quedaba
 A caballo todavía,
 Pero ya herido y sin armas,
 Era el Giro, que entre doce
 Dragones que le rodeaban,
 Sin rendirse al desaliento
 Ni inclinarse á la desgracia,
 Luchaba y arremetia
 Contra el que más se acercaba,
 Convirtiendo á su caballo
 A un tiempo en escudo y arma.
 Por fin un brazo atrevido
 Clavó en su pecho una lanza,
 Perder haciéndole el poto
 Aliento que le quedaba;
 Pero él aunque ya en el suelo,
 Con fuerza siempre y con alma,
 Coje la lanza, del pecho
 Sin vacilar se la arranca,
 Y estremecido y al grito
 De independencía y de patria,
 De pié sobre los peñascos
 A sus contrarios aguarda;
 Y despues de herir á todos

Los que acercársele ensayan
 Hace huir á los restantes.
 Que ante heroicidad tamaña
 Se alejan, y desde léjos
 Lo rematan á pedradas.

III.

Mártir, que toda tu sangre
 Supiste dar por la patria;
 Tú, de los desconocidos
 Que murieron por salvarla,
 Gracias por tu fortaleza,
 Por tu sacrificio, gracias!

1873

Y le envía contra sus techos
 Y le envía contra sus techos
 Cuando en el amor en que se
 Ni siquiera pensaba en sus
 Que su madre distante, muy
 Casi en sus brazos hora se
 Para que pueda

CINERARIA

Ante el cadáver de la Sra. Luz Presa.

Jamás pensé al venir á estas regiones
 Que mis palabras últimas serian
 Para hablar á un cadáver
 Ni nunca que las notas de mi canto
 Al perderse en los aires sonarian
 Mezcladas con el eco de mi llanto.

Quando yo vine aquí, casi acababa
 De sentir y estrechar entre mis brazos
 Al buen amigo que en su noble empeño,
 Soñaba en un laurel para la frente
 De la que hoy duerme en el sepulcro el sueño
 Que dura y se prolonga eternamente.
 Y ese hermano me hablaba del cariño
 El mas puro entre todos los amores,
 Sin penas, sin temores,
 Casi volviéndose al hablar me un niño;

Los que acercársele ensayan
 Hace huir á los restantes.
 Que ante heroicidad tamaña
 Se alejan, y desde léjos
 Lo rematan á pedradas.

III.

Mártir, que toda tu sangre
 Supiste dar por la patria;
 Tú, de los desconocidos
 Que murieron por salvarla,
 Gracias por tu fortaleza,
 Por tu sacrificio, gracias!

1873

Y le envía contra sus techos
 Y le envía contra sus techos
 Cuando en el amor se arde
 Ni siquiera piensa en sus instantes
 Que su madre distante muy distante
 Casi en sus brazos hora se muera
 Para que pueda

CINERARIA

Ante el cadáver de la Sra. Luz Presa.

Jamás pensé al venir á estas regiones
 Que mis palabras últimas serian
 Para hablar á un cadáver
 Ni nunca que las notas de mi canto
 Al perderse en los aires sonarian
 Mezcladas con el eco de mi llanto.

Quando yo vine aquí, casi acababa
 De sentir y estrechar entre mis brazos
 Al buen amigo que en su noble empeño,
 Soñaba en un laurel para la frente
 De la que hoy duerme en el sepulcro el sueño
 Que dura y se prolonga eternamente.
 Y ese hermano me hablaba del cariño
 El mas puro entre todos los amores,
 Sin penas, sin temores,
 Casi volviéndose al hablar me un niño;

Y le enviaba conmigo sus recuerdos,
 Y le enviaba conmigo sus abrazos,
 Y alegre en el amor en que se ardía,
 Ni siquiera pensaba en ese instante,
 Que su madre distante, muy distante,
 Casi en esa misma hora se moría.

Yo también tuve un padre que á la fosa
 Rodó sin que mis labios lo besaran,
 Y sé lo que es ese dolor profundo
 Que hace una noche eterna de los días
 Y un desierto tristísimo del mundo.
 Yo sé que horizonte es el que se cierra
 Delante del espíritu aterrado,
 Cuando eleva sus alas de la tierra
 La que en su pecho maternal encierra
 Cuanto se alza de bueno á nuestro lado.
 Yo adivino esa pena, y porque casi
 Siento la misma angustia que devora
 Al huérfano infeliz que en su aislamiento
 Busca á su madre y por su madre llora,
 Yo le traigo en su nombre su lamento,
 Yo le traigo en su nombre mi gemido,
 Y la eterna promesa de que nunca
 Caerá sobre esa lápida el olvido.
 Yo le traigo en el canto de una lira
 Que cuando se habla de la madre tiembla,
 Y cuando se habla de su amor se inspira.

El adiós que sus labios no lograron
 Dejar caer sobre sus ojos yertos
 Cuando á la luz del mundo se cerraron
 Para abrirse á la sombra de los muertos;
 Mi adiós que en momentáneo regocijo
 La agitará volviéndola á la vida,
 Para que pueda oír la despedida
 Con que la vengo á saludar por su hijo,

1873

A LA PATRIA

(COMPOSICION RECITADA POR UNA NIÑA EN TAGUBAYA DE
LOS MARTIRES, EL 16 DE SETIEMBRE DE 1873.)

Ante el recuerdo bendito
De aquella noche sagrada
En que la patria aherrojada
Rompió al fin su esclavitud;
Ante la dulce memoria
De aquella hora y de aquel día.
Yo siento que en la alma mía
Canta algo como un laud.

Yo siento que brota en flores
El huerto de mi ternura,
Qué tiembla entre su espesura
La estrofa de una cancion;
Y al sonoro y ardiente
Murmurar de cada nota,
Siento algo grande que brota
Dentro de mi corazon.

Bendita noche de gloria
Que así mi espíritu agitas,
Bendita entre las benditas
Noche de la libertad!
Hora de triunfo en que el pueblo
Vió al fin en su omnipotencia,
Al sol de la independencia
Rompiendo la oscuridad.

Yo te amo . . . y al acercarme
Ante este altar de victoria
Donde la patria y la historia
Contemplan nuestro placer;
Yo vengo á unir al tributo
Que en darte el pueblo se afana,
Mi canto de mexicana,
Mi corazon de mujer

1873

Bendita noche de gloria
 Que así mi espíritu exalta,
 Bendita entre las benditas
 Noche de la libertad!
 Hora de triunfo en que el pueblo
 Vió al fin en su omnipotencia
 Al sol de la libertad
 Rompiendo la oscuridad

HIDALGO.

Sonaron las campanas de Dolores,
 Voz de alarma que el cielo estremecía,
 Y en medio de la noche surgió el día
 De augusta Libertad con los fulgores.
 Temblaron de pavor los opresores,
 E Hidalgo audaz al porvenir veía,
 Y la patria, la patria que gemía,
 Vió sus espinas convertirse en flores.

¡Benditos los recuerdos venerados
 De aquellos que cifraron sus desvelos
 En morir por sellar la independencia;
 Aquellos que vencidos, no humillados,
 Encontraron el paso hasta los cielos
 Teniendo por camino su conciencia!

1873

De su llanto tristísimo una gota
 A su lado se alzaba
 Junto a un latido una máscara roja
 Y abandonada y sola como estaba
 Vencido ya hasta el último patíbulo
 Al ver sus ojos sin lágrimas y fijos
 Los españoles la creyeron muerta
 Y del incendio entre las llamas ardientes
 La echaron

15 DE SETIEMBRE.

Después de aquella página sombría
 En que trazó la historia los detalles
 De aquel horrible día,
 Cuando la triste Méxiti veía
 Sembradas de cadáveres sus calles;
 Después de aquella página de duelo
 Por Cuahutemoc escrita ante la historia,
 Cuando sintió lo inútil de su anhelo;
 Después de aquella página, la gloria
 Borrando nuestro cielo en su memoria
 No volvió á aparecer en nuestro cielo.
 La santa, la querida
 Madre de aquellos muertos, vencedores
 En su misma caída,
 Fué hallada entre ellos, trémula y herida
 Por el mayor dolor de los dolores
 En su semblante pálido aun brillaba

De su llanto tristísimo una gota
 A su lado se alzaba
 Junto á un laurel una macana rota
 Y abandonada y sola como estaba,
 Vencido ya hasta el último patriota,
 Al ver sus ojos sin mirada y fijos,
 Los españoles la creyeron muerta,
 Y del incendio entre la llama incierta
 La echaron en la tumba con sus ojos!

Y pasaron cien años y trescientos.
 Sin que á ningún oído
 Llegaran los tristísimos acentos
 De su apagado y lúgubre gemido;
 Cuando una noche un hombre que velaba
 Soñando en no sé qué grande y augusto
 Como la misma fé que le inspiraba,
 Oyó un inmenso grito que le hablaba
 Desde su alma de justo
 —Yo soy—ie repetía,
 Descendiente de aquellos que en la lucha
 Sellaron su derrota con la muerte
 Yo soy la queja que ninguno escucha,
 Yo soy el llanto que ninguno advierte!
 Mi fé me ha dicho que tu fuerza es mucha,
 Que es grande de virtud y vengo á verte;
 Que en el eterno y rudo sufrimiento
 Con que hace siglos sin cesar batalla,

Yo sé que tú has de darme lo que no hallé
 Mi madre que está aquí porque la siento,
 Como antes al recuerdo de tu ausencia
 Ni cabenas he
 Dijo la voz y el santo regocijo
 Que el anciano sintió en su omnipotencia,
 —Si el indio llora por su madre—dijo,
 Yo encontraré una madre para ese hijo,
 Y encontró aquella madre en su conciencia.

A esta hora, y en un día
 Como este, en que incensamos su memoria,
 Fué cuando aquel anciano lo decía,
 Y desde ese momento, patria mia,
 Tú sabes bien que el astro de tu gloria
 Clavado sobre el libro de tu historia,
 No se ha puesto en tus cielos todavía.

A esta hora fué cuando rodó en pedazos
 La piedra que sellaba aquel sepulcro
 Donde estuviste como Cristo, muerta
 Para resucitar al tercer día:
 A esta hora fué cuando se abrió la puerta
 De tu hogar, que en su seno te veía
 Con un supremo miedo en su alegría
 De que tu aparición no fuera cierta;
 Y desde ese momento, y desde esa hora,
 Tranquila y sin temores en tu pecho,
 Tu sueño se cobija bajo un techo

Donde el placer es el único que llora
 Tus hijos ya no gimen
 Como ántes al recuerdo de tu ausencia
 Ni cadenas hay ya que los lastimen
 En sus feraces campos ya no corre
 La sangre de la lucha y la matanza
 Y de la paz entre los goces suaves
 Bajo un cielo sin sombras ni vapores
 Ni se avergüenzan de nacer tus flores,
 Ni se avergüenzan de cantar tus aves.

Grande eres y á tu paso
 Tienes abierto un porvenir de gloria
 Con la dulce promesa de la historia
 De que para tu sol nunca habrá ocaso.
 Por él camina y sigue
 De tu leccion de ayer con la experiencia;
 Trabaja y lucha hasta acabar esa obra
 Que empezaste al volver á la existencia,
 Que aun hay algo en tus cárceles que sobra,
 Y aun hay algo que el vuelo no recobra,
 Y aun hay algo de España en tu conciencia.

Yo te vengo á decir que es necesario
 Matar ya ese recuerdo de los reyes
 Que escondido tras de un confesionario,
 Quiere darte otras leyes que tus leyes,
 Que Dios no vive ahí donde tus hijos

Reniegan de tu amor y de tus besos,
 Que no es el que perdona en el cadalso,
 Que no es el del altar y el de los rezos;
 Que Dios es el que vive en tus cabañas,
 Que Dios es el que vive en tus talleres
 Y el que se alza presente y encarnado
 Allí donde sin ódio á los deberes
 Se come por la noche un pan honrado.

Yo te vengo á decir que no es preciso
 Que muera á hierro el que con hierro mate,
 Que no es con sangre como el siglo quiere
 Que el pueblo aprenda las lecciones tuyas;
 Que el siglo quiere que en lugar de templos
 Le des escuelas y le des ejemplos,
 Le des un techo y bajo dél lo instruyas.

Así es como en tu frente
 Podrás al fin ceñirte la corona
 Que el porvenir te tiene destinada;
 El, que conoce tu alma, que adivina
 En tí á la santa madre del progreso,
 Y que hoy ante el recuerdo de aquella hora
 En que uno de sus besos fué la aurora
 Que surgió de tu noche entre lo espeso,
 Mientras el pueblo sé entusiasmo y llora,
 Te viene á acariciar con otro beso.

1873

AL MOÑO DE MERCED.

Me cuentas que ibas corriendo
 Como una sílfide alada,
 Cuando de tus blondas trenzas
 Te lo robaron las auras;
 No sé yo de tal historia
 Si es cierta ó es inventada;
 Pero lo que sé es que ardiendo
 Dé amor y de dicha el alma,
 Traigo tu moño en la bolsa
 Desde ayer por la mañana;
 Que le he hecho mil caricias
 Y pienso hacerle otras tantas;
 Que por ser color de rosa
 Y por ser tuyo me encantat;
 Y qué por toda la vida
 Lo guardaré donde se halla,
 Reunido con un billete
 Que compré, de La Esperanza,
 Con cosa de diez poesías,

De dos vales y una carta
 Que me escribió hace dos meses
 La que me dió calabazas.
 Aquí lo tengo y á ménos
 Que deje esta vida amarga,
 No abandonaré tu moño,
 Dulce cariño del alma,
 Ni por lo uno ni por lo otro,
 Ni por esto ni por nada,
 Que de esa prènda querida
 Pienso, Merced adorada,
 Hacer el hermoso emblema
 De todas mis esperanzas.

NOCTURNO

A Rosario.

I.
 Pues bien! yo necesito
 decirte que te adoro,
 Decirte que te quiero
 con todo el corazon:
 Que es mucho lo que sufro,
 que es mucho lo que lloro,
 Que ya no puedo tanto
 y al grito en que te imploro
 Te imploro y te hablo en nombre
 de mi última ilusion.

II.

Yo quiero que tú sepas
 que ya hace muchos dias
 Estoy enfermo y pálido
 de tanto no dormir;

Que ya se han muerto todas
 las esperanzas mias;
 Que están mis noches negras,
 tan negras y sombrías
 Que ya no sé ni dónde
 se alzaba el porvenir.
 De noche, cuando pongo
 mis sienes en la almohada
 Y hacia otro mundo quiero
 mi espíritu volver,
 Camino mucho, mucho,
 y al fin de la jornada
 Las formas de mi madre
 se pierden en la nada
 Y tú de nuevo vuelves
 en mi alma aparecer.
 IV.
 Comprendo que tus besos
 jamás han de ser mios,
 Comprendo que en tus ojos
 no me he de ver jamas;
 Y te amo y en mis locos
 y ardientes desvarios,
 Bendigo tus desdenes,
 adoro tus desvíos,
 Y en vez de amarte menos
 te quiero mucho mas.

A veces pienso en darte
 mi eterna despedida,
 Borrarte en mis recuerdos
 y hundirte en mi pasión;
 Mas si es en vano todo
 y el alma no te olvida,
 ¡Qué quieres tú que yo haga,
 pedazo de mi vida,
 Qué quieres tú que yo haga
 con este corazón!

Y luego que ya estaba
 concluido tu santuario,
 Tu lámpara encendida,
 tu velo en el altar;
 El sol de la mañana
 detras del campanario,
 Chispeando las antorchas,
 humeando el incensario,
 Y abierta allá a lo lejos
 la puerta del hogar.....!

¡Qué hermoso hubiera sido
 vivir bajo aquel techo,
 Los dos unidos siempre
 y amándonos los dos;

Tú siempre enamorada,
 yo siempre satisfecho,
 Los dos una sola alma,
 los dos un solo pecho,
 Y en medio de nosotros
 mi madre como un dios!

VIII.

¡Figúrate qué hermosas
 las horas de esa vida!
 ¡Qué dulce y bello el viaje
 por una tierra así!
 Y yo soñaba en eso,
 mi santa prometida,
 Y al delirar en eso
 con la alma estremecida,
 Pensaba yo en ser bueno
 por tí, no mas por tí.

IX.

¡Bien sabe dios que ese era
 mi mas hermoso sueño,
 Mi afan y mi esperanza,
 mi dicha y mi placer;
 Bien sabe Dios que en nada
 cifraba yo mi empeño,
 Sino en amarte mucho
 bajo el hogar risueño

Que me envolvió en sus besos
cuando me vió nacer!

Esa era mi esperanza
mas ya que á sus fulgores

Se opone el hondo abismo
que existe entre los dos,

¡Adios por la vez última,
amor de mis amores,

La luz de mis tinieblas,

La esencia de mis flores,

Mi lira de poeta,

mi juventud, adios!

1873

Del canto de los astros
al mágico arrebato
¡Oh virgen!—dijo el ave—
¡perdida sea tu frente!

LAS RUINAS

A

Las ruinas solamente
quedaban del santuario,

Y en medio de las ruinas
la virgen del altar;

Connigo llegó un ave,
y en trino dulce y vario

Volando en torno de ella
su acento empezó á alzar.

La virgen era hermosa,
y alzándose á porfía

Las flores se agrupaban
en torno de su sien,

Encima estaba el cielo,
y encima estaba el día,

Y el pájaro, entretanto,
cantaba siempre . . . á quién?

Los ojos de la virgen
brillaban dulcemente

Que me envolvió en sus besos
cuando me vió nacer!

Esa era mi esperanza
mas ya que á sus fulgores

Se opone el hondo abismo
que existe entre los dos,

¡Adios por la vez última,
amor de mis amores,

La luz de mis tinieblas,

La esencia de mis flores,

Mi lira de poeta,

mi juventud, adios!

1873

Del nido de los astros
al mágico arched,
¡Oh virgen!—dijo el ave—
¡perdida sea tu frente!

LAS RUINAS

A

Las ruinas solamente
quedaban del santuario,

Y en medio de las ruinas
la virgen del altar;

Connigo llegó un ave,
y en trino dulce y vario

Volando en torno de ella
su acento empezó á alzar.

La virgen era hermosa,
y alzándose á porfía

Las flores se agrupaban
en torno de su sien,

Encima estaba el cielo,
y encima estaba el día,

Y el pájaro, entretanto,
cantaba siempre.... á quién?

Los ojos de la virgen
brillaban dulcemente

Del astro de los astros
 al mágico arrebol,
 Y... "Oh vírgen!—dijo el ave—
 "bendita sea tu frente
 Puesto que en ella ha hallado
 como otro cielo el sol.
 Para ella son los trinos
 de todos los cantares
 Que vengo á darte, oh vírgen!
 cada hora matinal:
 Que rotos y en el polvo
 tu templo y tus altares,
 Tu frente aun está viva,
 tu frente es inmortal."

II.

Mañana que las penas
 y el tiempo hayan destruído
 El templo en que te adora
 la ardiente juventud,
 En medio de las ruinas
 y en medio del olvido,
 Tendrás un ave siempre
 que cante tu virtud.

1873

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

1873

A UN ARROYO.

A mi hermano Juan de Dios Peza.

Quando todo era flores tu camino,
 Cuando todo era pájaros tu ambiente,
 Cediendo de tu curso á la pendiente
 Todo era en tí fugaz y repentino.

Vino el invierno, con sus nieblas vino
 El hielo que hoy estanca tu corriente,
 Y en situacion tan triste y diferente
 Ni aun un pálido sol te da el destino.

Y así es la vida; en incesante vuelo
 Miétras que todo es ilusion, avanza
 En solo una hora cuanto mide un cielo;
 Y cuando el duelo asoma en lontananza
 Entonces como tú, cambiada en hielo,
 No puede reflejar ni la esperanza.

LETRILLA. A

Si, mi amigo D. Gregorio,
 Tiene usted mucha razón,
 Eso mismo que usted dice,
 Eso mismo digo yo.
 Juzga usted que es una plaga,
 Que es un castigo de Dios,
 Esa turba de mocosos
 Sin quehacer ni ocupación,
 Que á falta de otra han tomado
 La carrera de escritor;
 Que si hablan del Nigromante
 No lo bajan de chambón,
 Que á Altamirano lo acaban,
 Que á Peredo le hacen *fo*,
 Que á Prieto lo ponen de asco,
 Que á Justo lo dejan peor,
 Y que llevando hasta Europa
 Su crítica erudición,
 Destrozan á Víctor Hugo

Y á Dumas y á Campoamor
 Y á cuantos hallan al pasión
 Con su hidrofobia feroz;
 Y agrega usted que sería
Muchísimo mejor
 Que hacerles caso ó echarles
 Un indigesto sermón,
 Dejarlos á que los oiga
 La madre que los parió,
Pues sí, señor D. Gregorio,
Tiene usted mucha razón,
Eso mismo que usted dice,
Eso mismo digo yo.

Juzga usted que es un espanto
 Piensa usted que es un horror,
 Ver tantas composiciones
 Como se publican hoy.
 En que despues de salirnos
 El imberbe trovador
 Con uno de esos ideales
 Que ya se hacen de cajón,
 Muy sonrosados los labios,
 Muy argentina la voz,
 Muy los cabellos de seda,
 (Vaya una trasposición)
 Y muy llena de desdén,

Que los merece el autor,
 Termina éste con que la ama
 Con todo su corazón,
 Cuando mejor que ocuparse
 En hablarnos de su amor
 Y en pintarnos los efectos
 De su estúpida pasión,
 Segun usted debería,
 Aquí para entre los dos,
 Decirse brato tres veces
 Con mucha circunspeccion,
 Alzar al cielo los ojos,
 Rezar el "yo pecador"
 Y en seguida dispararse
 Media pistola de Colt.

*Pues sí, señor D. Gregorio,
 Tiene usted mucha razon,
 Eso mismo que usted dice,
 Eso mismo digo yo.*

III.

Dice usted que ya da miedo
 Que vale lo ménos dos,
 Ver á tantos que pretenden
 Demostrar su erudicion
 Llenando de latinajos
 Su inconocible español,
 Y que tal verso de Ovidio

Lo dan por de Ciceron,
 Cuando nunca escribió versos
 El pobrecito orador,
 Que á despecho suyo tiene
 Que pasar por un ladron
 Gracias al atrevimiento
 De esos benditos de Dios,
 Y agrega usté, amigo mio,
 Que en su muy pobre opinion
 Debieran esos señores
 Fijarse en que escriben hoy
 Que son tan raros los sabios
 En la lengua de Gatón
 Y en que cada cita de esas
 Sépase la lengua ó nó,
 Viene á ser como un peñasco
 Donde el misero lector
 Tiene á fuerza que pararse
 Y aguantarse un tropezon,
 Que bien puede hacer á alguno
 Que mande al diablo al autor,
*Pues sí, señor D. Gregorio,
 Tiene usted mucha razon,
 Eso mismo que usted dice,
 Eso mismo digo yo.*

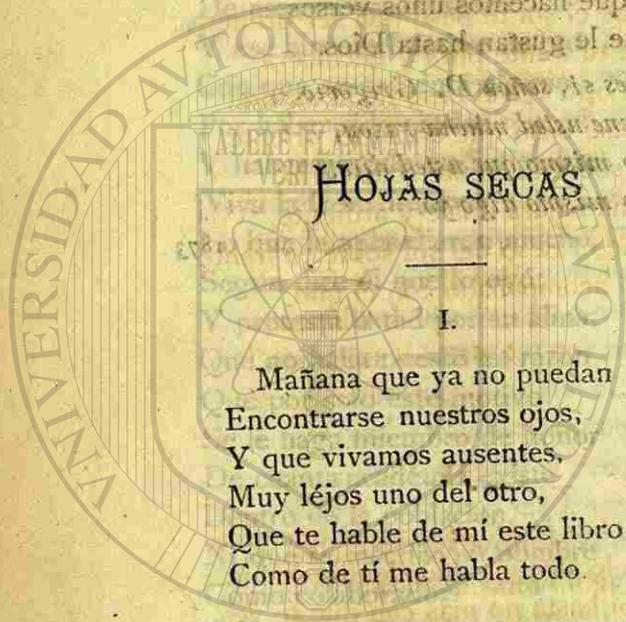
IV.

Concluye usted en su carta,
 Mi buen amigo y señor,

Diciéndome que no acierta
 A encontrar la explicacion
 De esas infulas de sabio
 Y ese aire de hombre de pró
 Con que se presenta alguno
 Por haber sido orador
 Y haber gritado en Setiembre,
 Viva la Constitucion!
 Lo que le aplaudieron mucho,
 Segun dice él que lo oyó,
 Y protesta usted por su alma,
 Que no halla puesto en razon
 Que por solo este motivo
 Se le haga miembro de honor
 De cuanta academia existe
 Dentro de la poblacion,
 Ni que se inscriba su nombre
 Como colaborador
 A la cabeza de todos
 Los diarios que salen hoy,
 Haciéndolo revestirse
 De ese aire de proteccion
 Con que trata aun á los mismos
 De donde el necio salió,
 Y á quienes usted querria
 Degollar de dos en dos
 Para acabar con la raza
 Y quedarnos usted y yo,

Que somos tan campechanos
 Y hombres de tan buen humor
 Y que hacemos unos versos
 Que le gustan hasta Dios.
Pues sí, señor D. Gregorio,
Tiene usted mucha razon,
Eso mismo que usted dice,
Eso mismo digo yo.

1873



HOJAS SECAS

I.

Mañana que ya no puedan
Encontrarse nuestros ojos,
Y que vivamos ausentes,
Muy léjos uno del otro,
Que te hable de mí este libro
Como de tí me habla todo.

II.

Cada hoja es un recuerdo
tan triste como tierno
De que hubo sobre ese árbol
un cielo y un amor;
Reunidas forman todas
el canto del invierno,
La estrofa de las nieves
y el himno del dolor.

III.

Mañana á la misma hora
En que el sol te besó por vez primera,
Sobre tu frente pura y hechicera
Caerá otra vez el beso de la aurora:
Pero ese beso que en aquel oriente
Cayó sobre tu frente solo y frío,
Mañana bajará dulce y ardiente,
Porque el beso del sol sobre tu frente
Bajará acompañado con el mío.

IV.

En Dios le exijas á mi fé que crea,
Y que le alce un altar dentro de mí;
Ah! ¡Si basta no mas con que te vea
Para que yo ame á Dios, creyendo en tí!

Si hay algun césped blando
cubierto de rocío
Endonde siempre se alce
dormida alguna flor,

Y en donde siempre puedas
hallar, dulce bien mio,
Violetas y jazmines
muriéndose de amor
Yo quiero ser el césped
Florido y matizado
Donde se asienten, niña,
Las huellas de tus pies;
Yo quiero ser la brisa
Tranquila de ese prado
Para besar sus lábios
Y agonizar despues.

Si hay algun pecho amante,
que de ternura lleno
Se agite y se estremezca
no mas para el amor,

Yo quiero ser, mi vida,
yo quiero ser el seno
Donde tu frente inclines
para dormir mejor.

Yo quiero oír latiendo
Tu pecho junto al mio,
Yo quiero oír qué dicen
Los dos en su latir,

Y luego darte un beso
De ardiente desvarío,
Y luego . . . arrodillarme,
Mirándote dormir.

IV.

—Las doce.... adios...! Es fuerza que me vaya
y que te diga adios
Tu lámpara está ya por extinguirse,
y es necesario.

—Aun no
—Las sombras son traidoras, y no quiero
que al asomar el sol,
Se detengan sus rayos á la entrada
de nuestro corazon
—Y ¡qué impórtan las sombras cuando entre ellas
queda velando Dios

—Dios? Y qué puede Dios entre las sombras
al lado del amor?
—Cuando te duermas me enviarás un beso?

—Y mi alma!
—Adios
—Adios . . .

—Adios . . .

VII. Y luego haré

Lo que siente el árbol seco
 Por el pájaro que cruza,
 Cuando plegando las alas
 Baja hasta sus ramas mustias,
 Y con sus cantos alegre
 Las horas de su amargura,
 Lo que siente por el día
 La desolacion nocturna
 Que en medio de sus pesares
 Y en medio de sus angustias,
 Ve asomár con la mañana
 De sus esperanzas una;
 Lo que sientén los sepulcros
 Por la mano buena y pura
 Que solamente obligada
 Por la piedad que la impulsá,
 Riega de flores y de hojas
 La blanca lápida muda;
 Eso es al amarte mi alma la
 Lo que siente por la tuya,
 Que has bajado hasta mi invierno,
 Que has surgido entre mi angustia
 Y que has regado de flores
 La soledad de mi tumba.

Mi hojarasca son mis creencias,
 Mis tinieblas son la duda,

Mi esperanza es el cadáver,
 Y el mundo mi sepultura . . .
 Y como de entre esas hojas
 Jamas retoña ninguna;
 Como la duda es el cielo
 De una noche siempre oscura,
 Y como la fé es un muerto
 Que no resucita nunca,
 Yo no puedo darte un nido,
 Donde recojas tus plumas,
 Ni puedo darte un espacio
 Donde enciendas tu luz pura,
 Ni hacer que mi alma de muerto
 Palpite unida á la tuya;
 Pero si gozar contigo
 No ha de ser posible nunca,
 Cuando estés triste, y en la alma
 Sientas alguna amargura,
 Yo te ayudaré á que llores,
 Yo te ayudaré á que sufras,
 Y te prestaré mis lágrimas
 Cuando se acaben las tuyas.

VIII

Y el mundo un abismo lo Y
 Y como de entre esas hojas
 Aun mas que con los lábios
 Hablamos con los ojos;
 Como la boca
 De los labios hablamos de la tierra,
 Y con los ojos del cielo y de nosotros.

II

Y no me quedo
 Cuando volví a mi casa
 De tanta dicha loco,
 Fué cuando comprendí muy léjos de ella
 Que no hay cosa mas triste que estar solo.

III

Radiante de ventura,
 Frenético de gozo,
 Cojí una pluma, le escribí a mi madre,
 Y al escribirle se lo dije todo.

IV

Despues, a la fatiga
 Cediendo poco á poco,
 Me dormí, y al dormirme sentí en sueños
 Que ella me daba un beso y mi madre otro.

V

Oh sueño, el de mi vida
 Mas santo y mas hermoso,
 Qué dulce has de haber sido cuando aun muerto
 Gozo con tu recuerdo de esta modo!

IX

Del hombre que
 Cuando yo comprendí que te quería
 Con toda la lealtad del corazon,
 Fué aquella noche en que al abrirme tu alma
 Miré hasta su interior.

Rotas estaban tus virgineas alas
 Que ocultaba en sus pliegues un crespon,
 Y un ángel enlutado cerca de ellas.

Lloraba como yo.

Otro, tal vez, te hubiera aborrecido
 Delante de aquel cuadro aterrador;
 Pero yo no miré en aquel instante

Mas que mi corazon;

Y te quise, tal vez, por tus tinieblas,
 Y te adoré, tal vez, por tu dolor,
 Que es muy bello poder decir que la alma
 Ha servido de sol!

X

Las lágrimas del niño
 la madre las enjuga,

Las lágrimas del hombre
 las seca la mujer,
 Qué tristes las que brotan
 y bajan por la arruga.

Del hombre que está solo,
 del hijo que está ausente,
 Del sér abandonado
 que llora y que no siente
 Ni el beso de la cuna,
 ni el beso del placer!

XIX

Como quieres que tan pronto
 Olvide el mal que me has hecho,
 Si cuando me tocó el pecho
 La herida me duele más!
 Entre el perdon y el olvido
 Hay una distancia inmensa;
 Yo perdonaré la ofensa;
 Pero olvidarla . . . jamás!

XII

“Te amo—dijiste—y jamás á otro hombre
 Le entregaré mi amor y mi albedrío”
 Y al quererme llamar buscáste un nombre,
 Y el nombre que dijiste no era el mio,

XIII

Ah, gloria! de qué me sirve
 Tu laurel mágico y santo,
 Cuando ella no enjuga el llanto
 Que estoy vertiendo sobre él!
 De qué me sirve el reflejo
 De tu soñada corona,
 Cuando ella no me perdona
 Ni en nombre de ese laurel!

La que á la luz de sus ojos
 Despertó mi pensamiento,
 La que al amor de su acento
 Encendió en mí la pasión;
 Muerta para el mundo entero
 Y aun para ella misma muerta,
 Solamente está despierta
 Dentro de mi corazón.

XIV

El cielo está muy negro, y como un velo
 Lo envuelve en su crespon la oscuridad;
 Con una sombra más sobre ese cielo
 El rayo puede desatar su vuelo
 Y la nube cambiarse en tempestad.

XV.

Oye, ven á ver las naves,
 Están vestidas de luto,
 Y en vez de las golondrinas
 Están graznando los buhos.
 El órgano está callado,
 El templo solo y oscuro,
 Sobre el altar . . . y la virgen
 Por qué tiene el rostro oculto?
 ¿Ves? . . . en aquellas paredes
 Están cavando un sepulcro,
 Y parece como que alguien
 Solloza allí junto al muro.
 ¿Por qué me miras y tiemblas?
 ¿Por qué tienes tanto susto?
 ¿Tú sabes quién es el muerto?
 ¿Tú sabes quién fué el verdugo?

XVI.

El cielo está muy negro, y como un velo
 Te cubre en su oscuridad.
 Con una sombra más oscura que la noche
 El rayo puede desatar en vuelo.
 Y la nube campear en tempestad.

LA GLORIA.

PEQUEÑO POEMA EN DOS CANTOS.

Tener para salvar que quer abismo
 Las alas del viento.
 Que si no se oye el ruido de los rios
 Porque arabe y al fin se ven las alas.
 Ya que se comienza entre las nubes
 Tienen el viento que se oye en el viento.
 No pudiendo á la vez usar sus alas
 A fin de un pecar por la oscuridad.
 Y lo que fuera por el viento que se oye.



LA GLORIA

PEQUEÑO POEMA EN DOS CANTOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y ARCHIVO

Y a que en esto me auxilia la memoria
Que no siempre me auxilia como en esto
Seguro de que todo lo veno
Diré que Pablo el héroe de esta historia
Se hallaba entre los veinte y los veintuno
Al dar principio al poema de la gloria.
Así es que aunque muy alta
La bohordilla en que vive y aunque pobre
Porque si tiene mucho que le falta

CANTO PRIMERO

LA CABEZA SIN CORONA

Porque así lo ha aprendido de la gente
Si sabe que hay un mundo es solamente
Desde el punto donde se levanta
Pues el coporo mundo en la cabeza
De su perdida está el camino
No cree que exista más naturaleza
Que la que todo joven lleva en su alma
Y á falta de otros útiles mejores
Tener para salvar cualquier abismo
Las alas del lirismo,
Que si no son muy buenas no son malas
De esperarlas y al fin siempre son alas
Hace que de comenzar entre los modos
Desconozca, en
Hasta la hora; todos
Pues aunque escuche
Que en español, por indigesto,

Ya que en esto me auxilia la memoria
 Que no siempre me auxilia como en esto,
 Seguro de que todo lo reuno,
 Diré que Pablo, el héroe de esta historia,
 Se hallaba entre los veinte y los veintiuno
 Al dar principio al poema de la gloria.
 Así es que aunque muy alta
 La bohardilla en que vive y aunque pobre,
 Porque si tiene mucho que le falta,
 No tiene en cambio nada que le sobre;
 El muchacho contento en su pobreza
 Desde el oscuro fondo de su pieza,
 Si sabe que hay un mundo es solamente
 Porque así lo ha aprendido de la gente,
 Pues él con otro mundo en la cabeza
 De su bendita edad bajo la calma,
 No cree que exista mas naturaleza,
 Que la que todo jóven lleva en su alma.

II

Pobre razonamiento
 Que arrastrando en su vuelo al sentimiento
 De esperanzas origen tan fecundo,
 Hace que el hombre triste,
 Desconozca este mundo donde existe
 Hasta la hora de entrar al otro mundo
 Pues aunque esos rateros
 Que en español se llaman desengaños

Lo dejen de ilusiones casi en cueros,
 Sin que haya una ilusión que no le roben,
 El, en medio de propios y de extraños
 Sostendrá con su ciento y pico de años
 Que la alma es siempre nueva y siempre jóven.

III

Pablo, apartado por la negra ausencia
 Del dulce hogar donde la luz del día
 Vió por la vez primera en la existencia,
 Siente frecuentemente
 Esa vaga y letal melancolía
 Del que tiene una madre y en su frente
 No puede recibir porque está ausente
 Los besos que su madre le daría;
 Ve á su padre muy léjos
 A través de unos cielos muy oscuros
 Y extrañando su voz y sus consejos
 Halla que, visto bien, no eran tan duros
 Los que él llamaba *achagues de estos viejos*;
 Recuerda á sus hermanos
 Con quienes en las horas del cariño
 Jugaba esos mil juegos soberanos
 Que ocupan en la edad en que uno es niño.
 La alma al dormir y al despertar las manos
 Y pensando en todo esto
 Que por haber pasado le parece

Mas bonito y mas triste por supuesto,
 Se aflige, languidece,
 Y para hacer mas rápido y mas pronto
 El término que falta á su carrera,
 Se levantan, y despues de —Soy un tonto—
 Coje el libro y estudia una hora entera.
 Y estudia . . . y dan las dos de la mañana
 Que lo encuentran despierto,
 Y dan las tres y con el libro abierto
 Lo sorprende la luz por la ventana . . .
 Pues aunque Pablo sabe
 Que no hay fuerza ó vigor que no se acabe
 Cuando se abusa mas de lo debido,
 Ve que su aliento juvenil se agosta,
 Y arrojando esa máxima al olvido,
 Sigue siempre lo mismo, decidido
 A ser un hombre sábio á toda costa.

IV.

Mas no vaya á pensarse qué esto es todo
 Lo que hace que él trabaje de este modo,
 Pues queda y falta por decir que Elena,
 Que es muy hermosa y además muy buena,
 Le dijo el otro día
 Que le gustaba mucho la poesía,
 Y que si amarle mas posible fuera,
 Aun mas de lo que le ama le amaria

Si él supiera decir lo que sentia
 De la misma manera
 Que un poeta cualquiera
 Tratando de decirlo lo diria;
 Y como Pablo, en cuanto á Elena toca
 Nunca ha sabido desplegar la boca
 Mas que para rendirse á sus antojos,
 Ha visto en la mirada de sus ojos
 Que de ahí en adelante
 Si ha de decirles á sus lábios—rojos—
 Tendrá para encontrar el consonante
 Que ponerse de hinojos,
 Y queriendo agradarla á cualquier precio,
 Aunque nunca jamás ha escrito una oda,
 Por no hacerse acreedor á su desprecio
 Pensó en una oda y escribió tan recio
 Que en ménos que lo digo la hizo toda

V.

La oda no era muy buena
 Como es fácil pensarlo; pero Elena
 Que se oia llamar la mas hermosa
 De todo el universo
 Y esto no en simple prosa sino en verso,
 Lo cual como se vé ya es otra cosa,
 Radiante de alegría
 Propuso que la prosa

Abolida por siempre quedaría
 En cuantas cartas él la escribiría;
 Y Pablo, que no hay modo de que pueda
 Resistir á un capricho de su amada,
 Tras de—la prosa queda desterrada—
 No supo mas que contestar—pues queda!
 Y así con la alma henchida
 De ternura y pasión por su querida,
 La escribe diariamente
 Una carta de dos ó demas hojas,
 Donde forzosamente
 Hay muchas frases débiles y flojas,
 Pero en cambio tambien y de repente
 Alguna que por nueva y por valiente
 Recuerda á los Quintanas y los Riojas;
 Pues Pablo en fuerza de escribir cuartetas,
 Y de educar el gusto y el oído,
 Ha conseguido al fin ser aplaudido
 Y al nombre y apellido de otros poetas
 Ver agregar su nombre y su apellido.

VI

Y esto que el pobre mozo
 Se encontró con grandísimo alborozo
 Cierta vez que un periódico leía,
 Se lo enseñó á su amada
 Con mucho del rubor y la alegría

Del que por vez primera
 Mira una *cosa* suya publicada,
 Cuando ha sido, además, acompañada
 De una lisonja ó de una flor cualquiera.
 Cuán cierto es que la gloria
 Brotando de la cosa mas sencilla
 Toma las formas de lo real y brilla
 De la ambicion en la óptica ilusoria,
 En dos líneas ó tres de gacetilla
 Que allá en la soledad de una bohardilla
 Se aprenden muchas veces de memoria.

VII

Llena de regocijo
 Por la prueba de amor que le presenta,
 Quedó Elena con ella tan contenta
 Que queriendo hablar mucho nada dijo,
 Mas si no pudo hablar porque su boca
 No estaba en aquel punto para eso,
 En cambio le abrazó como una loca
 Y le dió de su dicha en un exceso
 Que casi casi en la demencia toca,
 Un beso de esa especie que provoca
 A hacer interminable cada beso.

VIII

Pablo, que en la pasión en que se ardía
 Por la graciosa Elena

Al pensar en el beso de aquel día,
 No acertaba á encontrar ni comprendía
 Que pudiera existir cosa mas buena,
 Henchido de esperanzas y risueño
 Como aquel que no lleva en su memoria
 Ni aun la sombra del duelo mas pequeño,
 Al entregarse aquella noche al sueño
 No soñó en otra cosa que en la gloria.
 Sobre su altiva frente
 Brillaba inmarcesible y refulgente
 La corona inmortal de la victoria;
 Y entre el inmenso aplauso que la gente
 Alzaba victoreándole á su vista,
 Con esa buena fé de todo artista
 Que se siente muy grande interiormente,
 Cree que el laurel de triunfo que conquista,
 La gloria misma lo tejió en persona,
 Aunque sabe muy bien que su corona
 Salió del obrador de una modista.

IX.

Sueña con que su nombre
 Dicho siempre entre muchas alabanzas,
 Ha hecho concebir mil esperanzas
 De que tenga la patria otro grande hombre.
 Y de tan dulce sueño despertando

Y al despertar quedándose suspenso,
 Se incorpora en el lecho meditando
 Con un placer inmenso,
 En que si la ánsia noble que le apena
 Llegase al fin á realizarse un día,
 Al corazón que ha consagrado á Elena
 Su corona de poeta agregaría.

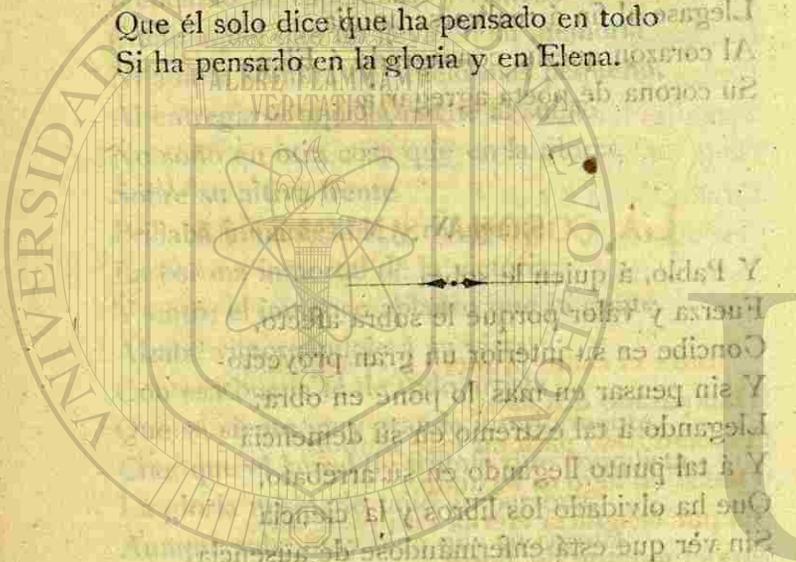
LA CORONA X

Y Pablo, á quien le sobra
 Fuerza y valor porque le sobra afecto,
 Concibe en su interior un gran proyecto
 Y sin pensar en mas lo pone en obra;
 Llegando á tal extremo en su demencia
 Y á tal punto llegando en su arrebató,
 Que ha olvidado los libros y la ciencia
 Sin ver que está enfermándose de ausencia
 Su pobre madre que le dice—*ingrato!*

XI.

Y es que aunque Pablo quiere á su familia
 Con el afecto de un amor gigante,
 Por mas que lo medita y lo concilia
 Siempre halla que el esfuerzo que lo auxilia
 Nunca llega á auxiliarle lo bastante;

Que en la eterna vigilia
 En que vive soñando con su amante,
 Esta, que toda su memoria llena,
 Le hace olvidar la obligacion, de modos
 Que él solo dice que ha pensado en todo
 Si ha pensado en la gloria y en Elena.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CANTO SEGUNDO

LA CORONA SIN CABEZA

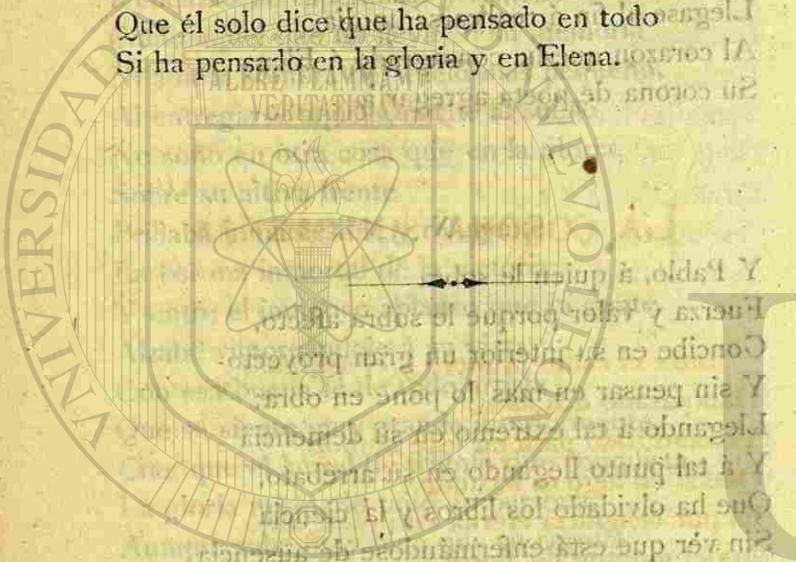
I.

Entre el canto primero y el segundo
 Han pasado dos años,
 Y como todo pasa en este mundo
 Que si en algo es fecundo
 Es por desgracia eterna en desengaños,
 Aquel monton de flores
 Donde vimos dormir como en un nido
 A nuestros dos hermosos soñadores,
 Aquel monton de flores se ha perdido
 Con la triste esperanza en sus dolores
 De encontrar el rémedio del olvido.

II

Dos años han pasado,
 Y el corazon de Elena está ya helado.
 Ella, que era tan buena,

Que en la eterna vigilia
 En que vive soñando con su amante,
 Esta, que toda su memoria llena,
 Le hace olvidar la obligacion, de modo
 Que él solo dice que ha pensado en todo
 Si ha pensado en la gloria y en Elena.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CANTO SEGUNDO

LA CORONA SIN CABEZA

I.

Entre el canto primero y el segundo
 Han pasado dos años,
 Y como todo pasa en este mundo
 Que si en algo es fecundo
 Es por desgracia eterna en desengaños,
 Aquel monton de flores
 Donde vimos dormir como en un nido
 A nuestros dos hermosos soñadores,
 Aquel monton de flores se ha perdido
 Con la triste esperanza en sus dolores
 De encontrar el rémedio del olvido.

II

Dos años han pasado,
 Y el corazon de Elena está ya helado.
 Ella, que era tan buena,

Ya no es aquella Elena
 A la que el pobre Pablo enamorado
 Le consagraba en su ilusion serena
 La gloria que aun no habia conquistado!
 En la triste bohardilla
 Que aunque muy miserable y muy sencilla;
 Era en tiempos mejores
 Todo un cielo de encantos y de amores,
 Hoy no se encuentra mas que el desaliento,
 El tédio, la amargura, la tristeza
 Y en medio de todo esto una cabeza
 Donde duerme muy triste el pensamiento.
 Y así es que Pablo, el que en su dulce encanto
 No lloraba jamás con otro llanto
 Que el llanto del placer y la alegría,
 Hoy llora en su amoroso desencanto
 Con el que ántes de amar no conocia;
 Repasa una por una,
 Aquellas dulces horas tan hermosas
 En que despues de hablar de muchas cosas
 Siempre olvidaban al partir alguna,
 Al dar la media noche, vuelve aquella
 Que por primera vez lo halló con ella,
 Y tropezando al delirar en eso
 Con aquel lindo beso de aquel dia
 Tan dulcemente en su memoria impreso.
 Ni puede resistirse á enviarla un beso,
 Ni puede aborrecerla todavía.

III

—“¡Hacer, y hacer lo que hizo—”
 Saltaba él sollozando de improviso;
 —“Ella que era tan pura y cuya frente
 Un cielo hermoso de virtudes era,
 Tener que huir del mundo y de la gente
 Como la infamia ó la traicion lo hiciera!
 Matar al sol para sus ojos bellos
 Bajo la noche en que el dolor la abisma,
 Y sintiendo las lágrimas en ellos
 Envolverse la faz en sus cabellos
 Con la vergüenza horrible de sí misma;
 Buscar en otro pecho las dulzuras
 De que mi pecho rebosaba lleno,
 Sin dejar á mi amor salvar del cieno
 Sus alitas tan blancas y tan puras.
 Ay! cuando yo por alfombrar su huella,
 Si para alzarse al cielo hubiera sido,
 Con la paloma deshaciendo el nido
 Hubiera dado el corazon por ella
 Y Pablo en el dolor que le devora
 De su vida ante el páramo desierto.
 Se inclina y gime y languidece y llora
 Como deben llorar en la última hora
 Los inmóviles párpados de un muerto.

IV.

A veces, muchas veces, Pablo suele
 Con la ilusion de que esto le consuele

Buscar en el trabajo y la lectura,
 Olvidando las penas de aquí abajo.
 Esa tregua al dolor que la amargura
 Encuentra en la lectura y el trabajo.
 Coje los libros que en mejores días
 Formaban de su afán las alegrías,
 Y abriéndolos por fin con el denuedo
 De una resolución bien meditada,
 Después de mucho leer y no leer nada
 Concluye alcabo por decir—no puedo!
 Busca y toma en seguida
 La misma pluma aquella
 Que de manos de Elena recibida,
 Le ayudó con los sueños de su vida
 A escribir tantas páginas para ella.
 La clava en el papel febricitante
 Como queriendo huir de su memoria
 Y tratando de hacer la de otro amante,
 Mas la historia que escribe es semejante
 A la historia de Elena y á su historia;
 Que aunque la buena lógica concluya
 Que historia escrita así no ha de ser buena,
 Raros serán los que al hacer la ajena
 No se acuerden un poco de la suya.
 V.
 Sea de ello lo que fuere,
 Como Pablo no puede aunque lo quiere

Olvidar el recuerdo de la ingrata
 Por quien conoce el pobre que se muere,
 Pues conoce que eso es lo que lo mata,
 Por cuantos medios le es posible cuida
 De recoger noticias de su Elena,
 No habiendo á quien informes no le pida
 Sobre si está contenta de la vida,
 Sobre si es muy dichosa y si está buena,
 Y cuando oyendo un día sus preguntas
 Le contestó abrazándole un amigo:
 —No sueña la infeliz mas que contigo,
 Y tus cartas las guarda todas juntas—
 Radiante de ventura al oír esto
 De su amigo, estrechándole, se aparta,
 Y nuevamente á la ilusión dispuesto
 Con mano alegre y con alegre gesto
 Cogió una pluma y escribió esta carta:
 “Si fuiste cruel conmigo y si hubo un día
 En que apartando tu alma de la mía
 Me hundiste en el dolor y en la tristeza,
 En prueba de que mi alma te perdona
 Te mando con mi amor esa corona
 Que anhela por estar en tu cabeza....
 Que pues en tu alma aun escondido tienes
 Algo de aquel amor que me tenias
 Si yo la conquisté para tus sienas
 En ellas debe estar y no en las mías”

Puso Pablo su nombre como un hombre
 Que piensa decir mucho con su nombre,
 Y despues de plegarla en tres dobleces
 Y de leerla y leerla muchas veces,
 Hallando en su ilusion que estaba buena
 Puso en el sobre—A Elena—
 Y en seguida radiante y satisfecho
 Con un inmenso júbilo en el pecho,
 Dando forma á una idea
 Que en su amorosa sencillez se abona,
 Exclamó contemplando la corona:

—¡Qué dichosa va á ser cuando la vea!
 Y en tanto, aquella madre, aquella ausente,
 Sin consuelo ni alivio en su congoja,
 Lloraba sola y sin tener ni una hoja
 Que enlazar á las canas de su frente.
 ¡Cuán cierto es que en la vida aunque esto asom-
 En medio del placer y el regocijo, [bre]
 Si el hijo no se olvida de que es hombre,
 El hombre, si se olvida de que es hijo!

Lo que el amigo aquel le dijo un dia
 Al triste Pablo era una farsa impía:

Pues Elena la ingrata
 Ni guarda aquellas cartas que decia,
 Ni piensa en Pablo, ni el dolor la mata;
 Que parecida en esto y semejante
 A mas de alguna amante
 A quien mirándose al espejo he oido
 Parodiar con feroz desenvoltura
 Una frase muy vieja, de este modo:
 —No se ha perdido nada cuando todo
 Se haya perdido ménos la hermosura;
 La ingrata Elena como llevo dicho,
 Sin huir de las gentes y del dia,
 Ni llorar como Pablo suponía
 Ni ha tenido jamas ese capricho,
 Elena va al paseo
 De lucir y brillar en el deseo;
 Tiene palco en el teatro y no hay velada,
 Tertulia, baile, aniversario ó fiesta,
 A que oportunamente convidada
 No se encuentre á asistir siempre dispuesta,
 Si alguna vez lloró su desvario
 Recordando su falta y sus deberes,
 Despues, y como todas las mujeres
 En casos semejantes,
 Ha olvidado su falta y su extravio,
 Tratando á sus amantes con desvío
 Y aprendiendo á olvidar á sus amantes.

IX.

De manera que Pablo que en su anhelo
 Esperaba soñando con el cielo,
 Que su amante por fin le volvería
 Todo el cariño y la pasión de un día,
 Con el cerebro ardiente
 Y un monton de esperanzas en la frente,
 Ansiando una respuesta
 Que confirmara su ilusión no escasa,
 Al entrar en su casa
 Se halló un papel y en el papel con esta.—
 “Como de aquí á dos meses
 Que habré arreglado, ya mis intereses,
 Pienso casarme con mi primo Antonio
 Que ha pedido mi mano en matrimonio,
 Le ordeno... le prohibo,
 Siendo esta la razón porque le escribo,
 Que se vuelva á ochar de la que un día sup
 Tuvo el capricho de quererle un poco,
 Sin sospechar que le volviera loco
 Su demasiado amor á la poesía.
 Respecto á su corona
 Con la que dice usted que me perdona,
 Es un obsequio cariñoso y blando
 Que confieso en verdad que no merezco,
 Así es que la agradezco
 Y como no me sirve se lo mando!”

X.

Quando el triste de Pablo hubo leído
 Por una y otra vez este recado
 Tan esperado como no temido,
 Viendo aquellos renglones
 Que en cambio de su fé y sus ilusiones
 Le brindan el escarnio y el olvido,
 Lleno de ese profundo desaliento
 Del que lo pierde todo en un momento,
 Cojió aquella corona sin cabeza,
 Fruto de su trabajo y su cariño,
 Y llorando, llorando como un niño
 Que de una falta grave se confiesa,
 —“Oh gloria!—dijo al fin—si hasta tu asiento
 En una hora de amor y atrevimiento
 Soñé volar del mundo á arrebatarte
 Uno de esos laureles con que el arte
 Recompensa el trabajo y el talento;
 Tú sabes bien ¡oh gloria!
 Que no lo hice por mi sino por ella;
 Mas ya que ella tan dura como bella
 Ha insultado mi fé y aun mi memoria,
 Que acaben mi laurel y el regocijo
 Que sentí de ceñírmelo al anhelo!—
 Y deshaciendo su corona, dijo,
 Y la arrojó en pedazos por el suelo.

IX.

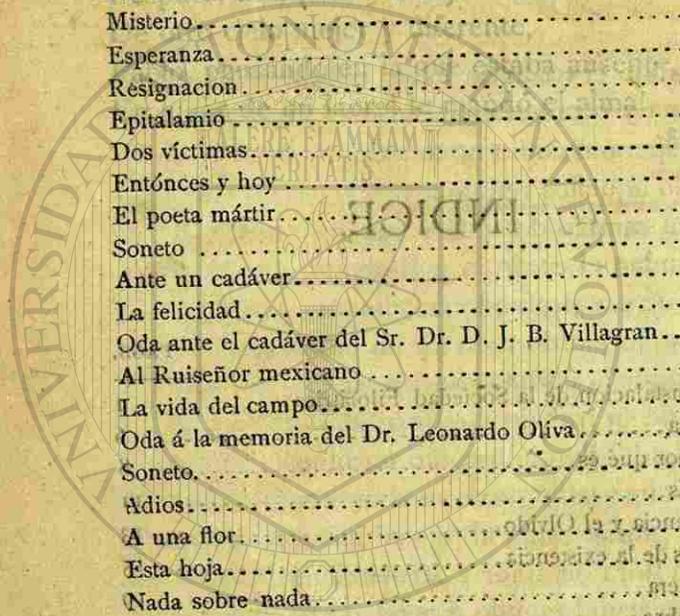
Despues, tranquilo ya, bajo la calma
De otro cielo mejor y diferente,
Pablo, pensando en la que estaba ausente,
En lugar de un laurel le mandó el alma!

Tan perdido como no temido
Viendo aquellos renglones
Que en cambio de su le y sus frases
Le brindan el escario y el olvido
Lleno de ese profundo desaliento
Del que lo pierde todo en un momento
Coió aquella corona sin cabeza
Frito de su trabajo y su cariño
Y llorando llorando como un niño
Que de una falta grave se confesaba
—Oh gloria!— dijo la una— si hasta el instante
En una hora de amor y atrevimiento
Soy volar del mundo a arrebatarle
Uno de esos laureles con que el artista
Recompensa el trabajo y el talento
Tú sabes bien por gloria y por amor
Que no lo hice por un sino por ella
Mas ya que ella tan dura como bella
Ha instalado mi le y su memoria
Que acaben mi laurel y el regocijo
Que senti de sentirme al anhelo
Y deshaciendo su corona dijéste
Y la arrojé en pedruzcos por el suelo en omeo

81	Por una	PAGS.
82	Misero	
86	Resignación	
89	Resignación	
92	Resignación	
99	Resignación	
99	Resignación	
103	Resignación	
107	Resignación	
110	Resignación	
112	Resignación	
117	Resignación	
121	Resignación	
	INDICE.	
	Ante un cadáver	
	La felicidad	
	Ante el cadáver del Sr. D. J. B. Villagran	
	Al señor mecano	
	En la instalacion de la Sociedad Filoiátrica	
	La Brisa	
	Ya sé por qué es	
	Ya verás	
	La Ausencia y el Olvido	
	Mentiras de la existencia	
	La Ramera	
	El Hombre	
	En la apoteosis del actor Merced Morales	
	Ocampo	
	Uno y quinientos	
	La Soñadora	
	Oblacion	
	Rasgo de buen humor	
	En el tercer aniversario de la Sociedad Filoiátrica y de	
	Beneficencia	
	Lágrimas	
	A Laura	
	Salve	
	Gracias	

	PAGS.
Por eso.....	81
Misterio.....	83
Esperanza.....	86
Resignacion.....	89
Epitalamio.....	93
Dos víctimas.....	96
Entonces y hoy.....	99
El poeta mártir.....	103
Soneto.....	107
Ante un cadáver.....	110
La felicidad.....	115
Oda ante el cadáver del Sr. Dr. D. J. B. Villagran.....	117
Al Ruseñor mexicano.....	121
La vida del campo.....	124
Oda á la memoria del Dr. Leonardo Oliva.....	135
Soneto.....	140
Adios.....	141
A una flor.....	145
Esta hoja.....	146
Nada sobre nada.....	147
Cinco de Mayo.....	151
Soneto.....	159
Oda leida en el Liceo Hidalgo.....	160
A la Luna.....	166
El reo de muerte.....	173
A Josefina Perez.....	176
A la eminente actriz Salvadora Cairen.....	177
Adios á México.....	178
A Asuncion.....	181
El Giro.....	183
Cineraria.....	191
A la patria.....	194
Hidalgo.....	196

	PAGS.
15 de Setiembre.....	197
Al moño de Merced.....	202
Nocturno.....	204
Las ruinas.....	209
A un Arroyo.....	211
Letrilla.....	212
Hojas secas.....	218
La gloria <i>pequeño poema en dos cantos</i>	229



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 SABILLA ALFONSO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

